



TODO LO QUE NO PUDO SER

Alice M. Bloom

Todo lo que no pudo ser
La historia completa de Sharon Glow

Alice M. Bloom

Copyright © 2023 Alice M. Bloom

Diseño de portada: SSO Diseypubli

Todos los derechos reservados

Esta es una obra de ficción. Tanto los personajes como las situaciones en las que se ven involucrados son producto de la imaginación de la autora y no se basan en hechos ni personas reales.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión si la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

A mis lectores. Gracias por todo.

Contenido

NOTA DE LA AUTORA

PRIMERA PARTE. ESENCIA

¿Silvia tan alejada de Sharon?

Silvia, Patrick y Pagliacci

El castillo francés

Dennis, Dennis, Dennis...Y Patrick.

Borrando a Susan de su vida

¡Y Sharon Glow sale a escena!

SEGUNDA PARTE. APARIENCIA

Sharon y la agencia Lee

Akame y Carla. Duelo de titanes

Una ópera para resolver un crimen

¿Sharon Glow ha metido la pata?

Charlotte Reims

Patrick no siempre es tan dulce

¿Pensáis que hemos terminado con Charly?

¿Susan Glow? No, gracias.

TERCERA PARTE. DIFERENCIA

¿No será un poco tarde?

Esa chica... ¿Cómo se llamaba?

La aventura de Dennis

Main da el primer aviso

Carrera en la madrugada

Benji siempre atento

Un fin de fiesta Torres/Wride

¿Será que Dennis tiene sentimientos?

La terrible historia de Erika

La amistad que siempre ha sido

CUARTA PARTE. CONSECUENCIA

Patrick se muestra, Sharon se esconde

No me obligues a aceptar eso

El príncipe sin rostro

[El desfile de Carla](#)
[La maldita idea de Ann](#)
[Sharon y Mantis](#)
[Una escena familiar](#)
[¿Convenció Ann a Sharon?](#)
[Ben toma el control](#)
[Benji y Main, por fin frente a frente](#)
[Gracias Michael](#)
[SEGUNDO EPILOGO](#)

NOTA DE LA AUTORA

Lo primero que debo decir, es que la versión publicada de El reino del suelo, es la historia que realmente siempre quise contar, después de pasar por el proceso de corregir, pulir y darle muchísimas vueltas.

Lo que encontrarás en estas páginas, son historias adicionales y cortes de escena, que servían para complementar la historia, o conocer un poco más a determinados personajes, y fueron eliminadas para acortar su extensión, en algunos casos, o eliminar tramas que finalmente no me apetecía contar en ese momento, en otros.

Con estas notas eliminadas, te muestro un poco más de los personajes, como los ideé en un principio, y como fui moldeándolos conforme la historia iba avanzando.

Y como pequeño regalo para mis lectoras, he añadido un segundo epílogo, este sí inédito, para saber qué fue de ese personaje al que creo que todas llegamos a odiar un poquito, pero que terminamos queriendo un poquito también (admitirlo, porque es así).

Acompañadme, y dejad que sea yo la que os guíe en este viaje.

Alice

¿Silvia tan alejada de Sharon?

Y empecemos por la primera parte: Esencia.

¿Realmente tiene Silvia un carácter tan dulce? ¿Creéis que esa parte Glow tan agría no ha estado siempre ahí?

Permitidme que os saque de dudas. Mirad cómo reacciona el día que decide enseñarle a Main La constelación de la sirena, y su amiga se siente cohibida por ir a conocer a Emilio Torres. Silvia, Silvia...ya apuntas maneras, ¿eh?



Siguió a Silvia hasta el salón y pudo ver la enorme cocina separada del mismo por una barra de desayuno en forma de U.

— ¿Qué es lo que te apetece Main?

— ¿A mí? Lo que tú quieras. Cualquier cosa estará bien.

Silvia parecía divertida cuando contestó.

— Main: estamos en un hotel de cinco estrellas y literalmente hay cualquier cosa que te apetezca. Desde ostras, hasta una hamburguesa con todo lo que se te ocurra, pasando por más de veinte variedades de pasta, langosta, pescado...— y levantó las manos sin que se le ocurriera decir nada más. — Cualquier cosa. — Y de repente algo en el gesto de su amiga le llamó la atención. — ¿Qué te pasa?

Por un momento Main pareció no encontrar las palabras, hasta que finalmente abrió los brazos resignada.

— Es todo esto, Silvia...— y sonrió casi con timidez— Aquí estoy: en un hotel de lujo, en una suite que parece una isla griega y de la que no soy capaz de calcular los metros, con mi compañera de apartamento que ahora resulta que tiene su propia secretaria, y esperando a que uno de los hombres más ricos del planeta almuerce con nosotras. Da un poco de vértigo, la verdad. — Y por el gesto de su amiga vio que estaba dolida. Se acercó y

cogió sus manos. — No me entiendas mal Sil, no es por ti, es por mí. Me siento torpe y me da miedo cagarla...— y de repente enrojeció. — ¿Ves? No creo que sea correcto que en un sitio así una diga *cagarla* y se quede tan tranquila. Mi madre desde luego, ya estaría echándome la bronca del siglo si estuviera aquí.

Silvia la miró sopesando sus palabras, pero finalmente soltó sus manos con un bufido de hastío.

— Eso es una chorrada Main....y sí, sí se puede decir chorrada en esta casa. — Y esta vez parecía realmente enfadada. — Prácticamente te criaste en Newport, por el amor de Dios. En comparación con alguna de esas mansiones esto no es más que un apartamento. ¿Hablas de hoteles de lujo? Eres modelo, has tenido que ir a muchas presentaciones y este no creo que sea el primero que pisas. — Furiosa, se plantó delante de ella con los brazos en jarras. — Sí, es cierto, tengo secretaria: ¿En serio es tan raro teniendo en cuenta las circunstancias? Pertenezco a la junta directiva de Renaissance y a la vez estoy terminando mi doctorado. Y aunque, en la universidad se hable de la *prodigiosa* mente de Silvia Torres, siento desilusionaros, pero yo también necesito ayuda de vez en cuando. Y lo más importante de todo...— levantó un dedo señalando directamente a la cara de su sorprendida amiga. — El hombre que quiere comer con nosotras, puede que sea uno de los hombres más ricos del planeta, pero ante todo es mi padre y como tal quiere comportarse. Como un padre normal que quiere conocer a una amiga de su hija.

— Pero Silvia, yo...

No bajó el dedo, manteniendo su amenaza y su tono seguía siendo enfadado cuando volvió a hablar, interrumpiendo lo que fuese que Main fuera a decir.

— Sé que no somos una familia normal, ¿cómo íbamos a serlo, joder? ¡Somos los Torres! — y abrió los brazos señalando a su alrededor para recalcar la evidencia, volviendo a levantar alta la barbilla, como si ese gesto del que probablemente ella ni tan siquiera fuera consciente, estuviese unido al apellido. — Y a eso hay que sumarle la historia de la familia con sus muertes prematuras, sus tragedias, sus cotilleos y escándalos, como en toda familia millonaria que se precie. Y como aliciente, la única heredera misteriosa a la que nadie conoce y por la que todos se preguntan: ¿será una ermitaña excéntrica? ¿Una antisistema de la que su padre reniega? ¿O tal vez Emilio la mantiene escondida porque sufre alguna enfermedad? —

Main abrió mucho los ojos sorprendida ante esta última teoría. — Sí Main, eso se ha llegado a decir de mí. — bajó por fin el dedo amenazante. — Por eso te pido que aquí, aunque solo sea aquí, podamos ser normales para variar. — Suspiró todavía enfadada. — Tal vez ahora puedas entender un poco mejor porque salgo corriendo a mi habitación cuando tus amigas, *las reinas del instituto*, vienen a casa. Y si te he enseñado esto no ha sido por alardear, simplemente quería que conocieses un poco mejor mi vida y desde luego, no para que te comportes como una niña repipi.

Silvia tenía razón; se había comportado como una autentica idiota y viendo lo mucho que se había enfadado, irremediablemente los ojos se le llenaron de lágrimas. Aquel era uno de los grandes problemas de Main Cooper: el exceso de sensibilidad cuando alguien le echaba una buena bronca.

— ¿Pero qué coño te pasa ahora?

Y al escuchar el impropio y darse cuenta de la situación tan absurda, empezó a reír a la vez que las lágrimas corrían por sus mejillas.

— Lo siento, de verdad...— sorbió por la nariz y se secó las lágrimas aun riendo. — Creo que, incluso mi madre, hubiese sido más suave. — suspiró hondo y por fin se fue calmando. — No puedo evitarlo. Cuando alguien que me importa se enfada o me regaña, mis lágrimas saltan solas.

— Pues te lo merecías.

Main meneó la cabeza.

— Tienes razón, me he comportado como una cría pequeña. — terminó de secarse las lágrimas. —Olvidemos este momento tan bochornoso y dime por fin que querías enseñarme.

Ambas se sonrieron dando por finalizado el momento de tensión, y Main siguió a Silvia al mullido sofá blanco en el que se hundió al sentarse.

Silvia, Patrick y Pagliacci

No soy entusiasta de la ópera, he de reconocerlo, sin embargo, esta es la excepción. Desde siempre me ha encantado, la tengo, he leído el libreto y no sé muy bien cómo, acabo siendo un hilo conductor en la novela, aunque en la versión definitiva quedó algo más anecdótico.

Sin embargo, es algo que une a Patrick y Silvia desde el principio, y los acompañará durante toda su historia, incluso con el caso Cohen, algo que veremos después.

De momento os dejo la primera vez que hablan sobre ella, y a Silvia se le escapa algo de sus *nobles orígenes*. Ya sabéis, todo lo que a Silvia le parece *normal*...



Para intentar relajarse empezó a tararear en voz muy baja, casi para sí misma. Era una costumbre que tenía desde niña.

—¿Vesti la Giuba?

Se sobresaltó al escuchar a Patrick tan cerca de su oído.

— ¿Perdón?

— El aria que estás tarareando, es Vesti la Giuba de Pagliacci, ¿verdad?

— Oh sí, es esa. Lo siento mucho, no sabía que se me oía.

Main la miró con una media sonrisa en la cara. ¿Por qué Silvia siempre pensaba que molestaba?

— No te han oído, soy yo el que tiene un oído muy fino, y además reconocería esa melodía en cualquier parte. Es mi opera favorita.

Silvia abrió mucho los ojos sorprendida.

— ¿De verdad? ¡También es la mía!

Y esta vez fue Patrick el sorprendido.

— ¿La has visto representada alguna vez?

— Sí, por supuesto. Hace unos años, mi padre quiso darme una sorpresa, y me llevó a la Scala cuando representaban Pagliacci. — sus ojos chispearon de emoción. — Fue increíble.

Patrick pestañeó varias veces, como si le costase procesar lo que acababa de decir.

— ¿Tu padre te llevo a la Scala de Milán para ver Pagliacci? — Silvia se sintió incomoda al momento. No quería que nadie supiese su parentesco con Emilio, ni su estatus social...pero: ¿Qué padre lleva por sorpresa a su hija adolescente a Milán para ver una ópera? Sentía que había metido la pata, pero Patrick la sacó enseguida del atolladero. Cogió su mano teatralmente. — Chicos: Definitivamente, algún día me casaré con esta mujer.

Todos rieron, incluida la aludida. Todos menos Dennis, que, con las manos cruzadas y los índices apoyados en los labios, le daba vueltas a algo. Patrick siempre había estado considerado un chico encantador, aunque más correcto que entusiasta, más bien tirando a distante. Sin embargo, con aquella chica se comportaba de una manera que él mismo, que era su mejor amigo, no estaba muy acostumbrado a ver. Es cierto que el color de sus ojos era impresionante, pero su postura, su manera de comportarse, hacia que su atractivo se viera totalmente eclipsado.

¿Había visto algo en ella Patrick que él no era capaz de ver, o acaso solo estaba divirtiéndose a costa de ponerla nerviosa? Descartó esa última opción al momento. Patrick no era alguien que disfrutase con ningún tipo de burla. Patrick siempre era el perfecto, el encantador, el educado, el inteligente, además de ser jodidamente guapo, pensó con cierta sorna. Notó como ese, últimamente tan familiar mal humor, volvía de nuevo.

Ellos, sin embargo, seguían con su conversación sobre la ópera, ajenos a los sombríos pensamientos que iban abriéndose hueco en la mente de Dennis.

— Da igual donde se vea representada Patrick, esa ópera es una maravilla en cualquier lugar.

— Estoy de acuerdo. Ya no solo es la música o la escenografía, es que la historia consigue engancharte desde el principio. Al menos a mí me enganchó.

— Silvia: ¿es esa ópera en la que el protagonista mata a su mujer y a su amante?

Silvia asintió.

— Entonces ahora veo normal que a Patrick le guste. — intervino Jack y miró a un sonriente Patrick. — Amigo: cada vez me da más miedo esa oscura mente tuya poblada de asesinos.

Una voz destacó por encima de todas las risas.

— ¿En serio? — Y Dennis parecía realmente irritado. — ¿Volvemos otra vez a las conversaciones sobre asesinatos y juicios famosos?

Silvia se sintió mal al instante por haber sido ella quién había provocado la vuelta a esa conversación, sin embargo, notó como Patrick apretaba suavemente su mano como intentado tranquilizarla y, solo entonces, fue consciente de que seguía sujetándola.

El castillo francés

Testigo de un matrimonio terrible y de un final feliz, este castillo era importante para la historia. Y, sobre todo, lo era en todo lo que concierne a Patrick y Sharon, pero finalmente decidí cortarlo prácticamente todo.

Aquí os dejo, la primera vez que Silvia piensa en ello en presencia de Patrick, parados ante la puerta de Magari, la primera vez que la ven juntos.



Miró la mole de piedra, que le resultó familiar al instante, y arrugó la nariz.

— No pienso dejar Nueva York para vivir en una casa de campo.

La miró con divertida ironía.

— ¿Esto te parece una casa de campo?

Al ver la extrañeza de Patrick, sonrió ante el recuerdo del castillo que los Torres poseían en la Borgoña francesa, que era una de esas excentricidades de su familia. El orgullo de su bisabuelo, según le habían contado, y testigo de numerosos juegos infantiles. Cuando su padre insistía en que invitase a alguna de sus compañeras del Saint Paul a pasar parte del verano eso hacía que, inmediatamente, la familia de las afortunadas, entrasen en una especie de histeria. ¿Una invitación de los Torres a su castillo francés? Aquello los llevaba directamente a la élite. Por eso suponía que aleccionaban bien a sus pequeñas, para que, en aquellos días, fueran especialmente simpáticas y agradables con ella.

Pero no, aquellos no eran sus mejores recuerdos de aquel lugar, sino los juegos con su padre y Benji, cuando su padre debía salvarla enfrentándose a miles de peligros, y después encontrar alguien digno para pasar su vida con ella; El papel de Benji no solía ser el de dulce príncipe, sino el de los miles de peligros. El rostro del príncipe siempre había sido un misterio, incluso cuando ella era la heroína que debía rescatarle. Aunque le encantaban los príncipes encantadores, también era divertido luchar por salvarse una misma. Su padre insistía en ello.

La verdad es que siempre había tenido la impresión de que la gente tenía una imagen un tanto distorsionada sobre aquel lugar: En el momento en el que escuchaban la palabra castillo, les venía a la mente la imagen de un palacio lujoso y enorme, capaz de albergar a toda una familia real, cuando la realidad era bien distinta. Se trataba de algo mucho más sencillo y pequeño, de los muchos que salpicaban la geografía francesa y que pertenecían a familias adineradas.

No pudo evitar sonreír aún más ampliamente, al recordar la eterna pregunta de Main: En serio, Silvia: ¿Cuál es el concepto real que tenéis los Torres de la palabra pequeño?

Dennis, Dennis, Dennis...Y Patrick.

Que uno no es nada bueno, creo que todos lo tenemos claro. Pero que el otro tampoco es perfecto, creo que también. Aquí tenemos ese famoso viaje al aeropuerto, donde Patrick nos deja ver que él tampoco ha sido un santo jamás (y siendo Patrick, tampoco lo necesita, y lo sabéis, jejeje), pero que la maldad de Dennis está algo más planeada de lo que parece a simple vista.

¿Auténtica atracción por Silvia? ¿O simplemente un inconsciente que no piensa más que en sí mismo?

A día de hoy, creo que todavía no lo sé.



Dennis canturreaba mientras sorteaba el tráfico de la Avenida Forest en dirección al aeropuerto, mientras que Patrick permanecía en el más absoluto silencio.

No estaba muy seguro de si era por los nervios de la entrevista, o por el momento que, muy conscientemente, había interrumpido el día anterior entre él y su peculiar nueva amiguita, pero desde que se había montado en el coche, no le había dirigido la palabra en ningún momento. ¡Venga ya! ¿De verdad se había enfadado por eso?

Y si bien, intentaba disimular ante él su mal humor, lo cierto es que la indiferencia de su amigo estaba empezando a irritarle. Por eso, se sintió aliviado cuando por fin frenó ante las puertas de la terminal.

— Mucha suerte, amigo.

Pero Patrick no se movió, y por fin le miró por primera vez en todo el trayecto.

— ¿Puedo preguntarte algo?

— ¿Pero qué clase de pregunta idiota es esa? — preguntó realmente extrañado, pero ante el silencio de su amigo no tuvo más remedio que contestar. — ¡Pues claro que puedes!

— Bien: ¿Qué coño estás haciendo?

Si la pregunta de antes le había sorprendido, esta le había dejado fuera de juego.

— ¿Podrías ser un poco más específico?

— ¿Qué es lo que estás haciendo con Silvia?

Él abrió mucho los ojos los ojos por la sorpresa, fingiendo una absoluta inocencia.

— ¿Acaso estoy haciendo algo?

— ¡Venga ya, Dennis! ¡No seas cínico! Te divierte de lo lindo hacer que se ponga nerviosa. Tu forma de mirarla, de hablarle...eres muy consciente del efecto que produces en ella, y lo peor de todo, es que te divierte jugar a eso.

Las palabras le molestaron más de lo que estaba dispuesto a admitir.

— ¿En serio piensas eso? Porque, por lo que vi ayer, eres tú el que estuvo a punto de besarla. Y lo siento mucho amigo, pero no me voy a creer ahora que una chica como esa se ha convertido en tú mujer ideal.

Patrick cerró los ojos, y la imagen de aquel momento volvió a colarse en su mente. Ojalá se hubiese atrevido...no, mejor no.

— Sí, es cierto. Estuve a punto de besarla y eso podía haber sido un gran error.

Dennis dibujó entonces una de sus sonrisas torcidas.

— No seas cruel, Patrick. La chica es algo extraña, pero lo cierto es que está bastante buena.

— Deja de decir tonterías. ¡Claro que no me refiero a eso! — suspiró profundamente para evitar que el enfado fuera en aumento. — Ella no es como las chicas a las que estamos acostumbrados, Dennis. Ella es...— y después de pensarlo mucho solo se le ocurría una palabra. — Frágil. No se lo he preguntado a Main, ni tengo intención de ser tan indiscreto, pero hay algo en ella que me dice que es alguien que ha sufrido mucho, y no me gustaría que ninguno de nosotros le hiciese daño por comportarse como un imbécil.

Entonces Dennis estalló, dando un golpe al volante con las dos manos.

— ¡Ya está bien Patrick! — desde luego, había furia en su mirada. — Me importa una mierda que ante los demás finjas ser un mojigato, pero si no te importa, no te atrevas a intentar hacerme tragar a mí esa tontería. — le señaló amenazante con el dedo. — Llevamos toda la vida juntos, y sé perfectamente que has dejado tantos corazones rotos por el camino como

yo. No eres ni la mitad de bueno de lo que los demás piensan que eres, solo que yo, no soy ni la mitad de cínico que tú. Vale que les deje creer que tú eres el chico estupendo y encantador, pero no intentes vendérmelo a mí.

Miró el reloj y vio que, si no se marchaba ya, corría el riesgo de perder el avión, y aquello que acababa de decir Dennis, merecía una respuesta más larga de la que podía dar en ese momento. No estaba mal encaminado, era cierto que él había tenido una larga lista de amantes. La gran diferencia es que él siempre había evitado, a toda costa, hacerlas sufrir. Nunca había jugado, al menos conscientemente, con ninguna mujer y, si alguna de ellas había resultado herida, pocas eran las veces que realmente había sido por su culpa. Era sincero, no les prometía amor, no les prometía flores ni bombones, sabían lo que había y aceptaban o no. ¿Qué aun así alguna vez había sido un cabrón? Probablemente, al fin y al cabo, nadie es perfecto. Pero si algo no estaba dispuesto a consentir, es que ninguno se comportara así con Silvia.

Cuando volvió a hablar su tono era un poco más sosegado.

— Solo te digo que tengas cuidado Dennis, nada más. No ganas nada con eso.

Dennis realmente estaba enfadado. Más que enfadado, estaba furioso. El rencor que venía sintiendo por Patrick en el último año se acababa de concentrar en un solo punto. ¡Cómo se atrevía encima a juzgarle! ¿Qué coño le pasaba con aquella chica a la que trataba como una figurita de cristal? Porque si mirabas más allá, él no era solo su fragilidad lo que veía.

La idea que llevaba días haciéndose un hueco en su cabeza, se mostró totalmente clara, en lo que a él le pareció una revelación. Ahora sabía realmente lo que tenía que hacer para acabar con ese rencor y, probablemente, con su relación con Patrick.

Si la amistad tenía que estallar, desde luego sería a lo grande, y una gran sonrisa se dibujó en su rostro disfrutando ya del momento. Patrick pareció relajarse al ver que sonreía y eso le hizo ampliarla aún más.

— De acuerdo Patrick, intentaré ir con cuidado. Si tanto te importa y piensas que esto no le conviene, no seré yo quien diga lo contrario. Y ahora vete, antes de que se te haga tarde. Mucha suerte

Patrick chocó la mano que le ofrecía con una amplia sonrisa y ya mucho más relajado.

— Gracias Dennis.

Bajó del coche y le observó hasta que las puertas automáticas se cerraron tras él, momento en el que su propia sonrisa se tornó algo más siniestra.

— Gracias a ti, amigo. — y sinceramente estaba agradecido por haberle dado, por fin, el motivo que necesitaba para terminar con aquella pantomima en la que se había convertido su amistad.

Borrando a Susan de su vida

Emilio, después de la terrible noticia que Benji le da sobre Silvia, rompe la foto de Susan de su habitación.

¿Pero de veras pensáis que alguien como Emilio, iba a quedarse solo en eso?



Salió de la habitación sin volver la vista atrás y cerró dando un portazo.

— ¡Cata! — gritó a pleno pulmón.

Su empleada de confianza, aquella que había sido como una abuela para su niña, apareció corriendo con el susto dibujado en su cara. Al verle tan alterado, temió lo peor.

— ¿Qué es lo que pasa? ¿Es Silvia?

— No, tranquila. Todo sigue igual. Te he llamado por otra cosa. — ella asintió esperando sus órdenes. — Quiero que en cuanto salga por la puerta se vacíe esta habitación. Es más, quiero que desaparezca todo lo que haya podido estar en contacto con mi ex mujer del resto de la casa.

Le miró sin comprender.

— ¿A qué se refiere exactamente, Emilio?

— ¡A todo! Sus vestidos, fotos y objetos personales, si queda alguno aquí. Los muebles, las cortinas... cualquier cosa con lo que tuviese un mínimo contacto. ¡Lo quiero todo fuera! Tirad la casa abajo si hace falta. ¡No quiero volver a ver nada de esa maldita zorra!

William acudió también, alertado por los gritos.

— Emilio, por favor, tranquilízate.

— Estoy muy tranquilo, William. — pero desde luego no lo estaba. — Solo quiero que, todo lo que tenga algo que ver con esa mujer, desaparezca de esta casa antes de que yo vuelva con mi hija. Lo digo muy en serio.

A la vieja tata de Silvia se le rompió el alma al pensar en su pequeña niña, a la que tantas veces había consolado por culpa de su maldita madre.

Pidió perdón a Dios mentalmente, ya que, desde que era una niña había sido educada en la creencia de que a los muertos hay que respetarlos, por malvados que hayan sido en vida. Claro que, también, le habían enseñado que a los hijos se les quiere por encima de todo. Así que no se sentía tan mal por las barbaridades que le venían a la cabeza, cada vez que alguien nombraba a Susan.

— ¿Y qué quiere que hagamos con ellos?

— Tiradlo, quemadlo, donadlo...me es igual. Solo quiero que desaparezca.

William le hizo un gesto a Cata, dándole a entender que él se ocuparía de calmar a Emilio.

— De acuerdo señor, así se hará.

¡Y Sharon Glow sale a escena!

Y por supuesto, no podía acabar el repaso a esta primera parte sin contaros esto.

¿Qué le dice realmente Silvia a Patricia, para que ella acabe perdiendo el control de esa manera? ¿Cómo sabe que pondrá fin a su relación con Ben?

Me fastidió bastante tener que dejar fuera, la primera pincelada de lo que Sharon Glow va a ser en un futuro, por eso me alegro enormemente de poder mostrároslo al fin.

Ya habían pasado seis meses desde aquel trágico día cuando Silvia se decidió a dar el paso definitivo. Se había cansado de fingir, de ser dócil, de seguir una por una las pautas que le marcaban y, sobre todo, se había cansado ya de Patricia, cuya relación con Ben parecía afianzarse. Estaban siendo discretos, ya que, aunque no eran familiares directos, les unía una relación muy estrecha. Sin embargo, Patricia estaba demostrando ser más profesional de lo que esperaba y parecía tener perfectamente dividida su opinión profesional y personal.

Así que, no le había dejado otro remedio que tomar una decisión drástica y fue la propia Patricia quién se lo sirvió en bandeja en una de sus sesiones.

— Estoy muy contenta por Main. ¡París, nada menos! Su carrera está subiendo como la espuma. ¡Sabía que conseguiría llegar lejos! — parloteaba sin dejar de sonreír.

— ¿Por qué no hablamos de ti, Silvia? De tu carrera. ¿Has decidido ya lo que quieres hacer definitivamente?

Pareció meditarlo unos instantes, planeando con cuidado su próximo movimiento.

— La verdad es que quería hablar de eso contigo.

— Te escucho. — Se echó hacia atrás en su silla y comenzó a jugar con su bolígrafo.

— Verás...— no quería parecer demasiado segura de sí misma, ni demasiado pusilánime.— Lo cierto es que estoy pensando seriamente mudarme a Europa, siempre y cuando tú me des el visto bueno.— añadió con fingida ansiedad.— He estado planteándome el empezar a diseñar en serio y prefiero empezar por el mercado europeo, o al menos intentar tantear el camino.— la miró con lo que pareció ser confusión.— Tal vez podía seguir con mi tratamiento allí y que tú recibieses aquí mis informes, o como quiera que funcione esto.

Contuvo la respiración hasta que vio que Patricia sonreía, como si supiese algo que ella no sabía.

— ¡Me parece fantástico! De hecho, quería hablarte precisamente de eso uno de estos días. — Silvia la miró interrogativa. — Has mostrado una recuperación asombrosa en estos últimos seis meses y no veo en ti ningún rastro de depresión. Sé que no ha sido fácil, pero creo que lo has conseguido o que vas por el camino correcto para hacerlo.

— ¿Eso quiere decir que me das tu visto bueno?

— Sí Silvia, totalmente. De hecho, esta semana voy a solicitar tú alta. He de recomendar que sigas con la terapia cuando te marches y, si eso te hace sentir más cómoda, no tendré ningún problema en supervisar también tus progresos desde aquí. Siempre y cuando tu nuevo terapeuta esté de acuerdo.

Silvia rompió a reír visiblemente emocionada.

— ¡Gracias Patricia! ¡Gracias! ¡Estoy deseando contárselo a Ben! — Parecía genuinamente entusiasmada. — ¡Por fin llevaremos a cabo sus planes! Esta noticia le va a volver loco de contento.

La cara de Patricia se desencajó un instante y pareció confusa, al tiempo que dejaba el bolígrafo en la mesa. Si tal vez Silvia no hubiera estado atenta a su reacción, a otra persona le hubiese pasado desapercibido el gesto. Sin embargo, ella lo esperaba. Aquello empezaba bien. Justo como pensaba que reaccionaría.

— ¿Tienes pensado que Ben te acompañe para poder adaptarte mejor?

— ¡Tenemos tantas cosas que hacer! La verdad es que nos costará un poco adaptarnos a los dos, pero, al fin y al cabo, llevamos preparándonos mucho tiempo. — volvió a reír emocionada ignorando el gesto cada vez más sombrío de Patricia. — No puedo creer que por fin vayamos a hacerlo.

— ¿Y cuánto tiempo tienes planeado estar allí? ¿O quizá quieres que sea algo definitivo?

— Eso aún no lo tengo calculado, depende de muchas variables y, sobre todo, es Ben quién puede contestar a esa pregunta. Él fue quien estuvo estudiando el mercado el año pasado, así que será él quien decida por dónde empezar. — ¿En serio estaba resultado creíble su cara de fingida ignorancia hacia lo que estaba pensando Patricia? Porque a ella misma su voz le estaba sonando estridente. — De todos modos, no me gustaría que fuese algo definitivo. Dos, tres años a lo sumo y dependiendo de cómo vayan las cosas, me gustaría que volviésemos a instalarnos aquí. Al fin y al cabo, esta es mi ciudad.

— ¿Volvieseis?

Silvia la miró como si no entendiese lo que quería decirle.

— Claro, Ben y yo. Quiero que él sea parte de todo desde el principio.

Patricia notó como la garganta se le quedaba repentinamente seca y tuvo que simular una tos para justificar que la voz le fallase.

— Entonces: ¿él se quedará contigo el tiempo que pases fuera?

¡Venga ya Patricia! ¿En serio vas a ser tan obvia? No podía evitar sentirse exultante por dentro. De acuerdo que lo tenía planeado, que podía esperar más o menos sus reacciones, pero nunca había pensado que se lo iba a poner tan fácil. ¿Cuánto tardaría ella en contárselo a Ben? Por su cara no pensaba que mucho. Tal vez estaba siendo innecesariamente cruel, pero... ¿Cómo era aquello de que el fin justifica los medios? Y su fin requería de todos los medios a su alcance.

— Claro, todo el mundo sabe eso. — *Menos yo*, quiso gritar Patricia.

— Ben estará a mi lado al igual que su padre ha estado al lado del mío. ¡Nos toca tomar el relevo! ...— y siguió hablando emocionada mientras que la psiquiatra rezaba para que terminase pronto aquella maldita sesión.

Cuando Silvia salió por la puerta, sonrió satisfecha. Solo quedaba esperar.

Sharon y la agencia Lee

Continuamos con la parte dos: Apariencia.

Las cosas no se hacen de un día para otro. Todo con Sharon tiene una aproximación y un estudio. No lo puede evitar, es su naturaleza.

Las cosas no caen en sus manos, así como así, al menos no la mayoría, pero tal vez la agencia Lee fue la excepción y apareció casi por casualidad.

Claro que aquí, jugaba con ventaja, porque: ¿Quién podría trabajar con Carla de forma constante, sin acabar agotado?

Robert Lee, desde luego no.

Así que no tuvo más que esperar un poco. Os cuento como.



La agencia Lee había sido durante muchos años un referente para las chicas que llegaban a Nueva York, con una bonita cara y una maleta llena de sueños. Robert Lee tenía un instinto natural para distinguir cuales de ellas tenían potencial para llegar a destacar en ese despiadado mundo, y cuales acabarían volviendo a casa con la maleta vacía y el corazón roto.

Se había ganado una buena reputación cuando las modelos eran poco más que maniquís en movimiento para lucir las creaciones de los auténticos protagonistas del negocio: los diseñadores; pero también, gracias a su pericia, había sabido adaptarse a los tiempos en los que, gracias a agencias como Elite, se había elevado la figura de modelo a la de Diosa.

Se sentía muy orgulloso de que, a pesar de ser una agencia relativamente pequeña y modesta, había conseguido situar a una de sus modelos en el difícil mundo de las Tops. Carla Banks había sido su orgullo durante años. También era la culpable de que, en los cinco últimos, solo tuviese una palabra en mente: Jubilación.

Siempre había tenido un don para tratar con las chicas a las que enseñaba y dirigía. Era un hombre afable y paternal, que sentía un gran respeto por ellas y que no tenía ojos más que para Stelle, la mujer de su vida desde hacía más de cuarenta años; Por ello, sus modelos nunca habían pasado un mal rato por su culpa. Tal vez, la experiencia adquirida con tres hijas excesivamente caprichosas, le había dado la paciencia suficiente para tratar con chicas igualmente volubles.

Pero con Carla había sido, quizás, como un segundo padre demasiado consentidor. Desde un principio ella había demostrado tener ese don que se necesita para llegar a lo más alto. Sus facciones eran sencillamente perfectas: miembros largos y finos, unos ojos azules oscuros que le daban serenidad a su expresión y el pelo rubio ceniza, que dulcificaba aún más su elegante rostro.

Todo ello unido le había conferido la imagen perfecta de una Grace Kelly del siglo XXI, y los diseñadores pronto empezaron a contar con ella para sus desfiles y campañas más prestigiosas. Incluso había convertido a su pareja en parte de su perfecta imagen: dos personas jóvenes, increíblemente atractivas y enamoradas. Ella, una modelo de alta costura. Él, un pintor de éxito que plasmaba como nadie la belleza femenina; la gente se mataba por conseguir que la pareja asistiera a los eventos sociales que se organizaban dentro del mundo de la moda.

Sin embargo, una vez más, se había cumplido a la perfección el famoso dicho de que no es oro todo lo que reluce. Y en Carla, no tenías más que rascar un poco la superficie para ver que la preciosa Diosa dorada, podía no ser más que bisutería.

En su ascensión había adquirido todos y cada uno de los malos hábitos que podían ensuciar su profesión. Sus juergas eran legendarias, al igual que sus aventuras con tipos que le prometían trabajos aún más grandes de los que ya hacía. Entonces decidía que ya no necesitaba a Robert para nada y le abandonaba, para volver a lo sumo dos semanas después, llorando por su último desengaño, jurándole que solo él velaba por su futuro y su prestigio profesional.

A ciertos niveles, el mundo de la moda puede resultar ser un lugar bastante pequeño y pronto los rumores de las malas maneras de Carla, sus caprichos y su ego desmesurado, empezaron a correr como la pólvora y la gente empezó a buscar una primera opción mejor que su pupila. Le tocó

pedir numerosos favores que, dada su buena reputación, no le eran negados, llamar a muchas puertas y suplicar muchas disculpas.

Todavía temblaba recordando cómo antes de centrarse en el plano sentimental, cuando vivía de aventura en aventura, Carla había dado un giro aún más radical al perseguir incansable al que ella juraba y perjuraba que era el gran amor de su vida, pero que por lo visto no compartía su misma opinión. En aquellos días salía cada vez más de viaje para recuperar la calma y la perspectiva, que era como lo llamaba ella. Sin embargo, al regresar se encerraba en su apartamento durante días, deshecha en lágrimas e ignorando completamente sus compromisos laborales; cuando por una de esas extrañas casualidades del destino decidía acudir, se presentaba en un estado tan lamentable con el pelo revuelto y los ojos hinchados por sus berrinches, que perdían toda una mañana de trabajo tan solo intentando que recuperase parte de su perfecto aspecto.

Cuando por fin Dennis había recalado en su vida, las cosas parecían haberse calmado, aunque con ella jamás eran una balsa de aceite. Sus viejos y caprichosos hábitos no habían quedado en absoluto olvidados y más de una vez él tenía que correr a rescatarla de los brazos del último playboy de turno, soportar los sollozos de una muy arrepentida Carla e intentar tapar toda la historia en los medios para que las imágenes o rumores no llegaran a oídos de Dennis.

Con tanto tiempo y energías que consumía con su protegida, el número de modelos de su agencia disminuyeron drásticamente, pero al menos, los beneficios de Carla habían seguido llegando puntuales y cuantiosos. Su cara, que no su carácter, aún valía millones de dólares.

Sin embargo, él mejor que nadie, sabía lo voluble y despiadado de ese mundo y llegó un momento en que la espectacular pero fría belleza de Banks, ya no fue suficiente. La irrupción de modelos del tipo de la bien conocida por Carla, Main Cooper, cuya belleza tal vez fuera menor, pero su atractivo mucho más salvaje y sensual, habían relegado a maniquís como Carla a campañas mucho menores.

Aun así, había conseguido mantenerla en el candelero a duras penas, a un nivel menor de lo que estaba acostumbrada, pero todavía presente en campañas importantes.

Semejante estrés le había pasado factura y ahora, a sus sesenta y tres años, estaba completamente agotado. Había ganado lo suficiente conforme para cumplir su sueño de comprarse una pequeña casita en Boca Ratón y

pasar su época dorada junto a su querida Stelle, bebiendo margaritas y jugando al golf.

Carla se deshacía en lágrimas cada vez que el insinuaba semejante posibilidad, porque sin él: ¿Qué iba a hacer ella? Y tal vez se había encariñado demasiado, pero casi la consideraba como una cuarta hija y le dolía en el alma tener que, en cierto sentido, abandonarla.

Sin embargo, un día casi por casualidad, su suerte dio un giro totalmente inesperado. Él, que había sido siempre considerado por muchas de sus chicas como un *hada madrina*, había descubierto que tal vez si existan personas a las que se les pueda considerar algo así. Lo realmente curioso, es que él la había encontrado a su edad y encarnada en una mujer que ni tan siquiera había cumplido los treinta.

Cualquiera que trabajase en el mundo de la moda tenía algún tipo de reacción al escuchar su nombre, ya fuesen halagos o bufidos despectivos. La indiferencia no era nunca una opción. Diseñadora consagrada, anfitriona perfecta, fría empresaria o niña prodigio...cualquiera de los apelativos podía aplicársele.

Lo que estaba claro es que era muy lista y había aprendido muy bien a evitar conflictos en sus desfiles, ya que ella controlaba directamente a las modelos que utilizaba. Rara era la vez que contaba con alguna que no saliese directamente de su agencia, que, a su vez, se convertía en una gran plataforma de lanzamiento.

Y por eso, cuando durante la recepción posterior a los premios de la moda y con un Martini en la mano, él alabó su estilo de dirección, ella alabó a sus modelos, él medio en broma le dijo que eran todas suyas si quería y ella le contestó que efectivamente quería, pensó que le había tocado la lotería.

Al día siguiente, ya sin Martini, había supuesto que todo había sido simplemente una broma entre colegas de profesión. Sin embargo, la llamada de ella para hablar seriamente sobre el negocio, dio como resultado que no se pensase ni un solo instante la proposición. ¡La cifra había sonado como música para sus oídos!

Había llegado la hora de pensar en Stelle y en él mismo, ahora que sus hijas volaban libres y tenían sus propias vidas. Con un escueto memorando dictado casi con la maleta en la mano para partir rumbo al cálido sur, les había comunicado a sus modelos, incluida Carla, que Lee pasaba directamente a manos de Sharon Glow.

Ni tan siquiera había esperado a ver las reacciones y por primera vez en su carrera, había hecho algo digno de una de sus divas: Había tirado su viejo teléfono móvil para que absolutamente nadie pudiese molestarle nunca más.

Y ahora, sentado en la mecedora de su verde jardín, con una copa en la mano y la otra enlazada a la de su mujer, no podía dejar de bendecir a Sharon Glow por otorgarle su bien merecida libertad.

Akame y Carla. Duelo de titanes

Mano de hierro y guante de seda...Eso es lo que dicen que lleva a nivel maestro, la siempre sonriente, señorita Tendo.

Pero si hay alguien que puede hacer que pierda la paciencia, esa es Carla Banks.

Después de haber conocido a Carla, a ninguno nos extraña, ¿verdad?

Aquí tenéis la lucha completa de estas dos mujeres, que como también sabréis, no acaba muy bien para la modelo.

Además, esta parte también servía para conocer un poco más los *dominios* de la diseñadora.



Fue tal la algarabía, que ninguna se dio cuenta de la pequeña mujer oriental que acaba de entrar y se había quedado parada al borde de la mesa.

— ¡Chicas, por favor! — Fue Carla quién se erigió como portavoz y consiguió hacerlas callar, señalando a la mujer.

— Gracias. — sonrió con educación. — Ya sé que la noticia de la detención de Atticus Cohen está colapsando la red y que todos estamos deseando enterarnos de todos los detalles morbosos. Pero necesito que ahora me prestéis atención. — Poco a poco los murmullos se fueron apagando y los teléfonos silenciando. Ella movió la cabeza en una nueva señal de agradecimiento. — Mi nombre es Akame Tendo y soy la directora de la agencia Shadow. — sonrió, lo que le dio a su cara una expresión tan alegre, que el resto la imitó al momento. — Ante todo quiero daros la bienvenida en nombre de la agencia a vuestra nueva casa. En unos instantes conoceréis a Benjamin Wride, el director general de empresas Glow, que ha tenido la deferencia de querer daros la bienvenida en persona.

— ¿Conoceremos a Sharon? — preguntó una de ellas a media voz, intentando pasar desapercibida dentro del grupo.

Akame sonrió con condescendencia.

— Probablemente más adelante. El trabajo de Sharon la mantiene demasiado ocupada para ocuparse de todo. Para eso nos tiene a nosotros. — añadió sonriendo de nuevo.

— ¿Y sabe que esta empresa no funciona como debería?

Todas se volvieron hacia Carla con una mueca de asombro.

— ¿Disculpa? — preguntó una Akame que se había quedado de piedra.

Carla sonrió satisfecha por haber conseguido exactamente lo que pretendía: Convertirse en el centro de atención.

— No creo que sea serio cambiar la hora de una reunión en el último momento. Pero lo que me parece inaceptable del todo, es que no todas recibamos el mensaje, sobre todo, cuando quién no lo recibe es una de las modelos más conocidas de este país. — se miró las manos y empezó a jugar con una de sus uñas con gesto distraído. — ¿Es la forma de actuar habitual?

— Por supuesto que no. — suspiró. — Eres Carla, ¿verdad? — y el gesto distraído de Carla, pasó a una mueca furibunda cuando miró a la mujer. ¿Es que acaso tenía que preguntárselo? Sin embargo, Akame ignoró el gesto. — No sé qué ha podido pasar. Los mensajes se enviaron a los teléfonos que constan en vuestras fichas. — Y su tono sonó realmente a disculpa. Sharon había sido muy clara en ese sentido: Carla no tenía que recibir ese mensaje. — No puedo más que disculparme.

Carla levantó un hombro indiferente.

— Solo quería dejar constancia.

— Tomo nota. — y el tono de Akame esta vez fue indescifrable. Un suave toque de nudillos interrumpió el momento, dando paso a la misma chica que las había acompañado hasta la sala de juntas. En esta ocasión, entraba cargada de carpetas y tras interrogar con la mirada a Akame, entregó una a cada una de las chicas. — Muchas gracias, Lorraine.

— De nada. El señor Wride ha llamado para decir que en unos minutos estará contigo.

— Gracias de nuevo. — Y esperó a que la chica saliera para retomar su discurso. — Bien: En ese dossier se explica detalladamente lo que yo voy a contaros ahora de forma resumida. También tenéis una copia del acuerdo que hasta ahora teníais con Lee, así como una copia de vuestro nuevo contrato. — y con su tono más serio y profesional añadió. — Quiero que os quede claro que no es el definitivo, aunque se ajusta bastante a la

realidad. Aun así, en ciertas cosas todavía hay margen para ser flexibles y pueden ser negociadas. Por eso, antes de firmar nada, debéis consultar los términos con alguien de vuestra confianza. Ya he visto que muchas habéis venido acompañadas, por lo que después, no tendré problema en hacer las aclaraciones que sean necesarias si lo necesitáis. — recorrió la sala con la mirada para ver si había alguna pregunta, pero todas se mantuvieron en silencio. — Y ahora por favor: ¿Podéis ir a la página tres?

Y a partir de ese momento dio paso a la charla que, incluso a ella, le parecía tediosa, pero obligatoria.

Empezó explicándoles lo que era el grupo Glow. En primer lugar, estaba la marca Sharon Glow, dedicada en exclusiva a los diseños de alta costura, término que podía utilizar desde hacía dos años, cuando había sido admitida en la, siempre difícil, y en ocasiones criticada, Cámara de alta costura parisina. Presentaba dos colecciones anuales, tal y como se le exigía, y sus desfiles eran diseñados con el mismo cuidado que sus prendas. Las colecciones eran temáticas y los tejidos los tonos y las formas, se correspondían siempre con el tema escogido.

Después estaba la línea pret a porter, que se distinguía de la alta costura por llevar el apellido Glow únicamente en sus etiquetas.

El negocio se había diversificado y, además de la agencia de modelos, poseían una empresa de organización de eventos – diseño de eventos, como le gustaba decir a Sharon— que llevaba también el nombre de Shadow. Por último, había cuatro hoteles en los que la firma organizaba algunos desfiles, eventos sociales o fiestas privadas, además de ofrecer estancias llenas de lujo y comodidades.

— Menudo alarde de imaginación. — susurró Carla a sus acompañantes más cercanas, lo que produjo un coro de risas tontas.

— ¿Quieres compartir algo con nosotras? — preguntó Akame con una sonrisa.

— Perdón. — y sonó, tal y como quería, a falsa disculpa. — Tan solo me ha parecido curioso que las dos empresas compartan nombre. — Lo coronó con una nueva risa.

La miró de hito en hito y tuvo que pestañear un par de veces. ¿Aquello era una crítica? ¿En serio? Si aquel era el nivel de Carla Banks, Sharon iba a destrozarla sin piedad.

Sin embargo, la sonrisa no había desaparecido de sus labios cuando contestó, aunque su tono se afiló un tanto.

— ¿Te haces una idea de lo que se tarda en diseñar un vestido de alta costura? — la otra se limitó a aguantarle la mirada sin decir palabra. — Lo suponía. — y sus palabras sonaron como un latigazo, algo que contrastaba con su apariencia dulce y pequeña. — Pues te puedo decir que para que tú tengas tus treinta segundos de pasarela, el vestido ha tenido que pasar por muchas horas de preparación y, sobre todo, de diseño. Así que es mejor que la imaginación se derroche, exactamente donde se tiene que derrochar.— Esta vez, Carla no tuvo nada que decir.— ¿Puedo continuar?— preguntó de forma obviamente retórica.— Voy a pasar a explicaros la distribución de los edificios.— miró a una de las acompañantes de Carla, que levantó la vista al cielo impaciente.— Ya sé que es pesado pero tardaré poco.— hizo acopio de paciencia antes de continuar.— El grupo de empresas se encuentra repartido en su totalidad entre este edificio y los dos adyacentes.— Se escucharon entonces murmullos de sorpresa. ¿Tres edificios en la Quinta? Aquello era muy diferente a trabajar desde el pequeño despacho de Robert en Brooklyn. — Como seguramente sabéis, y no solo por el enorme as de picas de la puerta, el edificio que está pegado a este es la tienda de Sharon Glow. Como curiosidad puedo deciros que, junto con la de París, es la más grande que tenemos. El último edificio es el más pequeño y el que acoge algunos de los eventos de la firma, así como el despacho donde se recibe a los clientes más exclusivos. — bajó el tono de forma cómplice. — Además, allí también podéis encontrar expuestos alguno de los diseños que Sharon ha lucido. Merece la pena verlos. — Se volvió para servirse un vaso de agua, momento que Carla aprovechó para hacer una mueca de rechazo, que volvió a ser recibida con regocijo y risitas por parte de alguna de sus compañeras. Akame resopló y se bebió el agua de un solo trago. Poco a poco iba notando como su, hasta entonces, famosa e infinita paciencia, se evaporaba como por arte de magia. Pero una vez más, no lo dejó ver en su cara. — ¿Algo más que añadir, Carla?

— ¿No es todo un poco excesivo?

La confusión se dibujó de nuevo en su alegre rostro.

— No te comprendo...otra vez.

— Sharon Glow es una buena diseñadora, para quién le guste por supuesto. — Lo dijo con intención, para dejar claro, que ella no estaba en ese último grupo. — Pero, y es mi opinión, lleva en este negocio muy poco tiempo conforme para que incluso, se expongan sus vestidos como si fuesen obras de arte. — añadió con desprecio. — Insisto en que es solo una

opinión personal. Supongo que está permitido darlas. — Puntualizó ante el gesto perplejo de Akame.

— Tú nunca has desfilado para Sharon, ¿verdad?

Otro latigazo de la dulce Akame que poco a poco, se iba convirtiendo en ácida.

Carla se envaró un instante, ofendida por la pregunta. Una de las pocas cosas que Robert no había conseguido para ella.

— No. Pero es que yo principalmente trabajo en Europa.

— Por supuesto. — Y por su tono dejó bien patente que nadie creía que fuese por eso. — Es sólo que suponía que a pesar de no haber desfilado nunca para ella, sabías que una de las particularidades de Sharon es que nunca hace copias de los vestidos con los que cierra sus desfiles. Es más, tampoco las hace de los que luce habitualmente.

— Eso también es algo que me preocupa. ¿Qué podemos esperar de una empresa cuya propietaria nos valora tan poco, conforme para ser ella misma quién cierra sus desfiles?

Y por primera vez, muy a su pesar, Akame no supo muy bien que contestar. Con disimulo, echó un vistazo alrededor y sonrió para sí. A algunas se les veía en la cara lo encantadas que estaban con la grosería de Carla. Sin embargo, en la mayoría de ellas, el gesto de disgusto era notorio.

— ¿Tú qué opinas de eso, Chloe? — La aludida, una jovencita de diecinueve años, la miró con espanto. ¿Por qué ella? ¿Cómo sabía su nombre? ¿Habría hecho algo mal? — Ya conozco el nombre de todas. — La tranquilizó Akame que parecía haberle leído el pensamiento.

— Yo...bueno...no sé. — pero ante el gesto tranquilizador, de la hermosa chica oriental, se decidió a hablar. — A mí no me parece mal. Al fin y al cabo, es su desfile y desde luego, su apariencia es como la de cualquier modelo. — miró a sus compañeras. — Es muy guapa. — intentó explicarse.

Hubo algún bufido por parte de las animadoras, pero para su disgusto, el murmullo general empezó a darle la razón a Chloe.

— Parece ser que eso solo representa un problema para ti.— Pero esta vez no dejó que añadiese nada hasta que ella no hubiese terminado.— Y con respecto a lo de que sus vestidos sean como obras de arte, te diré que el vestido que cerró el desfile de *Fuerzas de la naturaleza* y que, posteriormente, llevó para una entrega de premios en el Met, estaba confeccionado en seda real, encaje de guipur y al cuerpo llevaba cosidas

exactamente sesenta y tres esmeraldas; Así que contestando a tu comentario: Sí, yo estoy convencida de que pueden ser considerados como joyas que bien merecen ser expuestas.— apartó su mirada de ella y su mirada volvió a pasear por las chicas con una dulce sonrisa.— Un vestido de Sharon Glow te hace sentir especial, os lo aseguro. Y muchas de vosotras podréis comprobarlo en primera persona. Además, estamos muy orgullosos de que la dueña de esta empresa fuese la diseñadora más joven en ser invitada a unirse a la Cámara Sindical de Alta Costura. — miró de nuevo, significativamente a Carla. — Algo que viene a demostrar que es muy buena en su trabajo.

— ¿Y por qué no están a la venta? — preguntó otra de las chicas.

— Eso es un misterio. — rio Akame. — Probablemente, si algo no puede ser tuyo lo quieres con más ganas. Y si no puedes tener ese, al menos uno muy parecido. Supongo que es una cuestión de marketing.

— Tal vez solo sea cuestión de ego. — Pero esta vez no hubo ninguna risa haciendo el coro a su comentario.

— Podría ser, no te lo niego, aunque sinceramente me extraña. Pero para resumir te lo diré en una sola frase: Porque puede permitírselo. — miró de nuevo fijamente a Carla por si tenía algo más que añadir, pero al no obtener respuesta prosiguió satisfecha. — Y ahora, siguiendo con nuestro tema, llegamos a este edificio. En la primera planta están los talleres de confección, en esta segunda se encuentra todo lo relacionado con Shadow y la organización de eventos, propiamente dicha. Y, por último, en la tercera planta, está el despacho del señor Wride, los departamentos de marketing, financiero y personal, así como el estudio de diseño y despacho personal de Sharon— paró un momento para coger aire. — ¿Qué por qué os cuento todo esto? Muy sencillo: Alguna vez se os convocará aquí, bien para estudiar un trabajo, una sesión de fotos o un showroom privado con alguna clienta. También es aquí donde se ensayan los desfiles, que como que todas sabréis, son bastante elaborados. Cuanto antes conozcáis las instalaciones, antes os acostumbrareis y podréis trabajar más deprisa. También quiero que tengáis presente que los tres edificios, están unidos por un pasillo acristalado al que se accede directamente por las escaleras de la tienda. — y aliviada por fin, añadió — Bien, ¿Alguna pregunta?

Pero esta vez, para su tranquilidad, ninguna de ellas dijo nada.

— Salgo entonces un momento para ver si ha llegado el señor Wride y enseguida estoy con vosotras de nuevo.

Y apenas había alcanzado la puerta cuando Atticus Cohen volvió a ser el centro de la mitad de las conversaciones y las reacciones de Carla, el tema de la otra mitad.

Una ópera para resolver un crimen

Como os he comentado antes, la ópera Pagliacci tenía mucha más importancia en la historia inicial, que la que finalmente tuvo en su versión definitiva.

Esta es una de las varias conversaciones que decidí eliminar entre Sharon y Patrick, porque yo misma me di cuenta de que sus escenas eran casi eternas. Reconozco que nunca me cansaba de ellos, sobre todo en este periodo inicial, cuando todavía no han tenido que enfrentarse a lo que vendrá después.

En esta ocasión, Sharon le da a Patrick, gracias a la ópera, una de las claves del caso Cohen, de la que se dará cuenta más adelante.

También esta conversación responde a la pregunta que me habéis hecho varias veces: ¿De verdad Patrick no recuerda a Silvia de ninguna manera?

La respuesta es sí. Y la reacción siempre es la misma: pensar en ella siempre le entristece.



Él la miró con cierta condescendencia.

— Cariño: tengo a tres abogados exclusivamente centrados en ver, escuchar y leer todo lo que se haya publicado sobre Cohen en el día de hoy, tomando notas y preparándome sus informes, para que así pueda asegurarme de que ningún medio de comunicación o la propia policía, haya metido la pata. Te aseguro que, si algo más se hubiese sabido, mi teléfono hubiese empezado a gritar hace ya un buen rato.

— Entonces, será mejor que se mantenga callado, para que podamos disfrutar de esto. — Se estiró como un gato a por el mando a distancia, pulsó un botón y segundos después la voz de Carlo Bergonzi inundó el salón, junto a los acordes del final del primer acto de Pagliacci.

Patrick cerró los ojos, y sonrió dejándose llevar por la música.

— Y además sabes de ópera.

— También tengo mis defectos y, después de poner esta música, creo que la frivolidad está en primera posición.

El abrió un ojo para mirarla.

— ¿Por qué?

— Porque tienes un doble asesinato entre manos, y no creo que tenga que recordarte el argumento de esta ópera. — él sonrió al captar la ironía: Dos amantes muertos por un marido despechado. Una vez más, la realidad y la ficción se daban la mano. — No creo que sea correcto comparar un caso real con una ópera.

— Bueno, si nos atenemos a las palabras de Leoncavallo, esta ópera también se basa en un hecho real. — y volvió a cerrar los ojos disfrutando de la música mientras meditaba algo. — De todos modos, no se diferencian tanto como imaginas. — y sonrió al pensar que ella tendría una mueca interrogativa en la cara como efectivamente así era.

— ¿Qué quieres decir con eso?

Volvió a erguirse en el sillón y apartó las piernas de ella, para volver a alcanzar su copa de vino.

— ¿Recuerdas a O.J, T. Cullen, Von Bulow o los hermanos Menéndez?

— Por supuesto. ¿Hay alguien que no conozca la historia criminal más célebre de este país?

El levantó la copa en su dirección para darle la razón.

— Y dime, ¿Recuerdas a Abramson, *Racehorse* Haynes, Crochran o Dershowitz...?

— Si no me equivoco, eran sus abogados defensores.

Patrick dibujó una enorme sonrisa de satisfacción.

— Exacto. Recuerdas al acusado y recuerdas a su abogado. Y eso es porque si yo hago bien mi trabajo, tengo que estar en primera línea, siempre en el candelero, siempre dando la cara ante el gran público. Llega un momento en el que ya no importan los testigos, ni las pruebas forenses, ni los testimonios de los expertos: solo el fiscal y el abogado defensor, peleándose por hacer el mejor papel, por ser el que más convenza.— hizo una pausa, para poner en orden sus ideas y decir por primera vez en voz alta, su primera impresión sobre el juicio que estaba a punto de venirle encima.— Y si este juicio es como yo pienso que va a ser, con pocas, aunque rotundas pruebas forenses, docenas de testimonios de expertos y sobre todo, teniendo en cuenta quién será mi rival más probable en la fiscalía, en un par de meses eso ya no será un juicio por asesinato.— Torció un poco el gesto.— Habremos echado tanta mierda encima de unos y otros, habremos desnudado de tal manera la vida de las víctimas y del acusado ante un público expectante y ávido de información, que ya habremos convertido el caso en un auténtico espectáculo en el que finalmente, solo importarán dos actores: él y yo.

Ella rio divertida.

— Y claro: Solo puede haber una *prima dona* por opera.

Él se unió a su risa, dejó su copa vacía y la incorporó para estrecharla en sus brazos, mientras le besaba el pelo.

— Exactamente, pero de momento, déjame que disfrute de esta. — ella frotó su nariz con la de él en un gesto de cariño y vio como el fruncía el ceño, como recordando algo. — ¿Sabes que una vez conocí a alguien a quien esta ópera le gustaba tanto como a ti?

Ya en el desayuno, aquel recuerdo le había sorprendido, y más le sorprendía el hecho de que se hubiese colado por segunda vez en un día en su cabeza, cuando hacía años que no pensaba en ella. Era una imagen tan difusa, que apenas recordaba siquiera su rostro, aparte de esos ojos azules que tanto les habían llamado la atención a todos.

Y de repente, fue consciente de que sí había vuelto a pensar en ella hacia relativamente poco tiempo: el día que conoció a Sharon. Había sido algo muy fugaz, un pensamiento efímero cuando ella había apretado su mano.

— Supongo que habrá mucha más gente a la que le guste tanto como a mí. — contestó ella, interrumpiendo sus pensamientos.

— Lo sé, pero no me refiero a eso. Nunca había visto a nadie hablar con semejante pasión de esta ópera, hasta que te conocí a ti. Ni yo mismo, aun siendo mi favorita.

Ella hundió la cabeza en su cuello, aspirando su aroma.

— Ahora que lo dices: yo también recuerdo haber tenido una compañera de universidad a la que le encantaba. — y rio contra su cuello haciendo que el sintiese un escalofrío inmediato. — Supongo que a las dos nos consideraban igual de raras por gustarnos ese tipo de música.

— ¿Por qué te gusta tanto esta en concreto? — preguntó con un repentino interés, tras unos segundos de silencio.

Ella se apartó solo lo suficiente para poder mirarle a los ojos.

— Siempre me ha atraído la traición.

— ¡Eso no me da muchas pistas! — exclamó, sin sentir satisfecha su curiosidad. — ¿La traición de Tonio a Canio? ¿La de Tonio a Nedda? ¿La de Nedda a Canio?...

Ella sonrió con su sonrisa gatuna, sabiendo que su respuesta iba a dejarle aún más confuso, y se incorporó para volver a llenar sus copas.

— La de Nedda a Silvio, en realidad.

Y efectivamente en su cara se dibujó un gesto de incredulidad, seguido de uno de ironía. Ella se levantó y le entregó la copa, que él aceptó mientras la señalaba con el dedo.

— Hasta donde yo sé y corrígeme si me equivoco, Nedda y Silvio son los dos enamorados que pretenden huir. Creo que son el único resquicio de amor verdadero que hay en la obra.

Esta vez no volvió a sentarse en el sofá, sino en la mesa baja para quedar frente él, mientras balanceaba la copa entre sus piernas separadas, apoyando los brazos en sus rodillas.

— No es como yo lo veo, la verdad.— cogió el mando a distancia y apretó los botones mientras buscaba la parte de la ópera que le interesaba para explicar su teoría.— Aquí no hay ningún amor verdadero: Canio la ama con posesividad, Tonio con obsesión, y ese amor verdadero que ves entre los dos amantes, queda en nada con tan solo una palabra.— llegó a la parte que quería, sonrió y señaló al aire para que él escuchase.— *No, por mi madre, puedo ser indigna si es lo que quieres, pero ¡Por Dios que no soy*

vill!...interesante defensa, teniendo en cuenta que va dirigida al hombre al que está siendo infiel.

— Vale, ahí me das la razón: Nedda traiciona a Canio.

Y sonriendo ella continuó con la siguiente estrofa.

— *Que tu desdén mi amor es más fuerte...y no, no hablaré, ni aún a riesgo de que me mates.* — dibujó una mueca irónica. — Precioso, ¿verdad? ...Si no fuera mentira.

— Pero...— sin embargo, ella le interrumpió poniéndose un dedo en los labios para indicarle que callase y se levantó como un resorte.

— Pero Canio, parece conocerla mejor que todos los presentes: *En la agonía de tu muerte lo dirás.* — y sonrió cerrando los ojos disfrutando de las últimas palabras de Nedda. Cuando volvió a abrirlos le miró fijamente. — Dime Patrick, ¿Cuál es la última palabra de tu amante enamorada?

Por un momento, él se sintió confuso.

— ¿Silvio?

Ella asintió aún sonriente.

— *Socorro, Silvio.* Ahí tienes tu traición. La misma mujer enamorada y digna, que segundos antes grita a los cuatro vientos que ni matándola delatará a su amante, firma su sentencia de muerte con su último suspiro. Creería en su amor verdadero si ella se hubiese llevado su secreto a la tumba.

Lo meditó unos instantes hasta casi indignarse.

— ¡No puedes estar hablando en serio! — Negó con la cabeza, como si le costase creerlo. — Grita el nombre de su amado con su último aliento al verle correr hacia ella convencida, supongo, de que él está a punto de correr la misma suerte.

— Él podía delatarse o no, podía decidir sacrificarse o huir. Eso no lo sabemos. Pero susurrando su nombre le roba cualquier oportunidad de sobrevivir. Muere condenando al hombre al que ama a compartir su mismo destino. — Abrió los brazos casi con incredulidad. — ¿En serio no ves la traición?

Patrick reparó entonces, en que los ojos de Sharon parecían desprender fuego. Su discurso había sido apasionado, casi visceral. Se lo había explicado, moviéndose de un lado a otro como un animal enjaulado, como si le costase contener la emoción que le producía el momento culminante de la obra.

Se encontró conteniendo el aliento al mirarla, algo que hizo de una manera casi reverencial. No era la primera vez que Sharon producía en él ese efecto; En aquel momento, la veía tan salvaje y fuerte, tan indómita, tan segura de lo que decía... que no podía evitar sentirse contagiado por su pasión.

Se preguntó si Carla habría visto algo parecido aquella mañana y casi se permitió, durante un segundo, el sentir cierta lástima. Realmente una mujer así podía llegar a producir temor. Sin embargo, a él le provocaba una extraña sensación de regocijo. Literalmente adoraba a esa mujer. Y finalmente, todas esas sensaciones juntas, hicieron que estallase en una gran carcajada.

— Te juro que nunca se me habría ocurrido mirarlo desde esa perspectiva. — Se levantó entonces para volver a estrecharla entre sus brazos y contrariamente a como se sentía, la besó con dulzura. — ¿Sabes que eres deliciosamente retorcida?

Ella echó la cabeza hacia atrás, riendo también.

— Lo sé, y me encanta. — y él aprovechó para darle un rápido beso en el cuello, antes de que ella se zafase de su abrazo para dirigirse hacia la cocina. — Vamos a ver que ha preparado Megan. El vino y el estómago vacío no son buena combinación.

¿Sharon Glow ha metido la pata?

Aunque pueda parecer lo contrario, Sharon, en ocasiones, también es una mujer insegura.

En su empeño de hacer feliz a Patrick, durante el breve tiempo que ella prevé que va a durar su relación, en algún momento se expone demasiado, como cuando le enseña una de las joyas más importantes de su familia, aquella que su padre le regaló por su mayoría de edad.

Al día siguiente, el nivel de paranoia de Sharon empieza a hacerse patente, como bien demuestra esta conversación con Ben.



— Confío en que los dos cumplan su palabra y no metan la pata ahora que estamos tan cerca. — suspiró con hastío. — Solo espero no tener que aguantarlos mucho más tiempo, sobre todo al imbécil de Grisham. — se volvió hacia Sharon al ver que ella no comentaba nada y la encontró con la mirada perdida, jugueteando con el vaso de papel que contenía su café con vainilla. — Sharon, ¿me estás escuchando?

Hacía tan buen tiempo, que Benjamin había sugerido que fuesen paseando hasta el Starbucks de la Quinta, para despejarse un rato y tomar un café. Sin embargo, Sharon se hallaba aquella mañana sumida en un extraño mutismo, del que parecía costarle salir.

Por fin suspiró de mal humor y le miró.

— Creo que he metido la pata, Ben.

Él la miró, como si no pudiese creerlo.

— ¿Tú? ¿La todopoderosa Sharon Glow ha metido la pata? ¡Eso es imposible! — contestó con ironía; pero ante la mirada asesina de ella, prefirió dejar las bromas a un lado. — ¿Qué ha pasado?

— Anoche le enseñé la sirena a Patrick y le dije que era mía.

Él la miró sin comprender. ¿Por qué consideraba que eso podía ser una metedura de pata? Al fin y al cabo, no había mentido.

— ¿Y?

Esta vez fue ella quién le miró, como si le costase creer su tranquilidad ante lo que acababa de contarle.

— Soy una diseñadora de moda, Ben. Se me supone mucho dinero, es cierto. Pero: ¿eres capaz de recordar en cuanto se tasó la última vez que se expuso?

No le era difícil recordarlo. La cifra era suficiente para hacer que Mike sufriese sudores fríos cada vez que Sharon se empeñaba en llevarla unos días a casa. Estaba seguro de que, más de una vez, había querido dormir dentro de su vestidor con un pequeño arsenal.

— Pues aún sigo sin ver el problema. — lo pensó unos instantes.— A no ser que le dijese que el resto de las joyas son originales de la época y también tuyas.— ella negó vehementemente con la cabeza.— Entonces, definitivamente no te entiendo.

Ella soltó un bufido de impaciencia.

— Las joyas, el ático más caro de la ciudad, la casa en Newport, guardaespaldas, coches de lujo, vinos de dos mil dólares para cenar una noche cualquiera... ¿No crees que estoy dejando ver demasiado?

Y ahora sí Benjamin estaba genuinamente sorprendido. Era la primera vez que veía a Sharon con semejante nivel de paranoia.

— ¿Piensas que puede relacionarte en algún momento con los Torres o con Renaissance? Porque no sé si recordarás, que pronto saldrás en portada desvelando al fin el secreto de quién compró el famoso ático. Norma ha insistido bastante en ello y no te veo muy segura en este momento. Eso también es exposición.

— ¡Por supuesto que no! — y su cara fue de verdadero espanto. — Aunque tampoco sé por qué Norma se empeña.

— Por algo relacionado con otro sobrenombre por el que empezar a conocerte. ¿Era algo así como la princesa de Manhattan?

— Sí, algo tan horterata como eso, pero que sin embargo ella está convencida que funcionará a las mil maravillas.

— Vale, pero sigo sin entender tú problema. — Y realmente no lo entendía; sin embargo, al ver su cara de disgusto, supo que lo que necesitaba era una confirmación por su parte de lo que ella ya sabía. — Shar: Patrick no va a ponerse a investigar cuánto dinero tienes o no. Sé, y

estoy bien seguro de no equivocarme, que es algo que no tiene ninguna importancia para él. — ella fue a abrir la boca, pero él le puso suavemente un dedo en los labios. — Incluso si fuera así, sabes que una búsqueda rápida en internet le sacaría de dudas, encontrando datos de tú familia lo suficientemente sutiles y bien documentados, conforme para que nadie llegue a sospechar. Tu padre se cuidó incluso de eso, aunque recuerdo bien que a mi madre no le hizo ninguna gracia. Que tuvieses un nombre comercial, por así decirlo, bien. Pero lo de inventarte incluso una familia, no les costó pocas discusiones.

Sharon recordaba a la perfección las dudas de Joyce, al igual que recordaba que fue una de las únicas veces en las que su padre no aceptó ningún consejo por parte de nadie. Su hija lo quería así y no había más que hablar.

Sin embargo, no quería dar su brazo a torcer.

— Aun así, me preocupa. Hasta el momento he conseguido, a pesar de la fama, volar bastante bajo en el radar de la prensa. Y no quiero cometer un error que cambie eso. Siempre hay algún detalle que se nos ha podido escapar.

Y entonces Ben, comprendió exactamente qué era lo que le preocupaba y que poco tenía que ver con Patrick.

— ¿Estás así por lo de la entrevista de Corina Hibbot? — Y por su cara supo al instante que había dado en el blanco. — Por favor, solo es una periodista más. Has dado cientos de entrevistas y nunca has tenido ni el más mínimo problema.

— Pero esa mujer no es la típica periodista ni de moda, ni de sociedad.

— También has dado entrevistas a medios financieros.

Pero aún no parecía convencida.

— Corina es diferente y es, con mucho, la periodista más incisiva a la que nunca me he enfrentado. No tienes más que leer sus entrevistas y sus artículos de opinión: Es ácida, mordaz, cortante e incluso, puede llegar a ser hiriente; Y lo malo es que se le permite todo, porque es un referente para determinadas mujeres. No se va a conformar con una entrevista de perfil bajo para que yo le cuente lo estupendo y glamuroso que es el mundo de la moda, el que parece odiar.

Y Ben tuvo que reconocer, que en eso tenía razón. Corina Hibbot se había convertido en una estrella del periodismo, capaz de conseguir que todos y cada uno de sus entrevistados, normalmente mujeres poderosas de

todos los ámbitos, terminasen hablando de temas tan candentes como polémicos. Había entendido las razones por las que Norma, la jefa de prensa y asesora de imagen para los medios de Sharon, había aceptado la entrevista. La periodista la había solicitado en tantas ocasiones, que empezaban incluso a parecerle extrañas las reiteradas negativas por parte de la diva de la moda. No querían dar pie a que ella empezase a hacer públicas sus dudas acerca de los motivos reales, y consiguiera para Sharon una atención que ella, desde luego, ni quería ni necesitaba.

— No te preocupes, princesa. — y apuró de un trago lo que quedaba de su café. — Echaré un vistazo para ver que todo sigue en orden. Tú prepara bien la entrevista con Norma. Ella sabe mejor que nadie los temas que probablemente tengas que tratar, y la imagen que tienes que dar ante ellos.

Por fin suspiró resignada.

— No soporto a esa mujer. No me gusta su estilo de periodismo, no me gustan algunas de sus ideas y sobre todo, no me gusta que se sienta superior a sus entrevistados, porque tengan temor a lo que pueda escribir con su venenosa pluma. — ella también se terminó su café y se puso en pie para dar por finalizado su rato de descanso. — Y me temo Ben, que eso se me va a notar.

Y él no pudo más que estar totalmente de acuerdo con ella.

Charlotte Reims

Reconozco que adoro a este personaje, esa experta en jurados descarada, maravillosa y extremadamente inteligente, que tanto quiere a Patrick.

Me hubiese gustado poder indagar un poco más en ella. Me pareció tan interesante desde el principio, que me negué a que hubiese tenido algo en el pasado con Patrick, y que ese fuera su rasgo principal.

Aunque hay que reconocer, que el primer encuentro con Heather, resulta un poco surrealista.



Pero al sentarse de nuevo, tuvo que dejar a un lado su preocupación y consolarse contando las horas que le quedaban para volver junto a ella.

— ¿Todo bien, Patrick? — preguntó Mathew con tono preocupado ante su gesto pensativo.

— Sí, todo bien; era una llamada personal. — soltó por fin su corbata muy consciente de la mirada interrogativa de Heather. Podría mentir y decirle que había sido su hermana Ellie preocupada por algún detalle de su boda, pero se negaba a tener que dar cualquier tipo de explicación y aún más sabiendo que era mentira. Así que optó por no aclarar nada. — Bien, ¿por dónde íbamos?

— Estabais esperando a que yo os iluminara con mi enorme sabiduría.

La autora de esa frase tan cargada de egolatría, y a la vez tan cierta, no era otra que Charlotte Reims, la mayor experta en jurados que Patrick había conocido en todos sus años de experiencia y que le había enseñado absolutamente todo lo que sabía sobre el tema. Lo de Charlotte ya sobrepasaba el conocimiento, rozando prácticamente la clarividencia; nunca había conocido a nadie con ese nivel de psicología, conforme para elegir y acertar con las doce personas de las que dependería tu caso.

Si Charly decía que no había nada que hacer, que no lograba encontrar un jurado que te ayudase, era mejor que empezases a plantearte hacer un trato o pensar en la apelación.

La fiscalía había intentado mil veces tentarla para que trabajase para ellos, sin embargo, ella había preferido centrarse en la defensa privada. Un mundo mucho más lucrativo, que le había permitido elegir los casos de los que quería ocuparse; si Charlotte se involucraba en un proceso es que, el mismo, era importante.

La complicidad que tenía con Patrick también ayudaba a la hora de trabajar juntos. Era atractiva, sobre todo por su simpatía, natural y tremendamente descarada, cualidad que la hacía encantadora una vez la conocías y que había conseguido convertirla en una de sus más íntimas amigas.

Charlotte paseó su bolígrafo repleto de plumas ante su cara, arrancándole una sonrisa.

— ¿Cómo lo ves, Charlie?

Ella volvió a sus notas, las repasó un instante, tachó un par de cosas, meneó sus plumas al aire con una graciosa floritura y le miró fijamente.

— Patrick, cielo: Estás jodido. — Heather ahogó un grito, escandalizada, los tres asistentes palidecieron y sin embargo Mathew y Patrick dibujaron sendas sonrisas. — Suerte que me tenéis a mí. — Y le dio un codazo suave, provocando al momento que Heather se sintiese terriblemente incomoda. No había conocido, hasta ese día, a Charlotte y no entendía muy bien ese nivel de confianza para que incluso, él abreviase su nombre.

— Entonces, soy todo oídos.

— Vamos a ello. — volvió a mirar sus notas antes de seguir. — Digo que estás jodido por el tipo de hombre que es Atticus Cohen: Alguien que ya ha pasado largamente de los sesenta, millonario y con una mujer a la que casi triplicaba la edad. Para colmo de males, tiene fama de ser un tirano trabajando y un machista que tiene la mala costumbre de hacer insinuaciones a toda mujer que tenga alrededor. Dentro de su ambiente, es bastante conocida su afición a las jóvenes actrices con ganas de triunfar. — torció entonces un poco el gesto. — Sumemos a eso dos exmujeres, una denuncia de malos tratos y lo que nos sale es un personaje odioso para cualquier jurado. Sobre todo, el momento tan convulso que vivimos en ese sentido.

— No os olvidéis de las prostitutas. — terció entonces Sam, un expolicía reconvertido como tantos otros en detective privado y que se encargaba de buscar todos y cada uno de los trapos sucios, tanto de un lado como de otro. Prefería confiar en un investigador que esperar a que Atticus le contase una verdad que probablemente, ocultaría a no ser que le golpeases con ella. — El tipo es habitual en determinados círculos y no os hablo de prostitución de lujo precisamente. Digamos que tiene unas costumbres y gustos un tanto peculiares, que puede cubrir por apenas veinte pavos.

— ¡Una auténtica joya! — exclamó Heather sin poder reprimirse, algo que hizo que Patrick la fulminase con la mirada. Le había dicho mil veces que ellos no eran nadie para juzgar la vida de sus clientes. Su única obligación era defenderles.

Charlotte, sin embargo, decidió ignorar por completo el comentario.

— En este caso no podemos jugar con ninguna baza como la raza, la religión, ni nada que realmente pueda convertirse en un conflicto social para presionar al jurado. — miró de nuevo a Sam.— ¿Qué tenemos de ella?

Antes de empezar a hablar, Sam quiso dar más dramatismo a su informe con un largo silbido.

— Por suerte para nosotros, tampoco era ninguna joya. Nadie sabe muy bien cómo se había colado en el ambiente del cine y la televisión, ya que, como actriz, no había protagonizado más que un anuncio de antiácido. Pero el caso es que era una habitual en los castings importantes de Los Ángeles. Pasó por unas cuantas camas, muchas en realidad, hasta dar con Atticus Cohen en una audición. No le dio el papel, pero a los dos meses le colocó el anillo en el dedo, con boda hortera en Las Vegas incluida. Todo muy al estilo Hollywood. — rebuscó entre sus papeles hasta dar con el que quería. — Y de él tampoco se puede decir nada bueno: Un playboy portorriqueño, hijo de una familia respetable y adinerada afincada en Santa Mónica, que le cortó el grifo y le retiró la palabra cuando vieron que no servía para nada más que gastarse el dinero de sus padres. Solía camelarse a mujeres mayores y ricas, por supuesto. Parece que la mujer de Cohen fue una excepción en lo que se refiere a la edad.

— ¿Ella tenía familia?

— Una madre y una hermana con la que apenas se hablaba, pero que Fischer se encargará de presentar rotas por el dolor sobre todo cuando olisqueen la indemnización.

Charlotte se dio unos suaves golpecitos en los labios con el bolígrafo, mientras que, con un gesto natural, apoyaba más aún su pierna en la de Patrick, lo que les hacía estar prácticamente pegados en el sillón para desesperación de Heather, que ya había desconectado hacía unos minutos de todo lo referente al juicio, para torturarse pensando si aquella sería la mujer con la que Patrick se estaba acostando. Su lenguaje corporal les delataba y quedaba claro que entre ellos había un vínculo muy íntimo. Si solo eran amigos: ¿por qué Patrick nunca le había hablado de ella?

— Tal y como yo lo veo, necesitamos hombres de mediana edad, con divorcios complicados y hombres de edad más avanzada que puedan haber sentido admiración por Cohen en sus tiempos de actor. Hay que huir de los hombres jóvenes, solteros o con relaciones estables, con estudios o trabajos de perfil alto, que generalmente son más compasivos y podemos despedirnos, como siempre, de las mujeres jóvenes. Doy por hecho que Fischer va a utilizar sus vetos para todas ellas. — En un gesto exagerado cogió la cara de Patrick entre sus manos y apretó ligeramente. — No va a dejar que nos aprovechemos de esta preciosa cara.

— ¡Creo que eso ha estado totalmente fuera de lugar! — exclamó Heather, consiguiendo que todos clavasen su vista en ella, sorprendidos por su reacción. La única a quién no pareció extrañarle su comentario, fue precisamente a Charlotte, que sonrió soltando la cara de su amigo.

— ¿Cuál es el problema, Heather? — preguntó con voz dulce.

Que quiero que te apartes ahora mismo de él, quería gritar ella. Pero intentó recomponer su orgullo y a cambio, contestó. — Disculpa, pero me parece una frivolidad que hables de un colega en esos términos.

Y se arrepintió de haber dicho nada al ver la cara de Patrick. Parecía molesto. Muy molesto, de hecho. Buscó con la mirada a Mathew con la esperanza de encontrar un aliado; sin embargo, su jefe había optado por pasear su vista por la habitación, repentinamente interesado por su decoración. Estaba sola y había metido la pata, como lo demostraban las risitas ahogadas del abogado sentado a su lado.

Sin embargo, Charlotte no parecía molesta al contestar.

— Verás, cielo: entiendo que pueda parecerte frívolo, pero me gustaría informarte que yo fui la primera que encontré en esta cara un valioso activo al que no pienso renunciar. — y añadió con una condescendencia que aún la enfadó más. — Sé que es bonito pensar en la justicia como algo serio, intocable...pero lamento decirte que, para ganar esta clase de juicios, hay

que sacar toda la artillería y si eso incluye la belleza del abogado defensor, te aseguro que lo tendré en cuenta como un activo.

Y por fin Mathew acudió en su rescate, aunque no de la forma que a ella le hubiese gustado.

— Dime Charlotte, ¿Qué clase de mujer necesitamos? Fischer no podrá vetarlas a todas.

Solo lo pensó un instante.

— Mujeres solteras, mayores de cincuenta años y con trabajos poco cualificados o monótonos; que vivan solas o con mascotas y sean aficionadas a la telerrealidad. — Miró a Patrick significativamente. Ellos parecían saber muy bien de que estaban hablando. — Doy por hecho que disfrutarán de este culebrón.

— No estás hablando en serio ¿verdad? — Esta vez la pregunta de Heather estaba totalmente justificada. — ¿Cómo vamos a saber eso?

Charlotte contestó con la misma tranquilidad que antes.

— Esto no es una ciencia, es un arte. — Le guiñó un ojo con picardía. — Créeme cielo, si las hay, lo sabré. — Apoyó la cabeza en el hombro de Patrick, hablándole con el tono que se utilizaría para hablar de una mascota. — Que tiernos me parecéis los abogados cuando aún sois cachorritos. Aún se ve la inocencia en sus ojos, aunque si sigue tan peleona le espera un buen futuro.

La cara de Heather volvió a palidecer de rabia, cuando lejos de defenderla por hablar de ella como si fuese un *cachorrito*, rio la broma y Mathew le hizo el coro. Si esa mujer volvía a llamarla *cielo*, no podría controlarse.

— Charly, por favor. — Pero la advertencia fue tan leve, que a Heather le molestó aún más que si no hubiese dicho nada. — Tenemos entonces todo más o menos claro, ¿verdad? — preguntó ignorando cualquier rastro de hostilidad entre ambas mujeres.

— Por mi parte, sí. He oído que va a pedir la perpetua.

— Eso ni lo dudes. Se va a emplear a conciencia en estos meses, para que la gente sepa que no va a parar hasta conseguir que no vuelva a ver la luz del día. Tenemos que estar preparados e investigar a fondo para saber qué tiene. Va a pedir asesinato en primer grado y no homicidio.

— ¿Cree que lo preparó?

— Parece ser que sí; Y lo peor, es que no tengo la menor idea de con que cartas juega.

— Pues espero que podamos enterarnos a tiempo. — entonces miró a Mathew. — ¿Podréis conseguirme la lista de los miembros potenciales?

Mathew sonrió beatíficamente.

— Sabes que eso es ilegal, Charlotte.

— Bien, la estudiaremos juntos a ver que podemos sacar.

Y esta vez fue Mathew el que le guiñó el ojo e imitándola también se puso en pie, gesto que les indicó a los demás que definitivamente la reunión había terminado.

— Muy bien, pues poco más podemos hacer por hoy. — sentenció Patrick.

Y Heather se sintió aliviada al ver como la odiosa Charlotte cogía su bolso, dispuesta a marcharse, bamboleando el rotundo trasero bajo su falda blanca de tubo. Pero la siguiente frase de la exuberante morena, le cayó como un jarro de agua fría.

— ¿Vuelves esta noche a los Hamptons?

— No. Lo haré mañana. He pasado los dos últimos días haciendo de niñera de Cohen y necesito una noche libre.

— Bien, te llamo entonces. — y le dio un efusivo beso en la mejilla al tiempo que acariciaba de forma sutil la otra. La despedida de Mathew, a pesar de ser también con un beso, fue bastante más fría. A los demás se limitó a decirles un cortés. — Encantada. Nos vemos pronto.

Y salió del despacho con un rítmico repiqueteo de tacones.

Patrick no siempre es tan dulce

Y tampoco necesita serlo, ¿verdad? Siempre he dicho que estoy enamorada de los defectos que le adornan.

Heather creo que no opina lo mismo.

Su cruce de palabras con Charly, no parece haber sentado del todo bien a su jefe.



— De acuerdo, Mathew. Los demás también podéis volver al trabajo. — Cuando Heather se dio la vuelta dispuesta a salir a toda velocidad para poder quedarse sola de una vez y desahogarse, se quedó parada en seco cuando le escuchó. — Tú quédate, Heather.

Sabía que la conversación iba a ser tensa en cuanto él se quitó la chaqueta y la arrojó en su silla, sin siquiera darse la vuelta para mirarla. Se colocó las manos en las caderas y vio como sus músculos se marcaban tensos bajo la fina camisa rosa. Su postura irradiaba agresividad y, por el movimiento de sus hombros arriba y abajo, supo que estaba haciendo esfuerzos por poder controlarse.

Cuando se giró hacia ella, deseó que no lo hubiese hecho. Sus ojos estaban de un azul tan oscuro como un mar azotado por un vendaval, y su boca dibujaba un rictus grave. Su mirada no era de enfado, de hecho, apenas tenía expresión. Si no hubiese sido por el leve temblor en su mandíbula, bien podía haber estado esculpido en piedra; una estatua de belleza sublime y gesto aterrador.

Su voz sonó helada cuando por fin se decidió a hablar.

— Vuelve a ponerte en evidencia de esa manera y estás fuera del caso. Ponme en evidencia a mí y estás fuera de este departamento.

Las mejillas le ardían por la vergüenza y los ojos por las lágrimas que intentaba contener a toda costa. Sabía que había hecho mal, pero no le daría el gusto de admitirlo.

— No creo que dejar patente que alguien te está faltando el respeto, signifique dejarnos en evidencia.

— Nadie me ha faltado al respeto. La próxima vez que no entiendas el tono de una conversación, mejor permanece en silencio y, sobre todo, no te atrevas a hacer un juicio de valor sobre un cliente a no ser que se te pida.

No le hablaba con un tono diferente al que Mathew había utilizado miles veces con él y con casi todos sus subordinados. Pero: ¿por qué no se daba cuenta de que ella no era una trabajadora cualquiera? ¿Por qué no la veía como la mujer de la que, hasta hace muy poco, estaba enamorado?

— Te acuestas con ella, ¿verdad?

La pregunta no pareció pillarle por sorpresa en absoluto, pero le provocó una mueca despectiva.

— Esto es increíble. — abandonó su rígida pose y se dirigió con paso lento hacia su escritorio. — Intento que veas de la manera tan absurda en la que te has comportado, y tu respondes con una pregunta más absurda aún y totalmente fuera de lugar.

Pero ella ya estaba decidida. En aquel momento no pensaba en casos, juicios, ni en su puesto en el bufete. Ahora no era una subordinada, ni una compañera. Ahora no era más que una mujer herida.

— Entonces no lo niegas.

— No, no lo niego...ni lo admito. ¿Y sabes por qué? — ella negó con la cabeza más por impulso que por convicción. — Porque este es nuestro lugar de trabajo y tenemos entre manos un caso importante, que tiene que ser la prioridad para todos y cada uno de los que trabajamos en él. — se apoyó en la mesa, cruzó los brazos y por un momento se sintió como un profesor reprendiendo a una alumna díscola. Y desde luego, era mejor pensar en una ridícula imagen de sí mismo, que dar rienda suelta a su verdadero estado de ánimo.

Por fin, los pies de Heather consiguieron despegarse del suelo al que parecían clavados, impidiéndole cualquier movimiento y se dirigió con paso firme hacia él, levantando un dedo amenazante.

— No te atrevas a acusarme de no ser profesional, porque sabes muy bien que me dejaré la piel en este caso al igual que tú. — y colocó el dedo frente a su cara. — Soy muy consciente de lo que tenemos entre manos.

Sin embargo, ni aquel gesto amenazador consiguió alterar su pétreo rostro.

— Pues empieza a comportarte en consecuencia y no traigas a colación un tema personal que no pienso discutir contigo, ni aquí ni ahora.

La cara de ella se descompuso un instante tras el dedo acusador con el que le señalaba y a él le empezó a flaquear la determinación. No estaba dispuesto a tolerar una escena, pero tampoco estaba dispuesto a hacerle daño.

— Te echo de menos. — susurró.

Y el recuerdo de la voz de Sharon diciendo aquellas mismas palabras, se coló por cada rendija de su cerebro, llenándole por completo de una excitación que rozaba la felicidad absoluta y haciendo que el corazón le diese un vuelco, obligándole incluso a cerrar los ojos por un instante. Cuando volvió a abrirlos, la cercanía de Heather le pareció inapropiada y se separó como si ella le hubiese quemado. Le embargó entonces la tristeza por el gesto dolido de ella e intentó suavizar el tono.

— Ahora no, Heather. Te lo pido por favor. — *¿Y entonces cuando?*, preguntó ella sin necesidad de pronunciar palabra. — Cuando encarrile este juicio, cuando tenga las cosas un poco más claras... pero por favor, no me fuerces a hablar ahora de nosotros, porque me temo que no tendría nada nuevo que decirte. — contestó a la pregunta no formulada.

Agradeció que ella prefiriese no mostrar lágrimas y en su lugar hablase su orgullo herido.

— Eres consciente de que tal vez llegue el día, en que sea yo la que no quiera hablar, ¿verdad? —El asintió, pero no dijo una palabra más, reconociendo tácitamente que él ya tenía muy clara esa posibilidad. — Tengo trabajo.

Se volvió para marcharse, pero se detuvo de nuevo cuando le escuchó hablar a su espalda.

— Heather, lo digo en serio: céntrate en el caso, porque no voy a permitir ningún error de nadie. No quiero que luego puedas decir, que ha sido algo personal.

Sin embargo, ella ni se dio la vuelta para mirarle; se limitó a levantar una mano, haciendo ver que le había escuchado y a salir del despacho.

Miró la puerta por la que acababa de salir con gesto triste, pero por primera vez en mucho tiempo, no se sintió culpable. Estaba harto de repetirse una y otra vez las mismas cosas, los mismos insultos y de torturarse de la misma manera.

Hoy no estaba por la labor de sentirse mal por ella, y eso ya era un gran paso.

¿Pensáis que hemos terminado con Charly?

Ya sabemos cómo se ha tomado Heather la posibilidad de que Patrick y Charly tengan una relación, la cual da por hecha. Pero, ¿y Sharon? ¿Cómo creéis que actuaría ella?

Os lo dejo aquí para que podáis comprobar si tenéis razón en lo que habéis pensado.

Otra de las escenas de ellos dos que tuve que eliminar. No me cansaba de escribir sobre esta pareja, lo reconozco. Una vez más nos demuestran que son capaces de tener conversaciones interesantes hasta en la bañera.



Le gustaba ver cómo se deformaba todo en la superficie cuando estaba debajo del agua. Las luces se estiraban y encogían, adoptando formas inverosímiles y el sonido del agua en sus oídos, era como un susurro o un eco lejano, que parecía cantarle una extraña nana. El pelo le hacía cosquillas en los hombros, mientras flotaba a su alrededor y la sensación de ingravidez meciéndola suavemente, era una de las cosas más relajantes que había experimentado nunca.

Ya desde niña, le gustaba pasar todo el tiempo que sus pulmones le permitían bajo el agua. No era una casualidad que siempre le hubiesen entusiasmado las historias sobre sirenas a las que, de existir, sería uno de los pocos seres a los que podría envidiar. Estaba segura que cualquier psicoanalista le vendría con aquel rollo de echar de menos la infancia, más en concreto el útero materno o cualquier tontería por el estilo, pero lo cierto es que simplemente le relajaba el silencio y la soledad que solo encontraba bajo el líquido elemento.

Sin embargo, también se sintió feliz cuando dos manos en sus omoplatos, vinieron a romper su momento de paz y la sacaron veloces hacia

la superficie.

— Me pones nervioso cuando haces eso. — y por la gravedad de su gesto, supo al momento que él no mentía.

Se echó a reír mientras se secaba la cara con las manos.

— ¿En serio, Delany? ¿Crees que voy a ahogarme en sesenta centímetros de agua?

— Siempre puede pasar algo imprevisto. — contestó de mala gana y sintiéndose cada vez más ridículo. — Un mareo, un malestar repentino...yo qué sé, algo.

Sonrió entonces con ternura, al ver su genuina preocupación y le salpicó la cara con las manos.

— De acuerdo. Prometo quedarme donde puedas verme.

La miró malhumorado, sin embargo, rodeó su cintura y la colocó de espaldas a él entre sus piernas. Cogió la esponja y le echó un buen chorro de gel. Echó su pelo a un lado y con cuidado, casi con mimo, empezó a enjabonarle el cuello.

— Bien, cuéntame entonces por qué ha ido tan mal la entrevista.

Ella se olvidó por un momento de la suavidad con la que estaba lavándola y emitió un gruñido muy poco femenino.

— Porque ha sido surrealista. Sus opiniones sobre ciertos temas son tan estúpidas, que me han obligado a contestar tonterías.

— No creo que hayas contestado tonterías.

— Pues no he contestado nada brillante, te lo aseguro; podría haber debatido con esa mujer durante horas, rebatiendo uno por uno sus muchos anticuados argumentos, sin embargo, he optado por ser hiriente. — suspiró profundamente mientras el continuaba con su labor, esta vez en su hombro derecho. — Llevo todo el día evitando a Norma, porque estoy convencida de que después de esto querrá renunciar. — rio sin humor y dio un manotazo al aire deseando olvidarse del tema. — ¿Qué me dices de ti? ¿Qué tal tú día?

Sabía que ya no le sacaría nada más de ninguno de los dos asuntos que parecían haberla estado atormentando aquel día, por lo que decidió contarle sus propias preocupaciones.

— Heather nos ha puesto en evidencia delante de la mejor experta en jurados de la ciudad de Nueva York y, no contenta con eso, después me ha acusado de acostarme con ella.

Notó un leve movimiento en sus hombros, como si la idea le hiciese tan poca gracia como a Heather. Sin embargo, volvió la cara hacia él con una media sonrisa.

— ¿Y lo haces?

El suspiró profundamente y apoyó la cabeza de ella en su hombro, mientras se concentraba en su brazo.

— Charlotte Reims es una de las mujeres más interesantes que he conocido y, sin duda, la mejor en su trabajo. Es tremendamente inteligente...y condenadamente atractiva. — ella volvió a cambiar el gesto sutilmente y él besó su nuca. — Nos conocimos en uno de los muchos cocteles que da anualmente el bufete, cuando yo era apenas un abogado listillo con ganas de comerse una ciudad a la que acababa de llegar. Nos gustamos bastante y pasamos casi toda la noche juntos...— le hizo gracia comprobar como en aquel punto Sharon estaba conteniendo la respiración y lo mejor de todo, es que no parecía ser siquiera consciente de ello. —...pero no acabamos en la cama. De hecho, nos caímos tan bien, que decidimos no fastidiarlo acostándonos. — cambió la posición de su cabeza hacia su otro hombro, para tener mejor acceso a su brazo izquierdo. — Te puedo asegurar que le debo mucho a esa mujer. Creo que he llegado a ser el abogado que soy, gracias a sus enseñanzas y consejos. Dos años después de conocernos, le presenté a uno de mis mejores amigos de Harvard, que en la actualidad es su fiel y devoto marido. Ellos, a cambio, me han convertido en el padrino de una de sus preciosas gemelas.

Y ella pareció absolutamente satisfecha con la respuesta.

— ¿Yo no te caí bien? — rio al recordarlo. — ¿Fue por obligarte a llevar máscara o por la pequeña mentira sobre mi nombre?

— Te perdoné la mentira en el momento en el que me pediste aquel delicioso whisky. Y por supuesto que me caíste bien.

— Pero conmigo si te acostaste aquella misma noche.

— Es que contigo no tuve otra opción. Después de conocerte, me fue imposible encontrar otro final para aquella noche. Fue algo irremediable, créeme. Estaba dispuesto a seducirte a cualquier precio.

— Buena respuesta, Delany. — Realmente estaba encantada. — Así que la tal Charlotte fue quién te convirtió en el abogado estrella que eres ahora.

— ¿Abogado estrella? — soltó un bufido que casi fue de indignación — Gracias, pero prefiero ser un buen abogado a secas.

Ella se incorporó para poder mirarle.

— ¿Por qué en ciertos trabajos os sienta tan mal que se os considere estrellas?

Levantó los hombros como si no conociese bien la respuesta.

— Supongo que suena demasiado frívolo.

Se dio la vuelta para quedar frente a él.

— ¿Crees que, si te consideran una estrella, tu trabajo tendrá menos valor?

— Algo así.

Ella esbozó una sonrisa y movió la cabeza de un lado a otro, como si le costase creérselo.

— Es solo una cuestión de espectacularidad. — Al ver su cara de confusión, intentó darle algo más de claridad. — Te pondré un ejemplo dentro de mi profesión: Oscar de la Renta. Un diseñador maravilloso y que muchas veces, me ha servido de inspiración para mi propio trabajo. Sus vestidos de noche eran sublimes, y para mí personificaba, como pocos, la elegancia de la mujer. Resumiendo: Un diseñador excepcional.

— ¿Y en el otro lado tenemos a...?

Ella cerró los ojos y levanto las manos de forma teatral.

— Al grandioso Gianni Versace. — abrió los ojos e imitó la sonrisa de él. — También un buen diseñador, con una femineidad impresionante, pero, ante todo, con un magnetismo personal increíble. Todo en él era excesivo, brillante, colorido...No dejaba indiferente a nadie. Él en sí mismo, era parte de su propia marca. Una auténtica estrella. ¿Cuál es mejor diseñador de los dos? Eso va en gustos personales. ¿Cuál era el más carismático de los dos? Eso no hace falta ni que lo mencione. ¿Están considerados ambos dos de los más grandes? Por supuesto. Así que como ves, en realidad la diferencia está en la espectacularidad.

Él pareció meditar sus palabras y finalmente asintió para darle a entender que veía cual era la diferencia.

— ¿Y tú, Glow? ¿Eres buena o eres una estrella?

Echó la cabeza hacia atrás, acompañando el movimiento con una dulce risa.

— Me gustaría pensar que tengo un poco de las dos, aunque sinceramente me conformaría con saber quién soy en realidad.

Patrick levantó las cejas con humor.

— No te pega el rollo existencialista. — Ella volvió a salpicarle la cara con el agua, cómicamente ofendida y el rompió a reír. — Vale, te preguntaré: ¿A qué te refieres exactamente?

Se recostó en su lado de la bañera mientras parecía meditar la respuesta.

— A que, si hago caso de las críticas o de lo que mí se escribe, parece que tengo cosas de ambos estilos y sinceramente, no sabría por cual decantarme. ¡Mi vida es una esquizofrenia constante, Delany! — rio ruidosamente. — Deberías huir mientras puedas, antes de que se me escape de las manos.

Pero como toda respuesta, el volvió a tirar fuerte de ella y maniobró hasta que consiguió que sus piernas rodeasen su cintura y sus caras quedasen frente a frente.

— ¿Huir? ¿Y quedarme sin la oportunidad de tenerte encima de mí como ahora? — la besó suavemente los labios. — Cuéntame cuales son todos tus yo, y estoy seguro de que me gustarán todos y cada uno de ellos.

Por un momento, algo en su gesto cambió. Fue tan sutil que si él no hubiese sido experto en fijarse en las expresiones faciales —una de las cosas que había aprendido de Charly—, le hubiese pasado totalmente desapercibido. Pero lo vio claramente: algo en esa frase la había incomodado. Sin embargo, se corrigió rápidamente, suspiró profundamente y miró al techo haciendo una lista mental.

— Veamos: Las mujeres de la alta sociedad neoyorkina me invitan a sus veladas, porque consideran encantador mi acento, lo que me obliga a pasar noches enteras rodeada de pasas con perlas; y, por otra parte, las hijas de esas mismas mujeres me invitan a sus fiestas más salvajes, porque me consideran una de ellas por edad y estilo. Un día aparezco en una foto de una revista en la inauguración de la temporada de ópera y al día siguiente aparezco en otro tipo de revista, totalmente diferente, comprando un fular en un mercadillo.

— Vale, eres ecléctica, como tanta gente, y tienes una vida social muy intensa y variada. Así que eso no significa nada. Continua, aunque no creo que me convenzas.

Ella volvió a quedarse pensativa.

— Tengo imagen de ser fría, distante e incluso en ocasiones, desagradable. Sin embargo, me pagan miles de dólares por llevar un vestido que les haga parecerse a mí, según sus propias palabras. ¿Para qué

demonios quieres parecerte a alguien a quién definen con semejantes adjetivos? — esta vez fue ella la que negó la cabeza incrédula. — En una misma semana he salido en la revista People como una celebridad imprescindible, y en el suplemento económico del New York Times alabando mi estilo de negocio.

— No veo por qué no se puede ser ambas cosas. Son las dos caras de tu trabajo.

Lanzó una risita nerviosa, en vista de que no podía rebatir sus argumentos.

— ¿Hablamos entonces de mi vida cotidiana? No tienes más que mirar mis listas de reproducción para ver que mis gustos musicales son de lo más variado y contradictorio. A Benjamin y a mí se nos puede ver muy a menudo en el Masa, comiendo sushi y bebiendo mojitos de café. Pero por otra parte, pasamos aún más tiempo, comiendo palomitas y jugando a la Xbox.— le miró con cara de cómica incredulidad.— ¡Juego a videojuegos Patrick! Y mientras, algunas mujeres me consideran el paradigma de la elegancia y el refinamiento.

— A mí también me gustan, así que tampoco me vale como excusa para huir.

Gruñó frustrada, pero enseguida se le ocurrió algo, que le hizo quedarse repentinamente seria. Le miró a los ojos, como si fuera la primera vez que lo hacía. Acarició con lentitud su mejilla y sonrió débilmente, sin dejar ver lo satisfecha que estaba por haber encontrado el argumento ganador.

— No había tenido nunca una relación que durase más de una semana y, sin embargo, prácticamente vivo contigo desde el día en que nos conocimos. — susurró. Continuó el recorrido de su mano, sintiendo las cosquillas de la incipiente barba en su mandíbula y con un dedo recorrió la línea de su cuello hasta su clavícula, de donde, tras hacer el mismo recorrido con sus labios, lamió las gotas de agua que se habían acumulado. Abrazó su cara con las manos y volvió a mirarle a los ojos. — ¿Y sabes una cosa? Es justo aquí, cuando estoy desnuda y totalmente pegada a ti, en uno de los pocos lugares en los que realmente me siento yo.

— ¿Y confesando algo así pretendes hacerme huir? — Lanzó una risotada. — No podrías echarme de aquí ni cogiendo un bate de béisbol. — la miró fijamente y pellizcó con cariño su nariz. — Lo siento, cariño, pero

tienes unos argumentos muy débiles. — sonrió con complicidad. — O como diría mi otro yo: Tienes unos argumentos de mierda.

Ella entrecerró los ojos intentando parecer enfadada, algo en lo que fracasó estrepitosamente. A cambio, se apartó de él y sonrió con picardía.

— Acabo de decidir lo que quiero ser ahora mismo. — Él preguntó con la mirada y ella se mordió el labio. — Quiero ser mala.

Antes de que le diera tiempo a preguntar, ella volvió a desaparecer bajo el agua.

— Pero ¿qué...? — Fue lo único que acertó a decir, antes de sentirla buceando entre sus piernas.

¿Susan Glow? No, gracias.

Joyce es la única madre que Sharon ha tenido, y ha considerado como tal.

¿Imagináis que alguien tuviera intención de darle a Susan un mérito que únicamente es de ella?

Desde luego, la heredera Torres no está dispuesta a consentirlo.



Y esta vez no mintió cuando negó con la cabeza. Benjamin había resultado ser un experto en guardar en secreto su última conquista.

Sin embargo, después del momento ligero, a Sharon le dio un vuelco el corazón, cuando observó cómo Joyce volvía a dibujar un gesto pesoso. Finalmente, perdió la paciencia.

Se levantó enérgicamente y se plantó delante de ella con los brazos en jarras.

— ¡Ya está bien, Joyce! ¿Vas a decirme de una maldita vez que es lo que te preocupa?

Se removió nerviosa en el sillón y por fin suspiró profundamente, como infundiéndose valor.

— Está bien, lo siento. No me gusta dar tantas vueltas a las cosas, pero es un tema de la fundación, un tanto delicado.

Se sentó frente a ella, dispuesta a escucharla.

— Soy toda oídos.

Aún tuvieron que pasar unos segundos, hasta que Joyce se decidió por fin a hablar.

— ¿Recuerdas el proyecto Fénix? El original, quiero decir.

Por un momento, dudó. Eran tantos los proyectos que la fundación Renaissance gestionaba, que era imposible recordar siquiera la mitad. Sin embargo, la respuesta le vino clara a la memoria, en un instante. El Ave

Fénix, Renaissance...Había que reconocer que, a su padre y a ella, siempre les había gustado hacer juegos de palabras con la cuestión del renacer.

— Sí, por supuesto. Fue el proyecto que pusisteis en marcha, un par de años después de nacer yo y que, de hecho, estuvo a punto de llevar mi nombre, creo recordar. — hizo un poco más de memoria. — Escolarización de niños en riesgo de exclusión social, ¿verdad?

Joyce asintió.

— Después se amplió, dando también apoyo a los padres, ayudándoles a la reinserción laboral después de problemas de drogadicción o cárcel por delitos menores.

— ¿Y qué es lo que pasa? Hasta donde yo recuerdo, el Fénix se sigue realizando en la actualidad.

— Por eso me he referido al original. — Esta vez fue ella la que se puso en pie y comenzó a pasear nerviosa de un lado a otro. — Cincuenta niños, Sharon. Cincuenta niños que lo consiguieron. — cuando la miró, las lágrimas empañaban sus ojos. — Un éxito del cien por cien. — levantó las manos, emocionada. — ¡Tendrías que verlos! Niños que parecían condenados a la prostitución, las drogas o la cárcel, que apenas tenían un plato de comida que llevarse a la boca, y que ahora se han convertido en maestros, asistentes sociales o abogados. ¡Incluso uno de ellos ha llegado a Washington!

Sharon sonrió con ternura. Aquel proyecto en concreto, había sido muy importante para Joyce, ya que era uno de los primeros que había diseñado personalmente, de principio a fin, eligiendo a los beneficiados, gestionando los fondos y siguiendo personalmente la evolución de cada niño.

— Me alegro mucho Joyce, en serio. Sé lo importantes que esos niños han sido para ti.

— Muchísimo. Por muchos proyectos que haya dirigido después, ellos tienen un sitio especial en mi corazón. — se secó las lágrimas y su sonrisa se entristeció. — El caso es que entre ellos también han mantenido el contacto y han decidido reunirse, para hacer una especie de gala de agradecimiento a Renaissance, al cumplirse los veinticinco años de la puesta en marcha del Fénix.

Sharon esperó a que siguiera hablando. Una gala de agradecimiento, un proyecto exitoso... ¿Dónde demonios estaba el problema?

— ¿Y qué tiene eso de malo? — preguntó por fin, muerta de impaciencia.

Joyce la miró entonces de forma grave.

— Quieren que sea una gala dedicada a la memoria de Susan Glow.

Y entonces Sharon comprendió exactamente la magnitud del problema y la dificultad de Joyce para comentárselo. Por el gesto de alarma en el rostro de su madrina, se hizo una idea aproximada de la que se había dibujado en el suyo propio.

Su voz sonó gélida y cortante.

— ¿Y qué tiene que ver esa mujer con todo esto?

— Ella era quién presidía la fundación entonces y fue ella la que dio la cara pública en la presentación del proyecto. Es obvio que ellos ya tenían problemas y creo que fue una forma de intentar reconciliarse, una vez más, con tú padre. Fue ella misma quién lo pidió y a pesar de las reticencias de Emilio, fui yo quien aceptó. — Se le rompía el alma por tener que sacar un tema tan delicado a colación, pero más grave sería si Sharon se enteraba por otro medio. El aire se había enrarecido después de sus palabras y la tensión era palpable, sobre todo, si se tenía en cuenta que los problemas que entonces tenían Emilio y Susan eran, sin duda, la falta de amor que ella sentía hacia su hija. Lo terrible es que Sharon era muy consciente de ello. Ante su mirada de reproche, sin embargo, sintió la necesidad de defenderse. — Tienes que entenderlo. Ella, al fin y al cabo, era su mujer.

Contó hasta diez antes de contestar. No quería pagar los platos rotos con Joyce y, al fin y al cabo, entendía que, para ella, no tuvo que ser nada fácil lidiar con Susan. Para ninguno había sido fácil.

— Pero ese proyecto es tuyo y de ningún modo voy a permitir que ella se lleve mérito alguno. — Se sintió orgullosa de su propio autocontrol al hablar, sin otra emoción que la indignación, por pensar que se le estaba quitando el mérito a la única persona que lo merecía.

— Aun así, no podemos hacer nada.

Dibujó una sonrisa gatuna y la miró con ironía.

— Ni tú, ni yo. Pero sí la heredera Torres. — se levantó entonces y volvió a rodearle los hombros con el brazo. — Dentro de poco, recibirán una carta indicándoles la gran alegría que siente por el éxito de la iniciativa, pero lamentando el terrible error al atribuir la autoría del proyecto a quién nada tuvo que ver con él. De forma muy educada se les indicará que Susan Glow, en realidad, solo fue una imagen pública y que todo homenaje, tiene

que ser dirigido a la precursora real, que no es otra que la actual presidenta de la fundación: la gran señora, Joyce Nelson. — le dio un sonoro beso en la mejilla. — De forma educada y agradable, pero tremendamente clara, dejaré bien patente que no permitiré que el nombre de Susan se utilice en forma alguna. — y ante su cara de duda, aclaró. — Créeme, eso funcionará. Sabes que la gente se vuelve loca y está dispuesta a hacer lo que sea, cuando son de los pocos privilegiados que tienen una carta firmada por la mismísima S. Torres.

— ¿Estás segura? Yo me conformo con saber lo bien que ha salido todo. Mis muchachos ya me lo han agradecido durante estos años y no necesito ningún tipo de reconocimiento. Pero sabía que, a ti, no te haría ninguna gracia.

— ¡Claro que estoy segura! Y por supuesto que hay que reconocerte todos y cada uno de tus méritos, que siempre han sido muchos, todo sea dicho. — le dio otro beso y por fin ambas respiraron tranquilas. — Y ahora, dejémonos de dramas, bebamos otra copa de vino e intentemos adivinar a quién nos está ocultando tu querido hijo. Tengo un par de candidatas a ser la mujer misteriosa y me va a encantar cotillear contigo.

Y realmente, aquello puso punto y final al drama.

¿No será un poco tarde?

Diferencia, iba a ser, sin ningún género de duda, la de los problemas que empiezan a surgir con Main.

En ningún momento Main es tan comprensiva como finalmente ha quedado reflejado en la obra original, pero fue un conflicto que decidí eliminar, ya que los frentes abiertos que puede tener una persona, por muy Sharon Glow que seas, son limitados.

Así que, aquí os dejo a una Main que no sabe a qué carta quedarse: si con la de la lealtad o la del amor. Reconozco que era una decisión imposible, que me iba a hacer renegar de ello, fuese cual fuese la solución. ¿No será un poco tarde?

A Main no parece nunca molestarle el cambio de Silvia a Sharon, hasta que realmente ella está involucrada de alguna manera.

No me gustaba la Main que empezaba a asomar en ese momento, pero tampoco podía quitarle la razón del todo.

Para que veáis que Sharon nos puso las cosas difíciles a todos (y sí, ahora me río. Y digo bien: ahora).



¡Guau! ¿No me digas que es algún famoso?

— No pienso decirte nada más; Y ahora, haz el favor de mirar hacia delante, y no perder la carretera de vista.

Tras esa breve conversación, Main se sumió en un mutismo bastante inusual en ella.

Jack había sacado a relucir, aún sin saberlo, un tema delicado, y que no era otro que la propia Sharon Glow.

Nunca había sido del todo consciente del poder que podían llegar a tener los Torres y, sobre todo, su dinero e influencias, hasta que Sharon Glow no había salido a escena. Habían sido pocos, pero muy bien elegidos, los que se habían encargado de colocarla en el lugar que ocupaba.

Dentro de los círculos en los que se movían, nadie dudaba de la palabra de determinadas personas. Y si eran ellas las que habían avalado, primero sus diseños, y después su llegada a la alta sociedad, nadie lo ponía en duda. Daba igual quién fuese ella, o quién su familia, simplemente, se la consideraba una de ellos, sin discusión.

El encanto personal de la propia interesada había hecho el resto, y un rápido vistazo por la red para los más escépticos les sacaban de dudas, llevándolos hacia sus supuestas raíces aristocráticas de la vieja Europa.

Silvia se había desprendido de sí misma con una facilidad increíble. Pero a ella, sin embargo, le había costado un poco más asumir dicho cambio. En principio, contó con la inestimable ayuda de Ben y Joyce, para ser capaz de entender un cambio tan drástico. Casi como si fuera una especie de terapia colectiva, Emilio también se había involucrado, y entre todos, fueron despejando sus dudas, convenciéndose de que era un cambio necesario, y que todo sería para mejor. Tras la sorpresa inicial, tenía que reconocer que su propio éxito la había devorado, hasta el punto de no plantearse nada más.

Sin embargo, sus convicciones empezaron a tambalearse cuando Sharon y Patrick dieron la sorpresa. Había sido un duro golpe tener que mentir a Jack con tal descaro apenas unos días antes, mientras celebraban el día más feliz de su relación.

Ahora, empezaba a flaquear definitivamente ante el regreso a Newport...y a Dennis. El mismo Dennis que pronto sería, de forma oficial, parte de su familia.

¿Qué se proponía Sharon en realidad? Todo era mucho más fácil cuando no tenían que interactuar con conocidos comunes, pero ahora, si se

paraba a pensarlo fríamente, entraba en pánico. ¿Cuánto tiempo tendría que seguir mintiendo? Y, sobre todo: ¿estaba dispuesta a seguir mintiendo?

Al fin y al cabo, Sharon era su amiga, pero Jack era su futuro marido, y pensaba que era su obligación compartir todo con él. Cada vez era más consciente de que la lealtad y el amor, en este caso, iban a tener que enfrentarse tarde o temprano.

Sí. No cabía duda de que tendría que tener una conversación muy seria con Sharon, por muy difícil que esta resultase.

Esa chica... ¿Cómo se llamaba?

Dado que tuve que eliminar por completo el conflicto de Main, también tuve que prescindir de escenas como esta, la cual, personalmente, disfruté bastante escribiendo.

Las dotes para el teatro de Sharon, desde luego son legendarias. Y Dennis siendo ese Dennis, que todos conocemos...y detestamos.



— ¿Qué haces tú aquí? — preguntó Main de forma cortante, cuando vio aparecer a ambos en la entrada.

— Me han dicho que estabas deseando verme, aunque cualquiera lo diría. — contestó con ironía.

— No seas tonto. — intentó disimular, aunque efectivamente, su tono había sido agrio. — Es solo que no esperaba encontrarte aquí. — Miró a Sharon que, sin embargo, la ignoró deliberadamente, sin ni tan siquiera devolverle la mirada. Incómoda aun por su primera reacción, dibujó una gran sonrisa y corrió a abrazarle. — ¡Hola cariño! — le besó con suavidad la mejilla, y se apartó para poder mirarle bien. — ¿Qué tal la exposición? Jack nos dijo que estabas en Los Ángeles.

— No puedo quejarme. Vendí los cinco cuadros.

— ¡Enhorabuena! — y volvió a abrazarle otra vez. — Estoy orgullosa de ti. — Y esta vez, el genuino orgullo, sí se trasladó a su voz.

— ¿Dennis? — preguntó la voz de Jack. — ¿Qué haces tú aquí?

El aludido miró a Sharon, con cara de diversión. Otra calurosa bienvenida.

— Mi coche se ha quedado parado calle abajo, y Sharon ha sido tan amable de dejarme llamar a la grúa desde aquí, y asearme un poco. Después de intentar arreglar, lo que quiera que esté roto, me había manchado de aceite, o de lo que demonios haya dentro del capó. Y, por último, ella me ha permitido esperar aquí, y hemos visto su colección de pintura mientras

llegabais. — abrió los brazos abarcándoles a los dos. — ¿Contentos con la explicación?

Sonrieron, incómodos por diferentes motivos, pero ninguno de los dos dijo nada.

— Si no os importa, yo voy a hablar con Terry de la comida. — Se dirigió entonces a Dennis. — ¿Comerás con nosotros? — Lo hizo en un tono alegre, para intentar rebajar una tensión, que no sabía muy bien a que venía.

— Si a ninguno le molesta...Sí, me encantaría. — y las palabras de Dennis fueron, sin duda, un dardo envenenado hacia su hermano.

— ¡No seas tonto! — le regañó Main. — Solo nos ha sorprendido verte aquí. — Y volviéndose de nuevo hacia Sharon, preguntó con intención. — ¿Te acompaño?

— No hace falta. — contestó, con la misma intención, mientras señalaba el salón, sin apenas mirarla. — Mientras, podríais ir al jardín y tomar una copa de vino. Enseguida estoy con vosotros.

Y con una sonrisa cortés, sin darle ninguna opción a replica, desapareció. No necesitaba una conversación con Main en aquel momento.

Durante la primera parte de la comida, cualquier buen observador, hubiese podido ver cómo se respiraba una especie de calma tensa; a pesar de las conversaciones banales, era muy evidente, que cada uno se encontraba sumido en sus propios pensamientos. Poco podían imaginar, lo mucho que tenían en común esos pensamientos.

Sin embargo, la suave brisa del jardín, el vino helado, la succulenta comida de Terry y, sobre todo, el delicioso humor de la anfitriona, habían ido relajando el ambiente, hasta convertirlo en una reunión divertida, a pesar de que cada uno, siguiese teniendo bien presente a sus propios demonios. Hasta que Jack, sin ninguna intención, puso uno de esos demonios, directamente encima de la mesa.

— ¡Casi se me olvida! — y sus palabras, parecieron ir únicamente dirigidas a Main. — Patrick me ha mandado un mensaje esta mañana, confirmando que podrá venir el fin de semana, aunque apenas se quedará un par de días. — Sus ojos dibujaron extrañeza. — Lo que no termino de comprender, es por qué no has querido decirle todavía donde es la fiesta. Ni a él, ni a nadie, dicho sea de paso.

Main rio nerviosamente, mientras Sharon cuadraba de forma imperceptible los hombros.

— Sabes que siempre le ha encantado esta casa, y quería darle la sorpresa. Dar una sorpresa a todos, en realidad.

— ¿Ese pijo pretencioso va a dejar de lado las cámaras y sus exclusivos asesinos, para pasar un par de días con el resto de los mortales? — soltó Dennis de golpe, con una cínica risita.

Main y Jack, no recibieron bien sus palabras de desprecio; sin embargo, Sharon no pareció alterar en absoluto, su gesto de indiferencia.

— Sabes que no me gusta que hables de él de esa manera, Dennis.

— ¿Vas a decir que soy el único que le ha visto pavonearse en la televisión constantemente, desde que ese ricachón mató a su mujer? — preguntó él, con fingida inocencia.

— Patrick es realmente bueno en su trabajo, y aparecer en la televisión es parte de él. No creo que nunca haya necesitado pavonearse. — puntualizó Main.

Dennis levantó los brazos, en señal de rendición.

— ¡Esta bien! No hace falta que os enfadéis. Admitiré que solo se pavonea ante las mujeres de sus jurados. — miró entonces a Sharon, con una sonrisa despectiva. — Él solito ha inventado una nueva forma de ejercer el derecho. Se mueve por el tribunal, como si fuese una pasarela, hasta que ellas caen rendidas a sus pies. — y entonces bufó con desprecio. — Los que le conocemos realmente, sabemos que no es más que un irlandés peleón, con aires de grandeza.

Aunque Sharon se mantenía totalmente al margen de la conversación, Main si pudo observar cómo temblaba levemente su mandíbula, en un rostro aparentemente relajado.

Jack, ajeno a los pensamientos de sus compañeras de mesa, movió la cabeza de un lado para otro, bastante molesto.

— Lo que has dicho es una tontería. Te juro que odio cuando te pones así. Cada vez que alguien habla de Patrick, te conviertes en un auténtico...

Prefirió no terminar la frase. Dennis, sin embargo, no tuvo problema en acabar por él.

— ¿Un auténtico cabrón? — y se echó a reír, sin ningún tipo de humor. — Creo que unas palabras muy parecidas, si no esas mismas, fueron las últimas que tu amigo del alma me dedicó.

— ¿Y realmente te extraña? — Y en aquel momento, ambas mujeres se dieron cuenta de que aquello iba más allá de lo que estaban hablando, y que la tensión entre los dos hermanos, era más que evidente. — También fue tu amigo durante mucho tiempo. — añadió Jack con cierta pena. — Nunca estuvo tan unido a ninguno de nosotros, como lo estuvo a ti.

— Eso fue antes de que decidiera odiarme. Y, sobre todo, después de que se metiera en asuntos que no eran de su incumbencia.

— ¿A qué te refieres?

— A mi vida personal. Sin saber ni tan siquiera que había pasado, decidió erigirse en caballero andante de...— Se quedó pensativo y chasqueó los dedos, intentando hacer memoria. — ¿Cómo se llamaba, Main?

Y por un momento, Main no supo a quién se refería.

— Todos vuestros problemas venían por Carla, y lo sabes. — dijo ella a la defensiva.

— ¡No me refiero a ella, obviamente! — contestó frustrado, por no ser capaz de acordarse del nombre. — Tu compañera de universidad, con la que viniste hace unos años. — y por primera vez, Sharon se movió inquieta, desplazando su peso hasta el borde de la silla, en una actitud, que recordaba a un animal agazapado, a punto de atacar. Él, por su parte, levantó las manos, casi como reprochándose, su total falta de memoria. — ¡Tenéis que acordaros de ella! Esa chica tan aburrida, pero que tenía esos ojos tan impresionantes...

Y entonces, todo pasó tan rápido, que nadie tuvo tiempo de reparar en el gesto horrorizado de Main. Sharon casi saltó de su silla e intentando apartar a un insecto imaginario, golpeó la botella de vino con tal fuerza, que está cayó sobre la mesa, llevándose un par de copas a su paso, que derramaron su contenido directamente en su plato y en el de Dennis, salpicándoles a ambos.

— ¿Dónde está? — gritó mirando a su alrededor, con evidente gesto de pánico. Los demás movieron la cabeza, intentando encontrar algo que, en realidad, no existía. — ¡Creo que era una avispa! — y se llevó la mano al pecho, exagerando aún más, su miedo imaginario. — Odio las avispas.

Solo Main dejó de buscar, cuando la escuchó decir aquello, sabiendo mejor que nadie, que estaba mintiendo. Sin embargo, no obtuvo la misma deferencia por parte de Sharon, que se limitaba a sonreír como si estuviese avergonzada de su ataque de pánico, mientras miraba de un lado a otro.

Cuando por fin decidió estar a salvo de su imaginario peligro, se fijó al fin en Dennis.

— Está claro que hoy no es tú día. — y rompió a reír, señalando sus pantalones, donde las grandes manchas de vino tinto, amenazaban con estropearlos sin remedio. — Lo siento mucho, de verdad.

Después de comprobar que, efectivamente, volvía a estar hecho un desastre, se unió a su risa, levantando los hombros para restarle importancia, mientras se secaba los brazos.

— Tranquila. No ha sido culpa tuya. — dijo con cortesía, sabiendo muy bien que, efectivamente, había sido culpa suya.

La señora Evans apareció, alertada por el sonido de los cristales.

— ¿Qué ha ocurrido?

— Un pequeño accidente Rita, no pasa nada. ¿Podría decir a alguien que venga a recoger la mesa? — y sin esperar respuesta, se volvió hacia sus compañeros. — Entonces, ¿vamos a salir esta noche? — y rezó para que, su pequeña treta para cambiar de tema, funcionase.

— Me temo que tendremos que cambiar de planes. — contestó Main con tono de fastidio, que Sharon no supo distinguir si era por tener, efectivamente, que cambiar los planes, o por su escenita de antes. — Mi madre nos ha pedido que cenemos con ellos para ultimar detalles. No tengo ni idea, de que quiere que elijamos ahora.

— Tu madre debería comprender que, estando de vacaciones, tendríais ganas de salir a algún sitio. Llevamos días dedicados solo a eso y Sharon aquí, prácticamente sola durante todo el día. — movió la cabeza con gesto de fastidio. — Teníamos que habernos negado a ir esta noche. No creo que haya nada, que no pueda esperar hasta mañana.

Main recibió el comentario con incomodidad, ya que, al fin y al cabo, era su madre y solo quería hacer algo bueno para ellos. Pero también era muy consciente, de que aquello era una realidad. Sharon había dejado muy alto el listón en cuanto a organizar fiestas se refería, ya que, al fin y al cabo, era parte de su trabajo. Pero su madre quería demostrar, no sabía muy bien a quién, que ella también podía estar a la altura. Estaba resultando ser una experiencia tan agobiante, que ya casi había olvidado que todo era en su honor.

Dennis, por su parte, recibió el comentario, mitad con sorpresa, mitad con regocijo: ¿Su hermano por fin se había rebelado contra Florence Cooper? ¡Aleluya!

— Es cierto, no tenía que haber aceptado. — admitió apesadumbrada, ante el mohín de disgusto de Sharon. — Podemos escaparnos pronto, e ir a bailar después.

— ¿Por qué no cenas conmigo? — Y los ojos de los tres se centraron en Dennis, sorprendidos a partes iguales, por la espontanea invitación. — Luego podemos reunirnos con vosotros, cuando terminéis con los Cooper, e ir a divertirnos todos juntos.

— Creía que estabas ocupado esta noche. — contestó Jack, en un tono que a todos sonó a falsa excusa. — ¿No está Carla aquí? — Se sintió ridículo al instante, por verse en la obligación de meter en la conversación a la pareja de su hermano, para dejar bien claro que tenían que andar con cuidado.

— Carla está en Los Ángeles. — se limitó a contestar Dennis.

— De todos modos, Sharon puede venir con nosotros. Estoy segura de que mi madre agradecerá sus expertos consejos. — intervino una, también, incómoda Main.

— Por supuesto que cenaré contigo. — sentenció Sharon, que veía como su humor se acercaba peligrosamente al enfado con Main y Jack. Sin embargo, cuando los miró, su cara no reflejó su estado de ánimo real. — Estaría muy bien reunirnos con vosotros cuando terminéis. Estoy segura de que podemos pasarlo bien.

— De acuerdo. — contestó Main, sabiendo que ya no quedaba más por decir. La decisión de Sharon parecía inamovible, y ella poco más podía hacer.

La aventura de Dennis

Si en algo es especialista Dennis, además de en sus retratos, es en tener aventuras. En eso, la verdad, es un personaje bastante típico.

En la novela la historia de la aventura de Dennis con una amiga de su madre, se comenta de una forma bastante sutil.

Aquí tenéis la historia entera, un poco más complicada de lo que quedó.



Finalmente, la comida terminó sin ninguna otra polémica, en un ambiente de fingida cordialidad, que todos prefirieron tomar por real. Dennis se marchó en un taxi después de haber concretado su cita con Sharon, la cual prefirió retirarse a descansar. Main y Jack, decidieron darse un baño en la piscina.

— Sabes que hemos quedado como un par de ridículos, ¿verdad? — preguntó sentado en el borde, chapoteando con los pies en el agua.

A Main no le hizo falta preguntar a qué se refería.

— Solo somos una amiga y un hermano preocupados. — Y, efectivamente, se sintió tan ridícula, que se echó a reír. — Tienes razón. Creo que los dos son mayorcitos y, además, solo es una cena. — sin embargo, el gesto ausente de Jack, la alarmó. — ¿Hay algo que no me estás contando, Jack?

El pareció debatir consigo mismo. No había comentado con Main, la última indiscreción de su hermano, bien por lealtad, o bien por pura vergüenza. Tal vez se había hecho ilusiones al pensar que, si nadie hablaba de ello, era más fácil fingir que nada había pasado.

Sin embargo, sí quería compartirlo con ella.

— ¿Prometes que no comentarás nada con nadie? — ella asintió impaciente. — Por favor Main, ni siquiera con tu madre. — insistió él.

— ¡No voy a comentarlo con nadie! —contestó tan ofendida, que Jack le cogió la mano y la besó con suavidad en un gesto de disculpa. — ¿Qué es lo que ha pasado?

Suspiró con aire cansado y por fin se atrevió a mirarla.

— ¿Recuerdas a los Spencer?

— ¿Los amigos de tus padres? Warren y Nina, ¿verdad? — contestó después de unos segundos.

— Los mismos. — Jack miró alrededor, para asegurarse de que estaban solos, y aún después de cerciorarse de que así era, bajó la voz, para que nadie pudiese escucharle. — El año pasado, su hijo más pequeño se marchó a la universidad y, al parecer, Linda tuvo una pequeña depresión. Warren pasa mucho tiempo fuera, y cuando está aquí, pasa demasiado en compañía de las pelotas de golf. El caso es que se sentía sola. Al final, por recomendación de unos y de otros, decidió hacer un curso de pintura, además de ampliar su ya extensa colección. Mis padres, obviamente, le recomendaron que hablase con Dennis; él podría orientarle, tanto en la compra de nuevas piezas, como en diferentes técnicas para iniciarse en su nuevo hobby. Al principio mi hermano se negó, ya sabes cómo es, pero finalmente accedió darle algunas clases.

Y Main lo vio claro, antes incluso de que terminase de contarle la historia.

— ¡Oh! ¿No me digas qué...? — Jack contestó, únicamente con la mirada. — ¡Dios mío! ¡Si ella podría ser su madre! — gritó.

Jack miró horrorizado a su alrededor, con el temor de que alguien pudiese estar escuchando.

— Main por favor, baja la voz.

— Perdón. — dijo poniéndose colorada, y casi en un susurro, añadió: — ¿De verdad se acostó con ella?

Jack lanzó un bufido irónico.

— ¿Acostarse? Más bien fue una aventura en toda regla. Ella se volvió loca por mi hermano, y empezó a perseguirle noche y día. La muy boba creyó que era algo así como su musa, como el mecenas del artista. Le hacía regalos constantemente, insistía en que la acompañase en largos fines de semana para buscar cuadros fuera de la ciudad...en resumen: empezó a tratarle como un gigoló, y él se dejó hacer.

— No puedo creerlo. — replicó ella genuinamente escandalizada.

— Pues más te va a costar creer lo que vino después. — ella abrió mucho los ojos, y contuvo el aliento esperando lo peor. — Nina decidió que esa era la vida que siempre había soñado, y mi hermano el único hombre del mundo con el que quería vivirla. Se plantó entonces delante de su marido y le pidió el divorcio confesando que se había enamorado de Dennis, y que él sentía lo mismo que ella renunciando, además, a todo lo que le correspondiese en el reparto de bienes.

— ¿Y cómo reaccionó Warren?

— Como un hombre listo, Main. Un hombre muy listo. — ella le miró interrogativa. — Se limitó a preguntarle si era también el deseo de él, y cuando ella dijo que sí, simplemente se rio y le deseó la mejor de las suertes; estaba convencido de que ella no había comentado nada con Dennis.

— Y obviamente no lo había hecho...

— No, no lo había hecho. Y probablemente terminó deseando no haberlo hecho jamás. — miró hacia otro lado incómodo. — Parece ser que mi hermano se rio de ella, literalmente, cuando se presentó con una maleta en su casa, diciéndole que había dejado a Warren y que ya podían vivir su amor en libertad. Incluso la acusó de estar completamente loca, y por lo que parece, terminó echándola de su casa. — agachó la cabeza, avergonzado. — Bien sabes que mi hermano, puede llegar a ser bastante cruel.

— Dios mío. Debió de ser humillante.

— Más lo fue cuando ella se presentó histérica en casa de mis padres, contándoles todo lo que había pasado. — Main se quedó tan sorprendida, que esta vez fue incapaz de preguntar siquiera. — Fueron ellos los que llamaron a su marido, para que les ayudase a tranquilizarla, y quienes se encargaron de pedir perdón en nombre de Dennis. Finalmente pudieron poner algo de cordura en todo el asunto, y Warren terminó llevándose a su mujer con él, arrancándoles la promesa de que jamás volverían a hablar de lo que había ocurrido. — chasqueó la lengua con enfado. — En resumen: Ellos tuvieron que barrer la basura que Dennis había dejado a su alrededor, una vez más.

Main apenas podía dar crédito a lo que Jack acababa de contarle, o tal vez no lo hubiera hecho si no estuviesen hablando de Dennis.

— Pero, ¿Y Carla? Los Spencer también son amigos de los Banks.

— No se enteró, evidentemente. Nadie lo hizo, en realidad, aparte de los interesados y mis padres. Cuando los Banks se mudaron aquí, el

matrimonio ya se había marchado a Vermont, por un tiempo indefinido, para *cambiar de aires*. Como él tiene negocios allí, nadie puso en duda la versión oficial. A Carla no le llegó ni un solo rumor.

— Tus padres deben de estar muy enfadados.

— Más que enfadados, se sienten defraudados. Supongo que, por eso, les corre tanta prisa que Dennis y Carla se comprometan. No sé por qué piensan, que es la única manera de que él siente la cabeza. — volvió a chapotear con fuerza. — No se dan cuenta, de que ese es realmente el problema.

— ¿Tan mal les va?

— Yo diría que peor, pero mi hermano se niega a hablar de ello. He llegado a un punto, en el que no tengo ni idea de qué demonios está pasando por su cabeza. No quiere hablar conmigo, ni quiere hablar con nadie.

La historia que Jack acababa de contarle, había incomodado tanto a Main, que de repente lo único que le apeteció fue deslizarse hacia el agua y permanecer debajo de ella durante unos segundos.

Cuando volvió a asomar la cabeza, lo hizo con una fingida, pero radiante, sonrisa.

— Y por eso tienes miedo de lo que pueda pasar entre Sharon y Dennis, ¿me equivoco?

— ¿Y te extraña, después de lo que te acabo de decir?

Ella apoyó juguetona sus manos en las rodillas de él, y dándose impulso, levantando toda el agua que le fue posible, se aupó, para darle un refrescante beso en los labios. Se mantuvo a pulso, con la cara apoyada en la de él.

— Puedes estar tranquilo, cariño. Confía en mí. En ese sentido, podemos estar totalmente tranquilos. — e incluso a ella, le sonó a verdad. — Y ahora ven aquí conmigo y olvídate del resto. — y tiró de él, hasta que los dos estuvieron en el agua, abrazados, y de nuevo sonrientes.

Definitivamente, Sharon tendría que escucharla.

Main da el primer aviso

Y seguimos con las consecuencias de esa comida, en la que desde luego no me hubiese gustado ni un poco estar. ¡Menuda tensión!

Y sí, Main está dispuesta a que Sharon la escuche. Pero: ¿Estará Sharon dispuesta a escuchar?



Permanecía en un silencio poco habitual en ella, apoyada en el quicio de la puerta, mirando con aprensión como Sharon recorría de un lado a otro su vestidor, el único lugar luminoso de aquel dormitorio, que a ella le parecía tan sombrío, pero al igual que su propietaria, tremendamente sensual. Su humor tenía también el mismo carácter sombrío. Suspiró, cuando Sharon eligió el vestido; bufó, cuando se calzó los zapatos. Y ahora, murmuraba mientras se alisaba el pelo.

Sharon era muy consciente del estado de ánimo de su amiga, sin embargo, no había comentado nada al respecto. Sabía que, tarde o temprano, las palabras saldrían en torrente, y prefería dilatar el momento todo lo posible.

— Estoy preocupada. — dijo al fin.

— No hace falta que lo jures. — contestó Sharon mirándola a través del espejo. — Suéltalo de una vez, seguro que te quedarás más tranquila.

— ¿Más tranquila? — Y realmente parecía molesta. — ¿Crees que, con solo hablarlo, voy a olvidarme de la forma en la que estoy mintiendo? ¿La forma en la que, incluso mi familia, está mintiendo?

El primer reproche en seis años, acababa de llegar de la forma más cruda. Tiró más de lo necesario del mechón de su pelo, sintiendo un leve dolor que, sin embargo, la tranquilizó.

— ¿En qué estás mintiendo, exactamente?

Main bufó y tragó saliva, tratando de infundirse valor, ante lo que estaba a punto de decir.

— No te hagas la tonta conmigo, Silvia.

Moviéndose nerviosa, se dio la vuelta a tiempo de evitar ver, la mueca de odio en la cara de su amiga. ¿Realmente Main se había atrevido a llamarla de aquella manera? Sintió un dolor agudo en la mano, pero no gritó al darse cuenta de que llevaba unos segundos quemándose con la plancha del pelo. Miró la marca roja y apretó los dientes, intentando concentrarse tan solo en ese dolor y olvidando todo lo que quería decirle a Main.

Por fin, suspiró más tranquila, apagó la plancha y fue a meter la mano bajo el agua fría.

— Sabía que, tarde o temprano, esto tenía que llegar.

— ¿Y qué piensas hacer al respecto?

El tono de exigencia de Main, amenazaba con sacarla de sus casillas, pero consiguió moderarse al contestar.

— Si vas a quedarte más tranquila, te lo explicaré.

Le señaló con la mano la habitación y salieron del vestidor. Main se sentó en la cama y, todo en su postura, indicaba que no iba a marcharse hasta dejar bien clara la situación.

Bien. Estaba preparada.

Se plantó delante de ella, con la misma determinación que lo haría delante de los cinco, para una complicada reunión de trabajo.

— Dime Main y se sincera: Antes, ¿sabías de quién estaba hablando Dennis?

— ¿Disculpa?

— Cuando intentaba hacer memoria: ¿Sabías que era a mí a quién estaba intentando recordar?

Iba a replicarle que sí, pero aquello sería seguir mintiendo, y negó con la cabeza.

— No, pero...

Levantó la mano para interrumpirla. No iba a permitir que Main hablase, hasta que ella no dijese todo lo que tenía que decir. ¿Ella quería aclarar las cosas? Pues eso es exactamente lo que harían.

— ¿Y Jack? ¿Sabía Jack de quién estaba hablando? — Una nueva negativa. — ¿Alguno de los dos, recuerda mi nombre?

— No, Silvia. Ni yo sabía de quién estaba hablando, ni ninguno recuerda tu nombre. ¿Estás contenta?

La situación ya estaba demasiado tensa, conforme para añadir un poco más de tensión, gritando que dejase de llamarla de aquella manera.

— No, Main. No es una cuestión para estar contenta, o dejar de estarlo. No me recuerdan, porque apenas me conocieron.

— ¿Y eso que tiene que ver?

— Tiene que ver, que poco les tiene que importar quién soy, o dejo de ser.

— ¡Pero estás mintiendo a todo el mundo!

— ¿Seguro? — ante la cara de incredulidad de su amiga, añadió. — Veamos: Soy una rica heredera, con todas las ventajas y todos los peligros, que ello puede conllevar. Vivir en el anonimato, no solo evita a los buitres, sino también el peligro. Mi padre lo quiso así, y yo también lo prefiero. — se quedó pensativa un momento. — Me dedico al mundo de la moda, por lo que es lógico, e incluso, lo más normal, que tenga un nombre comercial, por lo que Sharon, es perfecto. Y, por último, ¿Cuál es mi apellido, Main?

— Torres.

— No, Main. ¿Cuál es mi otro apellido?

— Glow. — susurró, más para sí misma. El razonamiento de Sharon, estaba empezando a hacerle flaquear, aun sin saber muy bien porqué.

— Parece que la mentira, no es tan grande. Ellos me conocieron por un simple nombre de pila y con una apariencia, completamente diferente. Pero, ¿quién hoy en día, no retoca su apariencia?

— Estás dándole la vuelta a todo.

— No, Main. Te estoy explicando la realidad. — se sentó a su lado y cogió su brazo, en un gesto muy habitual en Main en sus tiempos de universidad. Era hora de ir rebajando el tono. — Dime, sinceramente, si no entiendes que prefiera ser quién soy ahora, a aquella chica de la que guardan el recuerdo que has visto hoy. — fingió una mueca triste. — Entiéndeme, Main. Para mí, es algo demasiado humillante, y no estoy preparada.

— Pero, ¿Y Patrick? — definitivamente, su determinación estaba diluyéndose y su tono, casi fue dulce.

Sin embargo, esta vez sí puso el dedo en la llaga, sin pretenderlo, y Sharon, suspiró.

— Patrick y yo somos más amigos que otra cosa, Main. Es cierto que estamos muy unidos. — añadió ante su cara de sorna. — Y precisamente, por eso, es por lo que lo comprenderá el día en que decida contárselo. Y si no lo hace...— levantó los hombros, fingiendo indiferencia.

— Entonces, ¿piensas contarlo?

— Supongo que tarde o temprano, pero no tengo prisa. Creo que ya he dejado claro el porqué. No es nada tan importante, Main. Puedes respirar tranquila, si lo piensas detenidamente.

Y tal y como lo había expuesto, la verdad es que el asunto era más sencillo de lo que parecía a simple vista. Era cierto que, a Silvia, en realidad, tampoco la habían conocido en absoluto. Tal vez terminara siendo una especie de broma para todos. ¿Por qué no pensarlo así? Pero, aun así, todavía había algo que le inquietaba.

— ¿Y Dennis?

— ¿Qué pasa con él?

— Esta noche tenéis una cita.

La risa de Sharon, realmente fue alegre.

— Por favor, Main. No me seas mojigata. ¡Eso no es una cita! Simplemente voy a cenar con el hermano de tu prometido, y solo porque has decidido dejarme sola, una vez más.

Main, no pudo más que avergonzarse por el reproche. Una vez más, ella estaba en lo cierto. Suspiró profundamente, mucho más relajada.

— Sinceramente, y no te rías de mí por pensarlo, he llegado a tener miedo a que esto fuese una especie de venganza retorcida.

Sharon la miró muy seria, algo que hizo que ella también imitase el gesto. Sin embargo, pronto las comisuras de sus labios comenzaron a estirarse, hasta que no pudo reprimir la carcajada.

— ¡Tú has visto demasiadas películas, Main!

Le dio un manotazo, avergonzada.

— Te he dicho que no te rieses de mí. — añadió ofendida.

— Lo siento, de verdad, pero es que es todo tan absurdo. Lo siento. — añadió secándose las lágrimas, ante la mirada asesina de Main.

— Es lógico que esté preocupada. Creo que Dennis ha llegado a un punto en el que está fuera de control, la verdad. Y no puedo negar que me duele porque, pese a todo, tengo que reconocer que le quiero mucho.

Si esperaba algún reproche por ese amor, no lo obtuvo. Solo una cara de sincera preocupación.

— ¿Qué es lo que ha pasado?

En favor de Main, habría que decir que luchó consigo misma, durante al menos un minuto, antes de rendirse y contarle lo que Jack le había dicho, tras arrancarle la promesa de que nunca le hablaría a nadie de ello.

Sharon, por su parte, acompañaba el relato de su amiga con exclamaciones de sorpresa, bufidos de indignación o palabras de incredulidad, según correspondiese.

— ¿Entiendes ahora de donde viene mi preocupación?

— Lo que no entiendo es de qué te sorprendes. Simplemente hay personas que no cambian nunca y que no saben lo que quieren, ni lo sabrán, por mucho tiempo que pase.— le pasó el brazo por los hombros apretándola contra ella.— Por mí no tienes que preocuparte; tendría que estar loca para que Dennis lograra convencerme de cualquier cosa.— Dándole un beso en la mejilla, volvió a ponerse en pie, dispuesta a terminar de arreglarse.— Además, después vendréis vosotros a protegerme.— Por fin volvió a hacerla reír.— Relájate Main, verás cómo lo pasamos genial.

Después de otro par de conversaciones, ya sin importancia, Main por fin salió de la habitación.

Volvió a mirarse en el espejo para darse color en los labios; sin embargo, se quedó con el pincel en el aire mientras miraba su gran sonrisa reflejada en el espejo. Main no solo se había quedado tranquila tras su acto de cinismo, sino que además le había dado más munición para que todo fuese aún más divertido.

Por un momento, sintió una especie de punzada de culpabilidad, por haber utilizado en su beneficio, la sincera inocencia de Main. Se fue tan rápido como había venido.

Prefería que ella siguiese feliz en su ignorancia.

Carrera en la madrugada

Sí, finalmente Sharon y Dennis pasan su primera noche juntos. Y siendo sinceras, no podemos negar que no sea divertido. Pero: ¿Realmente a Sharon le ha resultado tan fácil?

Porque seamos sinceros: en el momento en el que todo acaba, su sensación no es de comodidad precisamente.

¿Por qué quiere Sharon salir a correr a las cinco de la mañana, justo después de haber despertado en los brazos de Dennis? Una carrera que Mike no deja que haga sola, por supuesto.

Dejadme que os lo cuente.



Una vez pasada la subida de adrenalina, empezaba a notar los miembros felizmente doloridos tras una buena noche de sexo, pero un humor cada vez más hosco. Mientras se colocaba la ropa de deporte, había tenido que apartar, más veces de las que hubiese deseado, una especie de desazón, muy parecida al remordimiento.

Al menos había conseguido evitar a Main, a la que había llegado a imaginar esperándola detrás de la puerta, al acecho, para poder saltar sobre ella e interrogarla, hasta que terminara confesando lo que había hecho; cuando había entrado a hurtadillas – ¡en su propia casa! — por el jardín trasero, había encontrado todo en una calma absoluta.

Observó, sin ninguna sorpresa, que Mike e Ian ya la esperaban en la escalera que llevaba directamente a la playa; bajaron en silencio, todavía rodeados por esa tensión que se había surgido entre ellos en el coche, pero que decidió seguir ignorando.

Se colocó los auriculares, subió el volumen y empezó a trotar suavemente.

Era inevitable repasar los acontecimientos de la noche, aunque intentó hacerlo de forma desapasionada. Había conseguido ser para Dennis una amante entregada, e incluso había disfrutado, y mucho, haciéndolo. Él provocaba en ella una perversa fascinación que, sin embargo, estaba extrañamente ligada al desprecio que sentía hacia él.

¿Sería posible que el amor y el odio tuviesen en común el deseo sexual? Da al objeto de tu ira un envoltorio perfecto y el deseo surgirá como por arte de magia, espolcado por la perspectiva del futuro daño que con ello podrías causar.

Apretó un poco más el paso cuando notó que sus músculos estaban ya calientes, divertida ante sus pensamientos filosóficos, y probablemente, absurdos; sin embargo, el humor no duró mucho cuando recordó el cuadro e inevitablemente, el sueño posterior.

La voz de Sia cantando *She Wolf* se colaba a través de los auriculares, mientras ella se iba incomodando con el recuerdo de Silvia. Casi sin darse cuenta, empezó a tararear en voz baja

Tú me amaste, y yo me congelé en el tiempo. Hambriento por probar mi carne.

Aceleró aún más su ritmo al sentir de nuevo, casi como propia, la tristeza de la mujer que, por una noche, logró sentirse falsamente amada y que la letra de la canción se empeñaba en traer a su mente.

Pero yo no puedo competir, con la loba que me ha hecho caer de rodillas. Dime que puedes ver en sus ojos amarillos, porque yo me estoy cayendo a pedazos...Me estoy cayendo a pedazos...Me estoy cayendo a pedazos...

Y por absurdo que pareciese, eso casi le sonó como un reproche, como un insulto de Silvia hacia ella. Realmente habría destrozado el cuadro si hubiese tenido oportunidad. Realmente, la hubiese hecho pedazos.

No era consciente de la velocidad que había adquirido su carrera, hasta que no notó como sus pulmones empezaban a arder, pero, sin embargo, se dio cuenta de que, si se concentraba en aquella dolorosa sensación, sus sombríos pensamientos iban quedando atrás.

El dolor físico se iba comiendo cualquier rastro de ansiedad que pudiese albergar, por lo que intentó un último esfuerzo; sin embargo, tuvo que parar cuando su corazón parecía a punto de estallar y el dolor del pecho era casi insoportable.

Dio una patada al suelo frustrada y, de repente, toda la tensión acumulada salió en torrente a modo de grito.

— ¡Joder! — y apretó los puños lo más fuerte que pudo, antes de volver a gritar. — ¡Maldita seas!

Volvió a patear el suelo frustrada y pronto pareció una niña presa de un berrinche, más que una mujer rozando la histeria.

Los dos hombres, que la habían seguido a una distancia prudencial, manteniendo en todo momento su ritmo, se quedaron helados ante la imagen; sin embargo, cuando Ian intentó correr hacia ella, la mano de Mike en su pecho, le hizo frenar en seco.

— Déjala.

— Pero...

— Déjala, Ian. Si necesita algo, nos lo dirá. Sabe que estamos aquí.

Tras el infantil desahogo, pudo concentrarse en cómo su corazón poco a poco iba recuperando su ritmo normal, en su garganta ardiendo y en los terribles pinchazos en sus muslos debido al esfuerzo del último sprint. Sin embargo, su ánimo, se había tornado en sereno y no quedaba rastro de lo que tanto le había incomodado.

Se quitó los auriculares, y extendió una mano hacia sus acompañantes. Mike la entendió al instante y se adelantó para ofrecerle su botella de agua.

— Ha sido una buena carrera, ¿eh? — y le miró con una radiante sonrisa, muestra de que toda la tensión entre ellos había sido olvidada.

— Por supuesto. — contestó él jadeante.

— Volvamos a casa. Creo que necesitamos un descanso.

Y esta vez volvieron los tres juntos, en un paseo que se hizo aún más agradable por el precioso amanecer en la playa.

Ya en la ducha, con la calma totalmente recuperada, se concentró en su siguiente paso, que no era otro que intentar mantener en secreto su última aventura, a una siempre perspicaz, Main. Tal vez, el hecho de que fuese su cumpleaños, y el regalo que pensaba hacerle, la ayudaran en esa tarea.

Agotada, cayó en la cama, pensando que tendría mucha suerte si conseguía dormir algo.

Benji siempre atento

Que os puedo decir de Ben que no hayáis leído ya. No hay nadie que pueda conocer a Sharon tanto como él.

No me cansaré de decir que es mi personaje favorito, de lejos. Sinceramente, no creo que una relación así pueda encontrarse fácilmente en la vida real.

Y una vez más, ese querido protector, acude al rescate, aunque sea en calzoncillos y calcetines.



— Estoy preocupada, Ben. — dijo por fin de forma lánguida.

— Por Main.

Si a ella le extrañó que él lo supiese al momento, no lo demostró, y se limitó a asentir.

— Me ha dicho que esto está empezando a ser un problema para ella. Me la he quitado de encima como he podido, pero creo que sospecha algo.

— Era algo que se veía venir. — contestó sin emoción. — Supongo que teneros a todos aquí, es difícil para ella. Debiste de imaginarlo cuando te metiste en esto.

— ¿Acaso es su vida? — y ella misma se sorprendió del rencor de su tono.

— Te guste o no, sí lo es.

— Ha estado tensa desde que llegamos, y el día que vimos a Dennis, pensaba que iba a desmoronarse. Es agotadora.

— Tranquila, yo hablaré con ella. O mejor: le daré los billetes que he traído como regalo, y que los llevaran directos hasta Bali, dentro de cuatro días, donde seguramente, se olvidará de todo, incluida tú, durante las dos próximas semanas.

— Eso espero, porque me está poniendo las cosas más difíciles. — se volvió entonces hacia él y la carcajada salió sola. — ¿Así pretendes tener una conversación seria?

Ben se miró las piernas, cubiertas únicamente por sus calcetines.

— No sabía que estábamos teniendo una conversación seria.

Terminó de vestirse y entrecerró los ojos cuando la miró.

— De todos modos, no parece que Main sea lo único que te preocupa.

Suspiró, agotada.

— No estoy durmiendo bien.

— Y supongo que es por eso, por lo que sales a correr a las seis de la mañana, y das gritos en medio de la playa desierta. — le fulminó entonces con la mirada. ¡Maldito Mike! — ¿Acaso pensabas que te iba a dejar sola, sin asegurarme de estar informado de lo que haces? ¡Qué poco me conoces! — añadió en tono de ofensa. Al percibir la clara tensión en su cara, arrastró una de las pesadas sillas labradas, y se sentó frente a ella. — ¿Qué es lo que pasa, princesa?

Ella agarró la mano que le ofrecía y le contó, omitiendo los detalles más obvios, la relación que había establecido con Dennis, el cuadro y, finalmente, partes de aquel sueño tan extraño, incluyendo la furia que le había provocado.

Sonrió para tranquilizarla.

— No podías pretender volver a...verle, y que eso no te afectase. — prefirió obviar, él también, lo más evidente. — Me hubiese preocupado más que no lo hiciese.

Ella se revolvió, incómoda en su asiento.

— No es eso, Ben. De verdad que no. — insistió ante su mirada incrédula, mientras volvía a ponerse en pie. — Es solo que...— pareció costarle encontrar las palabras. — ¡Es el drama! Sabes que no manejo bien el drama; me resulta tan absurdo, como molesto. — Igual que el dolor, pensó él, aunque prefirió guardarlo para sí. — La preocupación de Main, los sueños absurdos, recuerdos reprimidos, o como mierda se llame lo que pasó la otra noche. Solo me faltaba, empezar a ser de esas típicas personas, que piensan que todas las canciones hablan de ellas. — movió la cabeza de un lado para otro como si le costase creerlo, y se sentó de nuevo frente a él. — No me gusta el drama, Ben, y no quiero que todo esto se convierta en uno...al menos no para mí.

— ¿Y qué es lo que quieres para ti? — preguntó, con genuina curiosidad.

Por fin ella sonrió con malicia, mucho más relajada, como si tan solo el hecho de contar lo que había pasado en voz alta, ya le diese permiso para olvidarlo. Se miró las uñas de los pies, pintadas en un color rojo y brillante y movió los dedos con gesto travieso.

— ¡Yo solo quiero jugar!

Él se unió a su risa, fingiendo estar más relajado de lo que en realidad estaba, y pensando que, aquella noche, ella tendría todas las piezas sobre el tablero.

A él no le quedaba otra, como siempre, que no fuese esperar, observar y estar atento. Eso sí, todo con mucha curiosidad.

Un fin de fiesta Torres/Wride

Ya leísteis lo que para Sharon y Benji era un fin de fiesta perfecto, pero el que Ben piensa para la célebre fiesta de cumpleaños de Main, es algo distinto, aunque creo que hubiese sido incluso más divertido.



Dos horas después, con la fiesta en su pleno apogeo, había bailado tanto, reído tanto y brindado tantas veces, que ya notaba como el suelo empezaba a despegarse de sus pies.

Se había vuelto a cruzar con Dennis un par de veces, e incluso él parecía estar divirtiéndose al fin, dejando de lado su gesto tenso y volviendo a mirarla con la misma picardía que lo había hecho días atrás.

— Me encanta esta fiesta.

Se volvió riendo ante la voz de Benji.

— ¿Pero no eras tú el mismo que la odiaba hace unas horas?

— Sí, cuando pensaba que era una fiesta de Florence. ¡Pero esto es una auténtica fiesta Torres!

Ella abrió mucho los ojos por la sorpresa y aceptó la mano que él la tendía y que la hizo girar sobre sí misma un par de veces, antes de tirar de ella hacia él.

— No te sigo, Ben.

La mantuvo abrazada por la espalda y volvió a hablar en español, aunque esta vez no lo suficientemente alto para que le oyese el fino oído de su madre.

— Solo un Torres tiene la diplomacia suficiente para que una fiesta, que es un auténtico polvorín, no estalle en pedazos y, sobre todo, para manejar semejante cantidad de cínicos.

Ella se dio la vuelta y le rodeó el cuello con los brazos.

— Creo que has bebido más de la cuenta, cariño.

— Puede, es posible...ciertamente es probable, pero deja que te explique y verás cómo tengo razón.

— Soy toda oídos.

Se separó de ella, y le ofreció su brazo para pasear entre la gente.

— Todo el mundo os ha visto bailar a Patrick y a ti, y después del compromiso, habéis sido lo más comentado. ¡Tendrías que haber visto la mirada asesina de Carla!

— Te aseguro que la he notado, pero sigo sin ver por dónde vas.

— Pues que sin el equilibrio, que sé que te has molestado en mantener, Carla se hubiese lanzado a sacarte los ojos, en cuanto te hubieses descuidado, oportunidad que hubiese aprovechado Patrick para poder liarse a puñetazos con Dennis, algo que los dos han querido hacer durante toda la noche, créeme.— lo que empezó siendo una ligera sonrisa en la cara de Sharon, empezó a dar paso a una carcajada en toda regla, cuando el continuó hablando, después de hacer lo que pretendía, fuese una pausa dramática.— Yo, por supuesto, que me gusta estar en todas las salsas, me hubiese metido en medio, aunque solo fuese para dar un par de puñetazos al aire; Main, aterrada, hubiese corrido de un lado a otro gritando: ¡Nos han descubierto! ¡Nos han descubierto! ¡Ella es Silvia!, mientras que Jack, probablemente sin enterarse de nada, preguntase una y otra vez si alguien necesitaba un médico. No hace falta decir que, a esas alturas, o bien Norma, o bien Sofía, o bien Akame, ya se hubiesen colgado en la espalda de Carla...sino las tres a la vez.

— ¡Ben por favor, para! — Intentó secarse las lágrimas, incapaz ya de parar la risa al imaginar la escena.

— ¿No quieres que te cuente el final?— sin embargo ella no pudo más que asentir, incapaz ya de articular palabra.— Pues mamá se hubiese abierto paso, hasta engancharnos a cada uno de una oreja para sacarnos de allí, Florence hubiese caído desmayada, a poder ser a la piscina para resultar más teatral, los Banks hubiesen aprovechado el jaleo para birlar un par de carísimos cuadros, y finalmente, todo el mundo hubiese enmudecido al ver a Mike entrando, pegando tiros al aire para calmar a las masas.

Sharon tuvo que sujetarse el estómago, mientras se doblaba por las carcajadas que ya empezaban a doler.

— ¡Eres cruel, Ben! — dijo cuándo al fin consiguió calmarse un poco.

— Lo sé, princesa, pero sabes que todo lo que te he contado podría haber sido bastante plausible. — la besó en la mejilla y tiró de ella de nuevo hacia la pista. — ¡Vamos Shar! ¡Démosle ritmo a esta fiesta!

Y ella le siguió, aún entre carcajadas.

¿Será que Dennis tiene sentimientos?

Hasta ahora hemos visto a un Dennis bastante odioso y pagado de sí mismo que, sin embargo, poco a poco empieza a dejar ver el porqué de su comportamiento.

Y después de la fiesta, aquí le tenemos, enfrentado a la mujer por la que empieza a no sentir nada, y a por la que empieza a sentir cosas que no sabe definir.



Dennis jugueteaba con las llaves, mientras se dirigía pensativo a su coche, orgulloso de sí mismo por haber conseguido salir indemne de una noche, que había empezado siendo un desastre y que solo había conseguido enderezar a fuerza de voluntad, y tirando de toda su hipocresía.

La sorprendente noticia de su, al parecer próxima boda, no había sido un impacto mayor que el ver a Sharon en brazos de Patrick. Sí, por supuesto que había sido muy clara al decir que no confiara en ella, pero no es fácil tomarse esa frase en serio y más cuando se oculta la información más importante.

Ahora se debatía entre las dos versiones que había visto de ella, y a la vez se enfadaba por tener siquiera una opinión. Había sido una aventura de una noche, sin más, una entre tantas otras. ¿Qué podía importarle a él con quién jugaba ella el resto del tiempo? Aunque el tipo en concreto fuese uno de los hombres a los que, probablemente, más despreciase. Si a algo no estaba dispuesto, era a volver a meterse en un triángulo amoroso, cambiando únicamente el nombre de la protagonista femenina.

Cuando ya casi se había convencido de que ella no era más que una malcriada niña millonaria, tan frívola como todas las demás de su clase, que se había limitado a divertirse jugando, el recuerdo de los días que había pasado junto a ella, le movía como una veleta empujada por el viento en otra dirección. Aquella noche, en su mirada, no había visto rastro de esa supuesta frivolidad, ni de satisfacción por el engaño, sino más bien, algo

parecido a la frustración por saber su relación tan imposible como la sabía él mismo.

— Dennis, ¿Dónde crees que vas?

La voz de Carla esta vez ni tan siquiera le sobresaltó.

— Como el resto de los invitados, me voy a casa.

Se dio la vuelta despacio y la encontró exactamente como la esperaba, después de haberla ignorado durante el final de la noche: nerviosa, enfadada y sin saber a qué atenerse ante las indiscreciones de su madre. Tal vez por eso, se acercó a él con cautela, lejos de la ira que solía caracterizarla.

— ¿No pensabas decirme que te marchabas ya?

— Lo cierto es que no. — contestó con una sonrisa. — Creo que te he dejado claro que esta noche quiero estar solo. — levantó las cejas con gesto irónico. — ¿O acaso quieres tomarme medidas para el esmoquin que llevaré en la ceremonia?

— Ya te he explicado que eso ha sido cosa de mi madre. No tengo ni idea de por qué lo habrá hecho. — Sus palabras fueron acompañadas por una especie de lloriqueo infantil, que a veces la hacía adorable y otras, como en esa ocasión, solo conseguían sacarle aún más de sus casillas.

— La verdad es que no me importa, Carla.

Se abrazó a él con fuerza, casi con desesperación y continuó con su lloriqueo; sin duda Carla sabía ser muy convincente cuando le convenía, pero Dennis ya conocía perfectamente todas y cada una de sus tretas, por lo que la apartó de él sin mucho esfuerzo.

— ¡Por favor Dennis, tienes que creerme! — y grandes lágrimas rodaron entonces por sus mejillas, algo que hizo que él casi sonriese, ya que sabía lo muy capaces que eran los ojos de Carla de llenarse de ellas cuando le convenía. — ¿No podemos hablar de esto? No te marches, por favor.

— Por supuesto que podemos hablarlo...mañana.

— ¿Estás así de enfadado por lo de Patrick? ¡Porque eso solo son imaginaciones tuyas!

Sintió una punzada de celos al escuchar su nombre, pero Carla no sabía lo lejos que estaba de adivinar el porqué.

— Me voy, Carla. Mañana hablamos.

Y sin esperar más respuesta se dio la vuelta y caminó hacia su coche.

— ¡A lo mejor mañana soy yo la que no quiere arreglar esto! — Sin decir nada más, se dio la vuelta dejándole allí plantado, sin importarle nada en absoluto lo que acababa de decir.

Subió despacio al coche, metió la llave en el contacto, pero sin embargo no arrancó. ¿Enfadado por lo de Patrick? Lo peor del asunto es que ni tan siquiera estaba enfadado, sino más bien sentía una especie de desolación. Cerró los ojos y volvió a recrearse en las palabras de ella: Busca la manera y yo te seguiré.

La sonrisa que se dibujó sola en sus labios, contrastó con su reacción ante el gesto.

— ¡Mierda! — Dio un puñetazo al volante frustrado.

¿Sería posible que realmente se estuviera enamorando de esa mujer? Y la respuesta a esa pregunta le pareció tan aterradora, que arrancó y pisó el acelerador para alejarse lo más rápido posible, como si de esa manera pudiese alejarse también de lo que se negaba a sentir.

La terrible historia de Erika

Ya en la novela, la historia de Erika resulta dura, pero lo es incluso un poco más.

Aunque se deja sobrentendido, aquí os dejo la historia completa de este personaje, que me parece tan admirable y fuerte, que no me gustó tener que dejar fuera una historia de superación tan grande. Mención especial a Ronan y su apoyo.



Erika Lèbedev era una superviviente, y así se había considerado siempre. Una de tantas mujeres a las que el destino golpea con fuerza, pero que logra aprender, apretar los dientes y salir hacia delante. Una de esas pocas historias, en que la tragedia y la humillación dan paso a un final feliz, a pesar de la basura que hay que tragar hasta alcanzarlo.

Erika sabía lo que era el hambre, el frío y la miseria, ya que habían marcado su infancia, en un pequeño pueblo de la antigua URSS. Erika sabía lo que era la humillación, el dolor y la depravación, cuando huérfana de madre desde los cinco años, su padre no había dudado un instante en *entregársela* al primer americano que apareció, y se encaprichó de las largas piernas y el pelo rojo de la niña de trece años. Al fin y al cabo, tenía otros tres chicos fuertes en casa que serían mucho más útiles, que la niña quejica y desgarrada, que ni siquiera sabía cocinar en condiciones.

Ya al otro lado del charco, en el tiempo en el que estuvo junto *al americano*, aprendió a tragarse las lágrimas, a tolerar el dolor, a mentir y a ser sumisa, pero, sobre todo, a complacer. Daba igual que, prácticamente, nunca pudiese salir, porque incluso encerrada en esa casa, se sentía más libre de lo que había sido jamás. También aprendió a ignorar el pensamiento de que las mujeres no eran objetos para el disfrute de los hombres, y aún

menos las niñas jóvenes como ella. Tenía casa, comida y ropa, y con eso le bastaba, por el momento. Tenía que sobrevivir y si eso significaba tragarse su orgullo, sería lo que haría. Mientras tanto observaba y aprendía.

El día que decidió largarse, después de que al americano se le fuese la mano más de lo normal, se encontró dando vueltas por las calles de Nueva York, sin rumbo fijo, sin saber dónde acudir, con quince años y un inglés muy básico, pero suficiente, para que alguien entendiese su situación y la llevase a un albergue para indigentes, donde pasó su primera noche de libertad real.

No lloró, ni se lamentó, porque llevaban toda su vida enseñándole a no hacerlo. O tal vez porque no servía de nada. Malvivió durante un tiempo y conoció a gente a la que en que ningún círculo, se podía tachar de presentable o decente. Sin embargo, también aprendió de ellos el arte del timo y el engaño.

Con dieciséis años, tenía ya tanta vida a sus espaldas, que difícilmente se podía precisar su edad. Fue entonces, cuando alguien sugirió que lo utilizara como una baza a su favor. Aprendió a arreglarse, a vestirse con gracia y empezó a frecuentar determinados círculos en busca de cierta clase de hombres, que pudiesen darle la seguridad que necesitaba.

¿Se consideraba una prostituta? Sin duda. Pero se enorgullecía de no haber pisado jamás la calle. Los clientes no preguntaban su edad, la mayoría se portaban bien y gracias a esas citas, podía sobrevivir hasta el mes siguiente. Poco a poco se hizo con una agenda corta, pero muy bien escogida, ya que podía permitirse el lujo de elegir. Siempre se cuidó bien de que no se enteraran de las fotos, ni de las grabaciones; en resumen, de que no supieran que ella pensaba defender su nueva vida con uñas y dientes, y que, llegado el momento, no dudaría en llegar al chantaje.

Pero el destino quiso que, en su camino, se cruzase una mujer. Entrenada para satisfacer a los hombres, jamás se había planteado que el sexo entre mujeres pudiese ser tan placentero, es más, en circunstancias normales, puede que lo hubiese rechazado.

Sin embargo, se portó bien con ella, exceptuando alguna bofetada habitual a las que parecía ser muy aficionada en el sexo, le abrió las puertas de su casa, le dio la oportunidad de estudiar, de formarse y la colmó de un amor, como jamás había conocido. Ella, por su parte, por primera vez decidió sincerarse, confesándole su verdadera edad, y como había sido su vida, a grandes rasgos, antes de llegar a sus brazos; cerró los ojos, avergonzada, esperando que ella la echara de la casa la misma noche en la que le habló de todo. Sin embargo, ella había secado sus lágrimas con sus besos, y le había prometido que jamás dejaría que volvieran a hacerle daño. Y ella, había querido creer.

Fueron buenos tiempos, en general. Los gustos de la mujer en la cama, no eran ni la mitad de horribles que los de muchos hombres, aunque fuesen un tanto violentos. Por puro instinto de conservación, no tuvo ningún remilgo en documentarlos con detalle. Ella era lo primero, y así lo había decidido hacía ya un tiempo. Nadie volvería a pisarla jamás, por mucho amor que pareciese mostrarle, por el momento.

Durante tres años, se podría decir que su vida fue satisfactoria, más que feliz. Por fin se hizo adulta de hecho, y una vez libre del yugo que le habían impuesto desde niña, empezó a pensar en las cosas que realmente quería, con las que soñaba y que estaban muy lejos de su salvadora.

Por muy cómoda que se sintiese en un principio, no podía ignorar el hecho de que era tan esclava de esa mujer, como lo había sido en otro tiempo de su vida, aunque su jaula, en este caso, fuese de oro y sus formas mucho más delicadas. No cabía duda de que disfrutaba del control que podía ejercer sobre ella con su amor, con su dinero y con su promesa de seguridad.

Lo vio todo claro, cuando se dio cuenta en la relación tan toxica y asfixiante que se había forjado entre ellas. La mujer seguía portándose bien, tratándola con amor, y pensando en todo momento en su bienestar. Sin embargo, ese amor parecía haberse convertido en una auténtica obsesión, y la consideraba suya en todos los sentidos. Era tal la devoción que sentía hacia Erika, que cada vez que ella intentaba hacerle notar que no le gustaban ciertos gestos posesivos, la otra caía de rodillas al suelo, llorando,

suplicando que no la abandonase, que todo lo que hacía, lo hacía por amor a ella.

Pero decidió marcharse, al darse cuenta de que ella jamás podría corresponder a ese amor, a esa devoción, y que no era justo que permaneciese a su lado tan solo por agradecimiento.

Cuando se lo dijo, su *ángel salvador*, pasó a ser un auténtico demonio. Al ver que las suplicas esta vez no funcionaban, gritó que se largase y que volviese a ser la zorra que había sido antes de ella, que le debía todo lo que tenía en la vida y que, sin ella, hubiese sido poco más que una analfabeta, incapaz de aprender a leer y escribir. Llegó incluso a agredirla, en pleno ataque de histeria.

Con la estoicidad que la caracterizaba, aguantó el chaparrón de insultos y arañazos, cogió la maleta y se marchó.

Encontró trabajo como secretaria en una agencia de publicidad, y alquiló su primer apartamento en condiciones. Un cuchitril que apenas era una caja de zapatos, pero al que consiguió darle un coqueto aspecto femenino. Incluso se permitió tener un gato, al que abrazaba todas las noches con lágrimas en los ojos, por primera vez, de felicidad. No tenía mucho, pero esta vez, todo lo que tenía, era suyo.

Durante un tiempo, el propio personal de la agencia intentó convencerla para que posara para alguna publicación. Tenía una belleza exótica y salvaje, y una forma de hablar con ese acento tan sensual, que podrían abrirle muchas puertas en la publicidad, o incluso en la televisión.

Sin embargo, rechazó todas las propuestas, por muy inocentes que fuesen. No quería volver a exhibirse nunca más.

Y por fin un día, la felicidad entró por la puerta de esa misma agencia, en forma de fotógrafo con los pantalones desgastados, un montón de cámaras al cuello y la melena despeinada de cualquier manera.

Había sido un auténtico flechazo por parte de ambos, y las chicas de la oficina, le habían gritado que estaba loca por negarse a salir con él. Pero si

Erika tenía algo muy asumido, es que se veía incapaz de poder tener una relación normal con un hombre, dado el bagaje que llevaba a cuestas. No se lamentaba, no se arrepentía, eso no serviría de nada, pero sabía que nadie pasa por semejantes circunstancias saliendo ilesa.

Pero Ronan nunca se dio por vencido con ella, y Erika se sorprendió al ver que, a sus veintiún años, aun le quedaban muchas cosas por aprender, y que todas eran buenas. Supo lo que era recibir flores, sin esperar nada a cambio, dar paseos por Central Park, para despedirse con un tierno beso en la mejilla, ir al cine, y terminar la noche riéndose a carcajadas delante de un café. Supo por fin, lo que era hacer el amor con un hombre, no solo sintiéndose deseada, sino amada y protegida, sintiendo que esta vez las lágrimas al terminar, eran de pura felicidad.

Hubo mucho más llanto, cuando sentados en el suelo de su apartamento con una botella de vino, ella le relató, sin ahorrarse la crudeza ni los detalles, exceptuando algunos nombres, todo lo que había pasado hasta ser quién era en ese momento. Pero él, lejos de huir, había llorado con ella, hasta que a ninguno le quedó más lágrimas. Aquella misma noche, brindaron con la botella de vino por su compromiso.

Ahora le miraba ensimismada, mientras él, tirado en el suelo, se peleaba con las piezas que tendrían que convertirse en la cuna de su primer hijo, mientras se acariciaba la tripa y miraba su anillo, bendiciendo una vez más su buena suerte por haber conseguido ser capaz de amar. Aunque hoy, el ver la evidente torpeza de su marido, no le provocaba la misma sonrisa.

Tirado sobre la mesa, descansaba el último ejemplar de Female, una revista que siempre evitaba leer; las únicas lágrimas que había vertido, desde el inicio de su feliz vida junto a Ronan, habían sido provocadas por la pluma asesina de Corina Hibbot, cuando de vez en cuando, convertía a su marido en el blanco de sus iras, por su condición de fotógrafo de moda, lo que para ella significaba ser un misógino, que mostraba sin pudor el cuerpo femenino, convirtiéndolo en carnaza. También le señalaba como culpable directo de la obsesión de la mujer por su imagen y, por tanto, de sus frustraciones al no poder ser tan perfectas como las mujeres que él retrataba.

Aunque las críticas le molestaban, él las había asumido con estoicidad; al fin y al cabo, no era el primero, ni por supuesto el último, al que Corina atacaba sin piedad. En aquellos momentos, ella se sentía culpable, por ser la única que conocía el motivo de esos ataques.

Había leído el artículo sobre Sharon Glow, y una vez más, había sentido la tentación de levantarse y gritarle al mundo el cinismo enfermizo de aquella periodista.

Había conocido a Sharon un par de años antes, y recordaba perfectamente que lo primero que había sentido, era inseguridad, un sentimiento del que no lograba desprenderse a pesar de su nueva vida; al fin y al cabo, es normal terminar creyendo que no eres nada, cuando llevas toda tu vida escuchando que eso es lo que eres exactamente. Después, había sentido celos, cuando supo de la relación que había existido entre ella y Ronan. Aunque no habían sido más que un par de meses, que les habían servido para convertirse en grandes amigos.

Sin embargo, conforme fue conociéndola, no pudo menos terminar por aceptar que esa mujer le caía realmente bien. Era simpática, abierta, en absoluto tan fría como parecía en las páginas de las revistas, o en sus propios desfiles. Nunca la había mirado con prepotencia, ni con desdén, como sí habían hecho muchas otras. Incluso una vez, en un mal día tras una cena, en la que ella había hecho algún comentario, dejando entrever los muchos secretos que se veía obligada a esconder, Sharon la había mirado, había sonreído, casi como si adivinara lo que estaba pensando, y levantando los hombros había sentenciado: *Todos tenemos un pasado, y la mayoría de las veces, lo mejor es darse la vuelta, lanzarle un beso al aire, y caminar meneando las caderas hacia el porvenir, dejándole plantado como a un mal amante*. Las dos habían reído la ocurrencia, y la ligera frivolidad con la que había hablado, pero que, sin embargo, no había podido esconder cierto resquemor hacia su propio pasado.

Corina también tenía un pasado, y por lo visto, no se sentía en absoluto incomoda con él. De hecho, parecía haberlo olvidado por completo mientras que, subida en su púlpito de oro, se atrevía a lanzar su dedo acusador, sobre todo aquel que no pensase como ella.

Estaba harta de tener que aguantar esto. ¿Y si se atrevía a hablar por fin? ¿Qué pensaría su marido? Él jamás le había reprochado nada, y había intentado, sin éxito, que le hablase de alguna de las personas de su pasado, con sus nombres y apellidos, en un intento de ser el caballero andante que tomase represalias, tal vez, algo que sabía que ella no necesitaba.

Esta vez, iba a hacerlo.

Respiró hondo, y antes de darse cuenta, o de tener tiempo a arrepentirse, las palabras salieron solas.

— Ronan, cariño, deja eso y ven a sentarte conmigo. Necesito que hablemos de una cosa...

La amistad que siempre ha sido

Es cierto que al tener que quitar el conflicto de Main, también tuve que prescindir de alguna parte como esta, en la que, de nuevo, aquellas dos chicas universitarias vuelven a la superficie, dándole más importancia a lo que las une, que a lo que las separa.



Aunque solo había sido organizada los dos últimos años, la fiesta de Sharon Glow tras los premios de la moda, empezaba a tomar el camino de convertirse en una tradición. Modelos, diseñadores y famosos de todos los ámbitos, posaban en la segunda alfombra roja de la noche, y aprovechaban la ausencia de focos y fotógrafos en el interior, para dar rienda suelta a la diversión, tras la formalidad de la gala.

Ese año, además, Sharon contaba con el aliciente de su primera nominación en la categoría de mejor diseñador de ropa femenina. Ganase o no, ya la sola nominación merecía que la fiesta subiera de nivel, ya fuese para felicitar a la flamante anfitriona, o para la retahíla de cumplidos y falsas frases de *lo merecías*.

Por dicho motivo, nadie paraba ni un segundo en las instalaciones de Glow, donde parecía que reinaba una locura colectiva que, sin embargo, estaba medida y controlada al milímetro. A pesar de quedar apenas una semana para la celebración, y de que nada pareciese tomar forma, Sharon sabía que podía confiar en que todo estuviese terminado a tiempo, y adoraba a su equipo por ese motivo.

Pensó lo lejos que se había quedado Florence de conseguir siquiera acercarse a lo que debería ser la organización de una buena fiesta, y no pudo evitar echarse a reír, cuando la casualidad quiso que escuchara la voz de Main tras ella, mientras indicaba las zonas que tenían que quedar completamente tapadas.

— Hola, Shar. Vengo dispuesta a secuestrarte para que comamos juntas.

— ¿Crees que puedo escaparme? — y señaló el desorden a su alrededor.

— ¡Por favor! Hace mucho que no pasamos un rato juntas. Vamos al Olive. No tardaremos mucho, y podemos ir dando un paseo.

Se lo pensó unos instantes, miró de nuevo a su alrededor, y pensó que le vendría bien escaparse un rato.

— Está bien. Vámonos corriendo, antes de que alguien se dé cuenta de que me necesita urgentemente.

— ¿Avisamos a Ben?

— He hablado con él hace un rato, y por lo visto, ya ha almorzado. Lleva toda la mañana encerrado en su despacho, y no parece que tenga intención de salir.

— ¿Algo importante?

— Nada en comparación con lo que le espera.

— ¿A qué te refieres?

Main se agarró de su brazo, en cuanto salieron al sol de la Quinta, y Sharon se acercó más a ella, hablándole en tono de confianza.

— William tiene pensado jubilarse este año.

— ¡Oh Dios mío! — y subió tanto el tono, que un par de turistas se volvieron para mirarla. — ¿Eso quiere decir que ya va a ser uno de los cinco? — contestó volviendo a bajar la voz.

— Eso parece. — Y su suspiro sonó melancólico.

— Lo que parece, es que no estás muy contenta.

— Lo estoy, pero ya sabes lo mucho que me cuesta separarme de Ben. Sus nuevas responsabilidades le harán pasar más tiempo fuera.

— Sí, todavía me acuerdo del año en que nos conocimos. ¡Creo que estuviste todo el año llorando, por lo mucho que le echabas de menos! No os habéis vuelto a separar más de un mes desde aquello.

La sonrisa de Sharon, hizo que se pusiera tensa, al darse cuenta de lo que acababa de decir, aunque no fue nada comparado a lo que sintió al escuchar la fría ironía de su voz.

— Es cierto. En aquellos tiempos, solía llorar bastante.

— Entonces, ¿Qué va a pasar con la dirección de Glow? — preguntó intentando cambiar desesperadamente de tema.

— No creo que haya ningún problema en que compagine las dos cosas, aunque eso signifique que yo tenga que implicarme un poco más. De todos modos, ya habrá tiempo para pensarlo. Las cosas no serán oficiales hasta la reunión de noviembre. — la miró significativamente. — Y con eso, quiero decir que tengas cuidado de que no se te escape nada. Él no tiene ni idea.

— ¡Como si yo no fuese discreta! ¡Me ofendes! — pero lo que empezó como un bufido desdeñoso, acabó en una risa, ante la obviedad.

La comida transcurrió con aire relajado, hablando de los reportajes que habían hecho, las colecciones y la locura de hacer una mudanza. Sharon, por su parte, le contó en la más absoluta confidencia, lo que tenía reservado para Corina y parte de la historia que le había contado Erika. Main pasó por todas las emociones posibles: Incredulidad, compasión, desprecio y finalmente, una gran expectación por lo que tenía que venir.

— Echaba de menos esto. — dijo con una sonrisa de felicidad, mientras les servían el café. — Sé que últimamente las cosas han estado un poco raras.

— ¿Raras?

— Ya sabes...— levantó los hombros, intentando restarle importancia. — Últimamente no nos hemos visto mucho, y durante las vacaciones, apenas tuvimos tiempo de hablar. Te dejé demasiado tiempo sola. Ni tan siquiera pude darte las gracias por todo lo que hiciste por nosotros.

— Bueno, ya sabes que el mérito no es mío. Yo apenas hice nada. — pero ante la mirada socarrona de Main, decidió dar su brazo a torcer. — Yo solo puse la casa y poco más, pero aun así fue un placer hacerlo, no tienes que darme las gracias. Tampoco tienes que disculparte por dejarme sola. Puedo permitirme ese lujo tan pocas veces, que lo disfruto mucho cuando por fin tengo un momento de respiro. — La estudió un instante, y vio algo en su cara que le decía que no estaba siendo del todo clara. — De todos modos, estoy segura de que no es por eso, por lo que crees que tienes que disculparte.

— No, la verdad es que no. — admitió con pesar. — Quería disculparme por no apoyarte, como quizá debería haberlo hecho; no me gustó la conversación que tuvimos en Newport, ni los reproches que te hice respecto a Dennis. No tenía ningún derecho, lo siento.

— Entiendo tu postura, Main, y no creo que tengas que disculparte por ello. Es normal que te preocupes, al fin y al cabo, va a ser tu marido. — se enterneció al ver la sonrisa inmediata que se dibujó en su rostro. — Y aunque no creo que mi vida tenga mucha importancia dentro de vuestra relación, ya te dije que, tarde o temprano, todos sabrán la verdad.

— Pero yo no tengo ningún derecho a pedirte eso. Tú misma lo has dicho, Sharon: Es tu vida. Aunque no puedo negar que me preocupa, ante todo por Patrick.

Y de todos los temas de los que estaba dispuesta a hablar, Main había sacado uno del que no obtendría ni una sola palabra. Ella mejor que nadie, sabía lo que tendría que sacrificar, llegado el momento, pero hasta el instante preciso, prefería no pensarlo demasiado.

— No te preocupes Main, sé lo que hago.

Suspirando, le tomó la mano con gesto tranquilizador.

— Lo que quiero que sepas es que puedes contar conmigo hasta el final, y que permaneceré a tu lado, pase lo que pase. Lo sabes, ¿verdad?

Y aunque Sharon sabía, probablemente mejor que Main, que aquello era una bella mentira, pero una mentira, al fin y al cabo, sonrió ante su candidez.

— Lo sé, pero insisto, en que no debes preocuparte por nada.

— Y ahora: ¿puedo hacerte una pregunta, y esperar a que me respondas con sinceridad?

— Lo intentaré, pero no te prometo nada. — contestó riendo.

— ¿Qué sentiste al verle otra vez? — soltó de golpe, sin hacer caso a la broma de su amiga.

Sin embargo, la pregunta no pareció sorprenderle lo más mínimo, y mucho menos, molestarle.

— ¿Con sinceridad? — lo pensó unos instantes. — Lo primero que pensé, es en lo guapo que está. Y aunque, probablemente, esperases una respuesta más profunda, es lo que hay. ¡Ya ves que frivolidad!

— Aún me cuesta entender que no te sintieses mal, sinceramente.

Y aunque la conversación ya empezaba a incomodarle, no dejó que se reflejara en su cara.

— Pues no, no me sentí mal en absoluto. ¿Acaso tú te sientes mal, cada vez que te cruzas con alguno de tus ex?

— Pero no es lo mismo...

— Es exactamente lo mismo. — y esta vez su tono no fue agradable en absoluto, muy a su pesar. — Ya lo viste, fui civilizada y agradable; no puedes tener ninguna queja sobre mi comportamiento. Creo que con eso debería bastarte.

Main se sintió mal al instante, pero al fin y al cabo ¿Qué clase de amiga sería si no intentaba llegar al fondo del asunto?

— No quería molestarte, Shar. Es solo que me cuesta entenderlo, nada más.

— A veces, las cosas son mucho más fáciles de lo que pensamos, Main.
— esta vez fue ella quién apretó su mano para tranquilizarla y, en cierto modo, disculparse por su reacción. — Sea como sea, ya ha pasado, y no ocurrió nada terrible.

No tuvo más que desviar el tema de conversación, hacia su futura boda, para que Main olvidase, al menos en apariencia, lo que tanto le preocupaba.

Tendría que volver a hablar con Benjamin, para pedirle que fuese él quién disipase sus dudas, una vez más y así poder ganar tiempo. Solo necesitaba un poco más de tiempo.

Patrick se muestra, Sharon se esconde

Y llegamos a la intensa cuarta parte: Consecuencia. Bueno, supongo que hice a estos dos capaces de hacernos pasar muy malos ratos, por pura cabezonería. Pero su amor siempre ha estado claro desde el principio.

Es más, tuve que acortar bastante la historia, porque la química ente ellos era tanta, que no me cansaba de añadir detalles a su historia.



Cuando al día siguiente, las puertas del ascensor se abrieron en el ático de Sharon, se sentía como si le hubiese atropellado un autobús.

La escena había sido mucho más desagradable, de lo que él había podido imaginar. Hubo llanto, cosa que esperaba, y gritos, con los que también contaba.

Sin embargo, se había quedado boquiabierto por la virulencia con la que Heather le había atacado, acusándole de haberle hecho perder el tiempo, de ser un cabrón traicionero, y de llevar engañándola meses.

No había querido defenderse. Ella tenía todo el derecho a estar molesta y dolida, y en parte, no le faltaba razón. Daba igual que Heather no admitiese su parte de culpa, su empeño en no querer terminar algo que, a todas luces, no tenía futuro.

Sea como fuere, ya estaba hecho. Ahora solo le faltaba cruzar los dedos y esperar que el disgusto de ella, no interfiriese también en un juicio, que ya de por sí era suficientemente complicado.

Sin embargo, una vez más, la imagen de Sharon consiguió que todos aquellos sombríos pensamientos quedasen tras la puerta del ascensor cuando se cerró. Tiró su maleta de cualquier manera en la entrada, y sintió que había llegado a casa.

Ya había tomado por costumbre, vestirse únicamente con alguna de sus camisas, y sentada sobre una de sus piernas, parecía estar tan concentrada en lo que estaba dibujando, que apenas levantó la vista cuando él apareció.

La abrazó por la espalda y se sintió reconfortado por la calidez de su cuerpo.

— Hola, preciosa.

— Hola, Delany.— se volvió un instante para recibir su beso y enseguida volvió a lo que estaba haciendo.— Es solo un momento. Dos líneas más y estoy contigo.

Espió por encima de su hombro el vestido que estaba dibujando.

— ¡Qué bonito! ¿Ese es el vestido de Ellie o es el de Main?

Le dio un suave empujón con el hombro, mientras tapaba el dibujo con las manos.

— Es el de Ellie, así que haz el favor de no ser cotilla. Si se entera de que lo has visto, es capaz de matarme, y créeme si te digo que la veo muy capaz. Ni tan siquiera quiere que tú madre lo vea todavía.

— Te creo. Es tan peleona como su hermano. — dejó de mirar y aprovechó para quitarse la chaqueta y la corbata, tirándolas sobre el sofá. — Me ha contado que ayer le enseñaste el primer boceto y está entusiasmada. De hecho, me dijo que la trataste como una dama de la alta sociedad, incluyendo un chofer que la trajese a Nueva York, un montón de mujeres enseñándole telas y flores, y un almuerzo en un restaurante carísimo, pagado por su anfitriona, por supuesto.

— Solo la trate, como toda mujer merece que la traten.

— ¿Cómo una princesa?

— Exacto.

Por fin remató lo que quería, cerró la carpeta y se levantó para acurrucarse sonriente en sus brazos.

— Toda tuya, Delany.

— Eso suena como música para mis oídos. — le devolvió el beso, hasta que algo llamó su atención. — Y hablando de música: ¿esta no es una de las canciones favoritas de mi hermana?

— De hecho, es la canción favorita de los dos. Va a ser su canción para la boda.

— ¿Te inspiras en su canción para diseñar su vestido?

— Me ayuda. Cuantos más detalles conozca de su historia, mucho mejor.

Sonrió al escuchar la letra y rodeó su cintura con el brazo, mientras que el otro aferraba su mano, para iniciar un baile lento, al ritmo de *Mary*, una balada de los Scissors Sisters.

— Acabo de darme cuenta ahora mismo, de lo mucho que esta canción me recuerda a ti.

— ¿En serio? — se apoyó en su hombro, dejándose llevar por la música de piano y por sus movimientos. Cuando volvió a mirarle, lo hizo con una gran sonrisa. — Acaso, como dice la letra: ¿tú también renunciarías a todo lo que tienes, si con ello consigues que yo pudiera tener algún día, simple y pura felicidad?

Clavó sus ojos en ella, con una expresión más seria de la que esperaba, y una emoción en sus ojos, que no sabía a qué era debida.

— Aún no tienes ni idea de lo que yo sería capaz de hacer por ti. — solo sonrió, al ver su reacción. — Como, por ejemplo, conseguir dejarte sin aliento. Y no es la primera vez.

Ella rio al volver a apoyarse en su hombro, muy consciente de que no era la primera vez que Patrick la dejaba sin aliento. No esperaba una respuesta como aquella, al menos no de una manera tan seria.

— ¿Y también es verdad, lo de que serás mi amigo hasta que mueras?

— Eso jamás. — esta vez le miró sin poder disimular su sorpresa y él dejó de moverse. — Tú y yo no somos amigos Sharon, al menos no en el sentido estricto de la palabra. El día en el que yo salga por esa puerta, bien porque quiera, bien porque quieras tú, será un final definitivo. — suspiró y volvió a moverse, sabiendo que ya había conseguido centrar su atención en sus palabras. — ¿Cómo podría ser tu amigo? No puedo ni tan siquiera imaginarme hablando contigo, mientras me cuentas lo feliz que eres porque has conocido a alguien. Siendo tu amigo, no tendría más remedio que alegrarme por ti, cuando lo único que querría es salir corriendo para estrangular al tipo con mis propias manos. — rio en voz baja. — Recuerda que tengo un buen abogado y podría hacerlo sin problemas.

Ella optó por quitarle importancia a su revelación, y también rio con suavidad.

— Estás loco, Delany.

— Mejor aún para mi defensa. — esperó a que la canción terminase, para sacar al fin el tema. — Sharon, quería hablar sobre lo del otro día. Sé que oíste...

No me obligues a aceptar eso

Benji, mi querido Benji. Cuando las cosas empiezan a torcerse, es siempre el primero en dar su opinión y sus valiosos consejos.

Creo que, sin él, Sharon no hubiese podido existir jamás. En esta conversación entre ellos, por primera vez pone las cosas muy claras y obliga a Sharon a comenzar a plantearse terminar con todo de una vez.



— De acuerdo Megan, ya podemos suspender el dispositivo de búsqueda. La señorita Glow vuelve sana y salva a nosotros.

Antes de que le diera tiempo siquiera a salir del ascensor, él ya estaba frente a ella.

— Lo siento Ben, estaba...

Le puso el dedo en los labios, antes de que pudiese explicarse.

— Sé dónde estabas, princesa. — susurró en su oído, cuando se agachó para besarla en la mejilla. — ¿Cansada?

— Mucho.

— ¿Qué te parece una botella de vino en la terraza? Así puedes contármelo todo tranquilamente, aunque Bryan ya me ha hecho un pequeño resumen.

— ¿Ha cogido el vuelo?

— ¿Lo dudabas?

— Es un idiota, Ben. Cualquier cosa era posible. — miró hacia la cocina. — Hola Megan.

— Hola, Sharon. ¿Todo bien?

— Sí, gracias. Puedes irte ya, si quieres. Mike ya está en casa y así aprovecháis para pasar un rato más juntos. No quiero que me tachéis de tirana, ya sabes. — rio.

— Enseguida me voy, solo quiero terminar de recoger esto.

— Estupendo. — miró a Ben, antes de subir la escalera hacia su dormitorio. — Abre ese vino. Ahora mismo bajo.

Cinco minutos después, se encontraba sentada frente a un sonriente Ben, con una copa helada de vino en la mano.

— ¿De qué te ríes? — preguntó con curiosidad.

— Últimamente estás empezando a comportarte como una millonaria excéntrica.

Levantó las cejas con fingida inocencia.

— ¿Y eso lo dices por...?

— Terminas una reunión y coges un avión, como quién coge un taxi, para volar a los brazos de tú amante y volver tres horas después. ¿Qué dirían tus antepasados? — y coronó la pregunta con una carcajada.

Ella arrugó la nariz en cuanto escuchó la palabra amante.

— Ben: los Torres siempre hemos sido generosos, pero jamás hemos sido austeros. De hecho, si algo ha caracterizado siempre a mi familia, eso ha sido la ostentación: mansiones, castillos, aviones, joyas, obras de arte... tenemos todo lo que corresponde tener a la gente con dinero, y de todo, tenemos mucho.

Ben se rascó pensativo la nariz.

— Eso es cierto; por eso nunca he entendido muy bien que, sin embargo, sea vuestra parte filantrópica la más conocida.

— Porque nunca hemos hecho alarde de lo que tenemos ante quién no es tan afortunado. — Recordó las palabras de su padre y sonrió. — El mejor ejemplo de lo que te digo, fue mi abuela Adele. Papá me contaba que se desvivía por la gente necesitada, que le conmovía el sufrimiento ajeno, hasta el punto de sentirlo como propio. Era capaz de irse a un país remoto para ayudar a construir un colegio que ella misma había financiado, de abrazar a enfermos y llorar o reír con ellos como si fueran de su propia familia, de pasar horas en comedores benéficos sirviendo comida, repartiendo ropa entre la gente sin hogar y escuchando sus problemas uno por uno, intentando paliarlos en todo lo posible, y además, sintiéndose bien con todo lo que hacía.— un sentimiento de ternura hacia quién no había conocido, la invadió al instante.— Sin embargo, con los de su propia clase, era feroz. No podía soportar el mundo en el que todos querían ser más que todos, así que normalmente, solía dejar claro que ella podía ser más que cualquiera de ellos. — no pudo evitar reír, recordando todos los desplantes por los que Adele era famosa. — ¿Cómo era aquello que solía decir?

— *No ha nacido nadie lo suficientemente alto, conforme para alcanzar a mirar por encima de mi hombro.*

— ¡Exacto! — brindó con Benji. — Todo un personaje, la abuela Adele.

— Por lo que cuentan, has sacado todos los rasgos de su carácter.

— Sí, eso dicen.

— Bueno, cuéntame todo, por favor. Y no te dejes ni un solo detalle.

Las risas dieron paso a la seriedad, mientras Sharon iba desgranando los detalles de su encuentro con Peter Glow. Fue una conversación tranquila, ya que la euforia ya había desaparecido, gran parte gracias a Dennis, al que mantenía oportunamente apartado, por el momento, de sus pensamientos. Lo que había descubierto aquella tarde, tendría que analizarlo a solas y con mucha calma.

No omitió absolutamente nada de lo que había pasado y cuando acabó su relato, Ben estaba muy serio.

— No has hecho nada que no mereciese. — susurró pensativo.

— De hecho, merecía mucho más de lo que ha tenido.

Se debatió consigo mismo, antes de pronunciar su siguiente frase.

— Papá y mamá están bastante enfadados. — dijo al fin.

Si se sorprendió, no lo demostró en lo más mínimo.

— ¿Por qué voy a llevar a los Torres a las portadas de la prensa? ¿O por qué vamos a ser la comidilla de la prensa amarilla? En cualquiera de los dos casos, no es la primera vez.

— Dicen que tu padre nunca lo hubiese consentido. Que debías haber acudido a los tribunales, no a la prensa. Y da gracias a que no saben lo que ha pasado de veras. Al menos, aún no.

Sin embargo, no se enfadó. Contrariamente a lo que pensaba, una sonrisa torcida se dibujó en sus labios, lejos del estallido de furia que esperaba. Una cosa es que Sharon adorase a su familia, y otra muy distinta, que les permitiese, incluso a ellos, meterse en su vida más allá de donde ella colocase la línea. Solo Benjamin era la excepción.

— ¿Qué mi padre nunca lo hubiese consentido? — bebió despacio, saboreando el vino y sus próximas palabras. — ¿Y de quién creen que fue la idea?

Sin embargo, la sorprendida fue ella por la reacción de Ben. Tras un instante pensativo, asintió y bebió de su copa.

— Tiene su lógica.

— ¿Disculpa?

Rio ante su sorpresa.

— Shar, cariño: una cosa es que mis padres prefieran recordar únicamente las muchas cosas buenas de tu padre, y otra, que todos tengamos tan poca memoria conforme para no recordar que podía ser un hombre implacable. Si no hubiera sabido que aquellas fotos algún día podrían serle útiles, las hubiese destruido tras la muerte de Susan. El que permitiera que Peter os robase, tampoco era típico de él. Sí alguien conocía tus intenciones y las apoyaba, ese sin duda era tú padre.

— ¿Y qué me dices de ti?

Esta vez la sonrisa de él fue de suficiencia, aunque prefirió ser cauto en su respuesta. Por primera vez en muchos años, Sharon parecía dispuesta a hablar.

— Eres la parte derecha de mi cuerpo, o la izquierda si lo prefieres. Eres una parte de mí.— rio con suavidad ante la mueca de extrañeza de ella.

— Nunca he necesitado más que una mirada tuya, para saber lo que pasa por tu cabeza.— se inclinó hacia delante, y con delicadeza rozó su nariz, para a continuación dibujar con sus manos la curva de sus pómulos.— Nadie pasa por un dolor semejante, si la recompensa que pretende obtener, no es aún mayor.— Era obvio que, esta vez, Ben hablaba del dolor físico que ella había soportado tras cada operación; el horrible tiempo de recuperación, tras cada cambio de su cuerpo. El final había resultado ser el esperado, pero el proceso había sido una pesadilla para ella.

— La venganza es una buena recompensa, ¿no crees? Aunque quizás, algo tópica.

Sin embargo, él negó con la cabeza.

— Más que una cuestión de venganza, yo lo veo como una cuestión de poder.— se reclinó de nuevo en su silla, cogió su copa y la hizo bailar un momento en el aire, con la mirada perdida, antes de continuar.— Desde pequeña intentaron inculcarte quién eras y tu lugar de privilegio en el mundo, sin embargo, nunca fuiste del todo consciente o nunca te interesó, hasta...digamos ese punto de inflexión.— tragó saliva, recordando una vez más el momento en el que entró en aquel salón y la encontró tirada en el suelo. La única vez que no vio venir lo que pasaba por su cabeza. Sin embargo, el gesto de ella permaneció sereno, como ajena al recuerdo. — En cuanto asumiste eso, que empezases a utilizarlo contra aquellos que considerabas, en cierta manera, culpables, era una cuestión de tiempo.

Se quedó pensativa unos instantes.

— Tal vez tengas razón, al menos en parte, pero yo no creo que las cosas sean así de simples.

— Sí es así de simple, Sharon. — Levantó el dedo mientras bebía, acordándose de algo importante. — ¿Sabes cuál es el mejor ejemplo de lo que te digo? — ella negó con la cabeza. — Tu actitud en tus desfiles. Da igual lo mucho que hayan aplaudido tus modelos, lo bien que hayan desfilado las chicas, o lo que hayan disfrutado del espectáculo. Tu mejor momento son los segundos en los que se hace el silencio, en el que flota la expectación en el ambiente, antes de que tú seas la última en desfilas, porque sabes que todos te esperan a ti. Tú forma de andar en ese momento, de mirarlos, de sonreír. Eres el centro de todo y lo sabes. Trabajas duro solo para conseguir ese momento de poder.

Ella arrugó la nariz con desagrado.

— Tal y como lo describes, suena horrible.

— Tal vez suene así, pero yo no creo que lo sea. Tu actitud ante la vida, en los últimos años, ha sido exactamente la misma: Eres tú...y el resto; aunque no creo que nadie pueda negar que, después de todo, lo merecías. No estás dando a nadie, lo que no mereciese desde hace tiempo. — se inclinó de nuevo hacia delante y le cogió la mano, dispuesto a poner sobre la mesa lo que le preocupaba. — Aunque creo que también eres consciente de lo que vas a perder en el camino. Solo quiero saber, si realmente valdrá la pena.

Se revolvió incómoda en su silla, comprendiendo al instante a lo que Benjamin se refería. Tenía razón: con el tiempo se habían convertido en dos mitades de una misma persona y les bastaba una mirada, un gesto, para comprenderse el uno al otro.

— La venganza es un camino solitario, supongo. Main ha tomado su decisión, preocupada únicamente por su relación con Jack. Si ella quiere que lo cuente todo, es solo por él. Eligió, y lo comprendo. — suspiró con cierto rencor. — Le he dado todo, Ben. He ayudado a su éxito, a abrirse camino en el mundo en el que quería. No se puede decir que vaya a marcharse sin su recompensa.

— ¿Noto cierto resentimiento o es solo una impresión mía?

— Solo desilusión, porque ella no haya conseguido comprenderme del todo. Pero insisto en que comprendo y aplaudo su elección. — levantó los hombros, indiferente. — Con respecto a Jack, no he llegado a tener ningún

tipo de relación con él, para que llegue a importarme lo que piensa lo más mínimo. — Ben hizo un gesto imperceptible de disgusto, no tan sorprendido como asustado por la frialdad que estaba demostrando. Sin embargo, la sonrisa de ella se hizo aún más amplia. — ¿Sabes que Dennis se ha enamorado de mí?

— No era difícil de imaginar, dada su mirada las pocas veces que os he visto juntos.

Se terminó el vino y se sirvió otra copa, satisfecha consigo misma.

— He de reconocer que, durante unos instantes, sus sentimientos me han conmovido.

— ¡Eso sí es una sorpresa!

— ¿Qué pensarías si me olvidase de todo y decidiese darle una oportunidad? — dijo de improviso.

Se quedó la botella en el aire, como si hubiera olvidado como tenía que servirse otra copa. ¿De qué estaba hablando? Tras los primeros instantes de confusión, terminó de servirse el vino, meditando muy bien lo que ella acababa de decir.

— Lo aceptaría, porque te quiero. — contestó al fin. — Pero por favor, no me obligues a tener que aceptar algo como eso.

Ella sonrió con ternura y se levantó para estirar las piernas.

— No te preocupes, no tendrás que aceptar nada. He dicho que ha conseguido conmoverme durante unos instantes, hasta que ha vuelto a recordarme el porqué de todo esto. — de repente, le miró con seriedad. — ¿De verdad sabes lo que está por venir?

— Me hago una idea, sí.

— ¿Qué es lo que te preocupa realmente, Ben? — preguntó al ver que él se quedaba con la mirada perdida entre los edificios de la ciudad.

— Que estás obviando algo importante. Tú único punto débil. — por fin la miró. — ¿Qué papel tiene Patrick en todo esto?

La punzada en el pecho, la sorprendió y confundió a partes iguales.

— Él no tiene ningún papel. Puedes decir que ha sido una debilidad, si quieres, pero no pude o no quise, evitar nada de lo que pasó. — agachó la cabeza con cierto pesar, y fue a sentarse en sus piernas. — Por eso, Patrick será el primero que se marchará. Su perdón no es algo con lo que cuente.

— ¿Y si no fuera así? — preguntó con tono más apasionado del que esperaba. — ¿Y si él lo comprendiera? ¿Y si realmente él te quiere? No te

niego que todo pueda dolerle, pero ¿y si le das la oportunidad de decidir si quiere o no perdonar, o incluso si tiene algo que perdonar?

Por un momento, la esperanza brilló en los ojos de ella, pero no se permitió sentirla más que unos segundos. Para Sharon, la esperanza, era uno de los sentimientos más demoledores que existían. Llegar a pensar que las cosas podían salir bien, para luego descubrir que todo se viene abajo, era algo a lo que no pensaba arriesgarse. Por eso negó con tristeza.

— Se irá, Ben. Y se irá porque, de todos nosotros, es el único que realmente tiene un ápice de moral.

— ¿Moral? ¡Es abogado penalista, por el amor de Dios! ¿A qué llamas tú tener moral? — Y por fin las carcajadas de ambos fueron alegres. Ben había conseguido con la broma, rebajar un poco el tono de una conversación que después tendría que analizar con sumo cuidado. La miró con ternura y besó con suavidad sus labios. — Lo único que te pido, es que tengas cuidado y que, si las cosas se ponen difíciles y tienes que renunciar a todos tus planes, no dudes en hacerlo.

Le devolvió la ternura en la sonrisa, y con sumo cuidado recorrió la cicatriz que los años no habían conseguido borrar de su pómulos, y que se había convertido en un horrible recordatorio para ambos.

— Te prometo que tendré cuidado, Ben.

Mentía, y ambos lo sabían, pero sonaba tan maravilloso.

El príncipe sin rostro

Al final de la novela, el pensamiento de Sharon al ver a Patrick en aquella playa, es que el príncipe ya tenía rostro. También él pregunta si ella era la princesa del castillo.

En esta conversación, se entiende de donde viene todo mucho mejor. Otra de las escenas que tuve que hacer un gran esfuerzo por quitar.



Imitó el gesto, intrigado y entendió lo que ella quería decir al instante. El agua mojando su rostro y el aroma del mar, mezclado con la lluvia, primero le hizo sentir tranquilo, después revitalizado, para terminar sintiéndose totalmente eufórico. Presa de esa euforia, abrió los ojos y sin darle tiempo a reaccionar, la apretó contra él y la besó con pasión.

Se dejó llevar por su beso, saboreando las gotas de lluvia que mojaban sus labios, hasta que rio contra su boca.

— Sabía que esto conseguiría animarte.

Esta vez fue ella la que se sintió sobrecogida por sus ojos, que ahora se veían tan grises como el mar, y por el tacto frío de sus manos, cuando sus dedos le acariciaron con suavidad los pómulos.

— Gracias. No se me ocurre otro sitio mejor en el que pudiese estar ahora mismo y mucho menos, una mejor compañía.

Sonrió con satisfacción gatuna y se dio la vuelta rodeándose con sus brazos, apoyando la cabeza en su hombro.

— A mí tampoco se me ocurre mejor compañía, aunque tal vez sí, un mejor lugar.

— ¿Cuánto tiempo tardamos en llegar a ese lugar? — besó su nuca con cariño.

— Me temo que tendríamos que marcharnos a otro continente. Y aunque eso, a priori, no sea ningún problema, el fin de semana iba a hacerse corto.— suspiró con algo parecido a la melancolía.— Se llama Vezelay y

está a unos doscientos kilómetros al sureste de París, en la región de Borgoña.— cerró los ojos, recordando el color del sol sobre los viñedos, que tanto añoraba.— Subes la colina a pie, por una calle empedrada y mires donde mires, el tiempo parece haberse detenido en sus casas de piedra.— sonrió con ternura.— La subida no resulta cansada, pero si no te sientes con ánimo de hacerla de un tirón, puedes parar en alguna de las bodegas, donde después de probar tres o cuatro clases de vino, subes con mucha más alegría.— Patrick se unió a su risa.— Al llegar a lo más alto te encuentras con la Basílica de la Magdalena y con el mirador que, para mí, tiene las mejores vistas de Francia y probablemente una de mis vistas favoritas del mundo: Viñedos y arboles hasta donde te alcanza la vista, salpicados de pequeñas casas. Y en el medio, gobernándolo todo, un gran castillo de piedra, con unos jardines increíbles.

— Suenan bien, aunque lo que menos me impresiona es el castillo. No creo que pueda compararse a los de mi Irlanda natal.

Ella rio y asintió con la cabeza para darle la razón.

— Puede que no; pero yo tampoco creo que ninguno de tus castillos, produzca un vino como el que sale de los viñedos del mío. — Y a punto estuvo de echarse a reír, por haber introducido el posesivo. Literalmente era *su* castillo.

— ¿Un vino famoso?

— Solo entre los muy elitistas, la verdad. Es un vino muy difícil de encontrar. Solo producen cien botellas al año: cinco se las queda la familia, noventa pasan a la venta por estricto orden de reserva y las cinco últimas, se subastan de forma benéfica. Las cifras que se han llegado a pagar son escalofriantes, pero al parecer, merece la pena. Es un vino excelente.

— Sí que suena muy elitista. ¿Y cómo se llama esa joya? A lo mejor he oído hablar de él.

— Al igual que sus jardines: *Le petit princesse*.

— No debo de pertenecer a la élite, porque no me suena en absoluto.

Se volvió hacia él, sonriente.

— ¿Te gustaría probarlo algún día?

— Debí imaginar que alguien como tú, tenía que conocer a *la pequeña princesa*.

Se giró de nuevo riendo.

— Yo no. Pero estoy segura de que, indagando, conoceré a alguien, que conoce a alguien, que nos llevará a alguien, que puede conseguirnos una de

esas preciadas botellas. — Sonrió de nuevo para sí.

Bufó con ironía.

— Me desilusionas, Glow. Creía que tus contactos eran más directos. — Y esta vez ella, no pudo evitar la carcajada. Adoraba el sonido de su risa. — Debe ser impresionante vivir en un castillo. ¿Sabes el nombre de la familia?

Ella negó con la cabeza, pero sin embargo las palabras salieron solas, antes de que pudiera siquiera pensarlas, siendo apenas un susurro.

— Un rey poderoso, una reina malvada, una princesa triste y un príncipe sin rostro.

Y aunque lo había dicho en un tono ligero, como imaginando en voz alta, hubo cierto matiz de tristeza en su voz, que hizo que la girase hasta poder mirarla a los ojos que, en aquel momento, también tenían cierto halo de la misma tristeza.

— ¿Una princesa triste?

Ella, sin embargo, sonrió con dulzura y acarició su cara con sumo cuidado...Un príncipe sin rostro. Pero el encanto apenas duró unos segundos, y ella misma se obligó a volver a la realidad de golpe.

— Solo estaba desvariando en voz alta. ¡Tengo sueño y digo estupideces! — se frotó los brazos. Repentinamente se había quedado helada. — Creo que ya podemos irnos a dormir. La vista es bonita, pero cada vez llueve más y no quiero acabar con una pulmonía.

El desfile de Carla

En los premios de la moda, ante toda la prensa, Sharon le ofrece a Carla la posibilidad de desfilas para ella, a lo que la otra acepta sin saber muy bien qué otra cosa hacer.

Pues sí, Sharon cumple su promesa y Carla desfila para ella en París. Aunque creo que no acaba muy contenta.



La semana en París había resultado, como siempre, agotadora.

A los preparativos del desfile, se habían unido las cenas, las fiestas, las sesiones de fotos y los compromisos.

A pesar de la experiencia, de los muchos desfiles que ya llevaba a sus espaldas y de las habituales buenas críticas, los nervios ante su presentación seguían intactos.

Los sentidos habían sido esta vez su tema central. Llamativos amarillos y rojos para la vista, cálidos colores melocotón y fresa para el gusto, delicados abalorios para el oído, bordados con flores para el olfato y, finalmente, la más fina seda negra en su vestido, para incitar al tacto.

Carla miraba con mal disimulada envidia, el fantástico vestido, esperando entre bambalinas salir tras la diseñadora, en el que sería el primer y más que probable, último desfile, para Sharon Glow.

Como ya temía, la posición de Main había sido mucho más destacada que la suya y sus dos vestidos, de los mejores de la colección. Había sido una idiota al aceptar ese trabajo, pero tras la encerrona de Sharon en los premios de la moda, no le había dejado mucha elección.

Antes de salir a cerrar el desfile, Sharon se paró un instante ante ella, mirándola pensativa. Se acercó lo suficiente, para evitar que el resto escuchase lo que tenía que decir, y sonrió con aquella sonrisa que tanto le recordaba a la de Dennis.

— ¿Sabes? Recuerdo que una vez me dijiste que yo no pertenecía a este mundo. — Los ojos de Carla reflejaron la sorpresa. Ella no recordaba haber dicho jamás, nada por el estilo. — ¿Escuchas eso, Carla? — y levantó un dedo, agudizando el oído. — El silencio. La expectación que precede al gran momento. — se quedó unos segundos con la mirada perdida, intentando atisbar los murmullos. — Me esperan a mí. — Y lo dijo como si se diese cuenta por primera vez. Dirigió de nuevo sus ojos hacia ella, y la sonrisa fue de suficiencia. — Tenías razón, Carla: Yo no pertenezco a este mundo, porque este mundo me pertenece a mí.

Y lo tuvo claro cuando con la barbilla dignamente levantada, repartiendo discretas sonrisas, saludos agradecidos, con la seda flotando a su alrededor, dándole esa especie de presencia etérea, el siempre difícil público parisino, rompió en aplausos.

Aplaudiendo sin ganas, solo lo suficiente para que no fuese patente su disgusto y alguien pudiese reparar en ello y convertirse en la comidilla del desfile, Carla pensaba en las ganas que tenía de salir de allí cuanto antes. Cuando su mirada volvió a cruzarse con la de Sharon, sintió un escalofrío.

La sonrisa de suficiencia seguía intacta, pero eran sus ojos los que consiguieron que se quedase helada. No recordaba que jamás, nadie le hubiese dedicado una mirada tan cargada de odio.

Lo vio escrito en su cara: Te he ganado.

Aún tardaría un tiempo en entender, el porqué de todo ese rencor.

La maldita idea de Ann

Los amigos de Sharon también tienen sus preferencias a la hora de elegir quien le gustaría que fuese su pareja.

Y ya que todos parecen decantarse por el mismo, alguien tenía que dar un voto de confianza a Dennis. Pues le tocó a Ann. ¡Alguien tenía que estar de su lado!



— Creo que deberíamos hacer una pausa.

— ¿Qué?— Fijó por fin su vista en Ann, y se dio cuenta de que la había estado ignorando en el último minuto, con la cabeza muy lejos de allí.

— Perdona Ann, estaba pensando en otra cosa. ¿Qué decías?

— Que la petrolífera está lista. Hotelera, y habremos terminado.

La última planta del Renaissance, a la que se había trasladado una semana antes, para mayor comodidad de todos los que debían participar en la preparación de aquella reunión, – prácticamente todo el personal que habría de ayudarla, vivía en la planta de abajo— parecía un auténtico campo de batalla.

Con jornadas laborales de quince horas, que serían bien recompensadas, pero que no dejaban de ser agotadoras, las diez personas, incluyendo a Ann, que tenía alrededor, se veían con ojeras, despeinadas y rebosantes de cafeína.

— Gracias a Dios. — susurró. A pesar de estar acostumbrada, desde había años, a aquel nivel de trabajo, ella misma tenía que reconocer, que la preparación de la reunión anual de los cinco, podía acabar con la energía de cualquiera. — Creo que tienes razón, tenemos que tomarnos un descanso. — Diez pares de ojos la miraron esperanzados. Prácticamente eran las diez de la noche. — Podéis marcharos. Mañana a las siete, continuamos.

Apenas había terminado, cuando comenzó la estampida. Sonrió a Ann, la cual se tomaba su marcha, con bastante más parsimonia.

— Nadie puede negarnos, que somos obedientes. — Sharon rio, casi sin ganas, negando con la cabeza, y ahogó un bostezo. — Todo está listo para el viaje y sabes que el trabajo de William, siempre es el más fácil de terminar. Los informes más pulcros de todo Renaissance. — añadió con orgullo ya que, de los cinco, William y su rama, eran sus favoritos. — Deberíamos de dar un último empujón mañana, y que aprovecharas para descansar, los tres días que quedan antes de que nos marchemos.

Negó con la mano.

— Ya tendré tiempo de descansar allí.

— ¿Descansar allí? — negó con la cabeza. — No creo que tenga que recordarte, que además de los compromisos con las familias de los cinco, Main y Jack se han unido al viaje.

Aquello le recordó algo.

— ¿Han preparado la casa pequeña?

Ann levantó las cejas, irónica.

— ¿Acaso dudas de Cata?— Sharon rio, dándose cuenta de que aquello era tanto como dudar, de que el sol saldrá por el Este cada mañana. — Por cierto, ¿Cuál es la coartada?— preguntó distraídamente, mientras guardaba la última de las voluminosas carpetas, en una caja protectora.

— Un encuentro con jóvenes diseñadores. Nos alojamos en la casa de invitados, de unos amigos de mi familia. Suena creíble, ¿no? — ella misma asintió satisfecha. — Además, he procurado que las agendas estén tan separadas que, en ningún momento, nadie pueda coincidir con nadie. — Esta vez, sí escuchó a su fiel asistente, chasquear la lengua. — ¿Y bien, Ann? ¿Algún problema? — preguntó de forma brusca.

Ann dibujó al momento, una mueca de disculpa.

— No, Shar. Perdona. Es solo qué...— dudó unos instantes, pero finalmente se decidió a compartir con ella, algo que había hecho por propia voluntad. Veía a Sharon triste y ella, mejor que nadie, conocía las tribulaciones de su vida personal. Patrick no estaba disponible, pero...— He estado ojeando la agenda cultural de la isla, y he encontrado una exposición interesante, en el Can Prunera. — Sharon la miró fijamente, aún sin comprender. — Es una fotógrafa muy buena, especializada en retratos femeninos, y va a exponer una parte de su obra. Capturas femeninas, dentro del ámbito del poder y el control. O algo así he creído entender.

Sharon sonrió, divertida.

— ¿Y eso puede interesar, a...

Ann se puso roja al instante.

— Bueno, no sé. Había pensado que, tal vez, Jack estaría encantado de invitar a su hermano, ya que su propio trabajo, tiene tanto que ver con la obra de esta otra artista. — En un instante, se sintió ridícula y meneó la cabeza, como queriendo borrar lo que acababa de decir. — No me hagas caso. Era una sugerencia ridícula.

Terminó de recoger en silencio, y cuando se dio la vuelta, se asustó al ver a Sharon tras ella, con una gran sonrisa en la cara.

La cogió suavemente por los hombros.

— Dime, Ann: ¿Estás haciendo de celestina?

Volvió a enrojecer, hasta notar las orejas calientes.

— No...es solo qué...no sé...— balbuceaba, de una forma nada habitual en ella, hasta que, finalmente, se atrevió a hablar a Sharon con claridad. — Últimamente te noto triste, y pensé que tal vez si él nos acompañaba...

Sharon la interrumpió con su risa, y la abrazó con suavidad.

— Me parece una idea magnífica. Gracias, cariño. Se lo dejaré caer a Jack, de la forma más casual que encuentre.

Terminaron de recoger en silencio, y después de unas cuantas frases, ya sin importancia, Ann se despidió hasta el día siguiente.

Abrió la puerta de su apartamento, satisfecha consigo misma.

Por supuesto que Patrick le parecía encantador, educado y terriblemente guapo. Sin embargo, en él veía una frialdad hacia Sharon que, en Dennis, era adoración. Tal vez, y aunque nunca lo dijese en voz alta, Patrick le parecía demasiado serio y un poquito pagado de sí mismo. Sin embargo, Dennis y Sharon, tan despreocupados, tan artistas, tan creativos... Le parecían la pareja perfecta.

Poco podía imaginar Ann, lo alejada que estaba de la realidad.

Sharon, por su parte, se echó a reír, en cuanto vio desaparecer a su secretaria. Nunca habría podido imaginar que, dentro de la poca gente que conocía su relación, pudieran surgir dos bandos. Benjamin se posicionaba claramente del lado de Patrick, al que consideraba su amigo; sin embargo, Ann estaba claramente loca por Dennis, al que consideraba un granuja encantador.

¿Sería Norma la encargada de desempatar? Porque sospechaba hacia donde giraban sus simpatías y las de Sofía.

Con una sonrisa en los labios, se dirigió hacia el ascensor, para bajar a su propia habitación. Jamás había vuelto a dormir, en la que antaño había sido su casa, desde la muerte de su padre.

Apretó el botón de la casa de los Wride, y volvió a echarse a reír, por lo ridículo de la situación vivida minutos antes.

Sharon y Mantis

Main siempre habla de que su amiga es una experta amazona, sin embargo, durante la novela no se la ve siquiera cerca de un caballo.

Pero sí, aquí está Mantis, esa preciosidad andaluza que parece tener el mismo carácter de su dueña y que vive en España.



— ¡Hola tata! — Sharon salió corriendo, literalmente, a abrazarse a su querida Cata.

— Hola cariño. ¡Qué guapa estás! — dijo apartándose un instante, para poder verla bien. — Ya veo que Megan te cuida bien.

Sonrió, mirando a la mujer, cada vez más empequeñecida, pero, sin embargo, todavía rebosante de energía. Una mujer a la que adoraba y siempre había considerado su abuela.

— Sí, me cuida muy bien, pierde cuidado. Dice que el secreto de su éxito, es la caja de recetas que le regalaste hace unos años.

Cata asintió colorada, y a su vez encantada, de que, en la pretenciosa Gran Manzana, las antiguas recetas que habían pertenecido durante años a su familia, estuviesen teniendo tanto éxito. ¡Incluso en cenas importantes!

— Espero que todo esté bien en la casa pequeña. Aquí todo está preparado, si quieres ir a verlo. Joyce y William están por aquí, en alguna parte.

— No, tata. En la casa de invitados, todo está perfecto, como siempre, y no me hace falta comprobar que aquí también. Solo he venido para verte a ti.

— Y supongo que ahora, te irás corriendo a verle a él.

Sharon sonrió con complicidad.

— ¿Cómo es el potro?

— Una preciosidad andaluza, como sus padres. Negro como el carbón, y en principio, tan dulce y manso como Lucebell. Gracias a Dios, no se parece aún a su tiránico padre.

Ahogó un gemido de emoción, y abrió aún más los ojos.

— ¿Cómo está Mantis?

— Tiránico, ya te lo he dicho. Orgullosa y altiva, como siempre. — chasqueó la lengua, como lo haría ante un adolescente rebelde. — Hace unas semanas, tiró a uno de los nuevos mozos que contratamos para su cuidado. El muy iluso intentó montarlo, a pesar de haberle dicho que ese era tu caballo, y que únicamente se deja montar por ti. Se rio en nuestra cara, prácticamente, y nos dijo que no teníamos ni idea de cómo hay que tratar a los caballos. — sonrió para sí misma, disfrutando de lo que había venido después. — Mantis, como viejo demonio que es, se mantuvo manso mientras le ensillaba. En el momento en el que le sintió sobre él, el caballo se encabritó, y el mozo cayó al suelo.

— ¿Está bien?

— Sí, tranquila. Solo está herido en su orgullo. En cuanto se levantó y se limpió el polvo, juró no volver a montar a ese caballo loco. Aun así, desde hace un par de días le notan inquieto. Parece que supiese que ibas a venir a verle.

— ¡Pues voy ahora mismo! Tranquila, no tardaré. Benji viene hacia aquí, y yo prometo reunirme con vosotros en diez minutos, como mucho. — añadió ante su cara de reproche.

Mantis la miró un instante, desde su puesto al final de la caballeriza, para después de unos segundos, apartar la mirada, orgullosa.

Se acercó, con una sonrisa en los labios, y abrió con cuidado la puerta. Sin embargo, no entró, limitándose a esperar que el animal la mirase de nuevo. Cuando lo consiguió, lanzó un bufido de desdén, y de nuevo, apartó sus ojos.

Mantis era un caballo andaluz, negro y majestuoso, que desde que era un potro, había ganado multitud de campeonatos, dada la perfección de su pelaje y su estructura, pero que, sin embargo, desde siempre había tenido problemas de actitud. Emilio se lo había regalado hacia casi diez años, sin embargo, se había arrepentido al poco tiempo al ver su terrible carácter. Pero Sharon había conseguido hacerse con él, a base de infinita paciencia, una legión de entrenadores, y no pocas lágrimas.

Se acercó un poco más a él, pero no le tocó. Se limitó a quedarse en un lateral, mientras le observaba en silencio. El animal se negaba a rendirse, a pesar de sentir sus ojos fijos en él. Pero poco a poco, fue cediendo, centrando cada vez más, su esquiva mirada en su propietaria.

Al ver que tampoco así obtenía reacción, empezó a moverse inquieto, hasta dar pequeños saltos con las patas delanteras, indicándole su impaciencia.

Finalmente, rendido, se acercó despacio y agachó la cabeza.

Sonriente, colocó su cara en la testuz, acariciándole con suavidad.

— Buen chico, Mantis. Así me gusta. — le besó ruidosamente. — ¿Quién puede decir que eres malvado? ¡Si tú eres encantador! — El caballo emitió un resoplido que, probablemente, en el idioma equino significase, que él pensaba exactamente lo mismo.

Una escena familiar

Sabemos que Sharon y Ben se consideran familia, no cabe ninguna duda. Pero es cierto que faltaba alguna escena familiar, en la que todos se comportaran como tal.

No me gustó quitar esta escena por ese mismo motivo, pero como finalmente prácticamente todo el viaje a España se eliminó, tuve que dejar fuera estos momentos, que hacen ver a una Sharon un poquito más acompañada.



Cuando volvió a la casa, Cata y Joyce parecían estar teniendo algún tipo de polémica en la cocina.

— Yo solo digo, que me gustaría que se pareciese un poco más a ellos.

— ¡No puedes tener queja, Catalina! Ricardo es un buen chico, y no podemos estar más orgullosos de cómo le va en sus estudios. Emilio también lo estaría, créeme.

Levantó las manos, haciendo aspavientos.

— ¡Eso ya sería lo último! Que después de que el señor Torres, fuese tan generoso conforme para pagar sus estudios y los de sus hermanos, él se dedicase a perder el tiempo.

— ¿Qué es lo que pasa?

Se sirvió un café y fue a sentarse al lado de Joyce, a la que saludó con un beso en la mejilla.

— Que María ha sacado su vara, y está dando con ella a su nieto.

Sharon la miró sin comprender.

— Sus notas del último semestre han sido excelentes, me consta. Además: ¿quién no estaría orgullosa teniendo un nieto que estudia medicina, en una de las mejores universidades de este país?

— Dice que no es lo suficientemente serio.

Levantó las cejas, sorprendida.

— Ese chico no piensa más que en juerga. En cuanto no tiene exámenes, está todo el día con esa maldita moto que le regalasteis.

— Pero, ¿le ha pasado algo? — preguntó con aprensión.

— ¡Pues claro que no le ha pasado nada! — aclaró Joyce. — Es solo que ella quiere que se parezca un poco más a Ben y a ti, que no sacabais la nariz de los libros.

— ¿Qué Ben no sacaba la nariz de los libros? — preguntó con una risotada, que incluso hizo que Joyce la mirase extrañada. ¡Por supuesto que su hijo no sacaba la nariz de los libros! Ella disfrutó del momento, paladeando lo que estaba a punto de contar. — ¿Vosotras sabéis por qué Ben, a día de hoy, sigue siendo recordado en Columbia? — miró a Joyce. — Y no. No es solo por su expediente académico. Resulta que tu querido hijo llevaba, él solito, la red de apuestas de la universidad...

— ¡Pequeña e infame traidora! ¡Esto es la guerra!

Sharon no pudo evitar la carcajada, al escuchar a Ben gritar tras ella.

— ¿Está hablando en serio? — preguntó Joyce, igualmente seria.

— ¡Claro que no! Pero yo si os puedo contar, totalmente en serio, que uno de los secretos de su radiante sonrisa en un desfile en el que llamó especialmente la atención, fue el cigarro *especial* que se fumó justo antes, con uno de los modelos de otro desfile.

— ¿Qué? — gritaron Joyce y Cata al mismo tiempo.

Una cómicamente boquiabierta Sharon, decidió entonces contratacar.

— ¿Les contamos también el día en el que tuviste una reunión con dos inversores, con una resaca épica? Y eso no fue hace mucho.

— No, porque entonces tendría que contarles la noche en que desapareciste en la flamante moto de ese actor tan guapo, y tan casado.

— ¿Qué me dices tú de las primas Wilson? ...Las dos primas Wilson... Las dos primas Wilson en el mismo...

— ¡Oh, Dios mío! — Y Cata ya parecía al borde del desmayo.

— Ya está bien de bromas, chicos. — interrumpió Joyce, extrañamente tranquila. — Estáis incomodando a Cata, y no hace falta que os echéis en cara vicios imaginarios, para decirle que Ricardo es tan bueno como vosotros. Sabéis que no me gusta que habléis así.

Al notar a Benjamin justo a su espalda, Sharon se apoyó en su pecho, mientras miraba a Joyce sonriente.

— ¿Y qué nos dices de ti, Joyce? Hasta donde yo sé, en tu juventud también tuviste juergas épicas.

— ¿Perdona? — Y al momento se puso colorada. — No sé de qué me estás hablando.

— Diré solo una palabra: Woodstock.

— ¿Quééééé? — preguntó Benjamin, alargando la palabra, francamente sorprendido.

— ¿Cómo sabes tú eso? — preguntó azorada.

— Mi padre siempre me lo contaba todo, Joyce. Sé más detalles de los que te gustaría. — Y prácticamente, lloraba de la risa.

— ¿Por qué no me lo has contado antes? — Preguntó Ben, fingiendo una ofensa, que estaba muy lejos de sentir. Se estaba divirtiendo de lo lindo.

— Precisamente pensando en un momento como este. No hubiera sido tan divertido ver su cara. — tiró un beso a Joyce, para aligerar su confesión. — ¿Qué me dices, Ben? ¿Imaginas a los pequeños cachorros de la alta sociedad, pregonando el amor libre y la paz en el mundo, rodeados de todo tipo de drogas y alcohol, para luego volver corriendo a sus áticos de Park Avenue?

Durante cinco minutos, Joyce fue el blanco de las bromas, y acabó contándoles alguna que otra anécdota de aquellos días.

Al ver que iban a dar las cinco, y que debían volver con sus invitados, Sharon y Ben se despidieron hasta el día siguiente.

— ¿Crees que se han tragado alguna palabra? — preguntó, una vez lejos de sus oídos y sus miradas.

— No lo creo. Nos consideran demasiado perfectos, conforme para creer que algo de lo que hayamos contado, sea verdad.

Él se quedó pensativo unos instantes, y una sonrisa socarrona se dibujó en sus labios.

— ¿Sabes que las Wilson, aún me llaman de vez en cuando?...

¿Convenció Ann a Sharon?

¿Fue finalmente bien acogida la idea de que Dennis los acompañase a España? Pues sí, me temo que sí, y tal vez por eso quité esta parte sin ningún tipo de remordimiento, cuando finalmente decidí hacia donde iba la historia.

A estas alturas, yo ya tenía el mismo lío en la cabeza que Sharon, y Dennis empezaba a ganarme poco a poco. Os aseguro que en algún momento llegué a dudar del final.

Pero no, Sharon y Dennis no estaban destinados a estar juntos. De hecho, este es el último momento que pasan juntos, digamos de una manera *normal*.



Habían aterrizado en Mallorca a las dos de la tarde, e inmediatamente, Main, Jack y Dennis, se habían retirado a descansar. Sharon y Benjamin, después de años saltando de un continente a otro, de manera constante, apenas notaba ya la diferencia horaria.

Jack había aceptado encantado la sugerencia de Sharon, hecha de la manera más casual posible, de que Dennis los acompañase en ese viaje. Iba a ser una reunión de amigos, y dado que sus relaciones últimamente, habían sido más que tensas, les vendrían bien unos días fuera de su ambiente habitual, para poder limar asperezas.

Main había recibido la propuesta, con mucha más reticencia.

Sin embargo, apenas había puesto resistencia, más por no dejar en evidencia su preocupación ante Jack, que porque estuviese de acuerdo con el plan. Sin embargo, de su boca no había salido ningún reproche y ahora, una vez llegados a la isla, parecía haber olvidado sus temores.

El aire helado le daba en la cara, y hacía que se le saltasen las lágrimas por la carrera. Sin embargo, era una sensación vigorizante. Hacía meses que no montaba a Mantis, y la sensación de libertad, de velocidad, de euforia... eran tan intensas, como cuando aceleraba su Porsche amarillo.

Notaba los músculos de Mantis, acompasados a su movimiento, y su preciosa crin se movía hasta casi confundirse con su melena.

Cuando al fin vio la cala, aceleró un tanto el paso, para dirigirle a la orilla y dejar que el agua del mar, les salpicara a ambos.

Tiró suavemente de las riendas, para ir aminorando el paso, mientras se acercaban a las rocas. Ante otra orden, el caballo se detuvo dócilmente.

Mantis miró hacia atrás, observando con orgullo como había vuelto a ser el primero, y no solo por su diestra amazona. Lucebell, con Ben como montura, les había seguido siempre a unos diez metros de distancia.

— Creo que no la han hecho correr mucho desde que parió. Se cansa enseguida, y las patas traseras le flaquean a veces. Tal vez, deberíamos hablar con el veterinario.

— Sí, ya me he dado cuenta. Normalmente Mantis no consigue tanta ventaja. Tendré que hablarlo con Damien. Mantis sabe correr solo, pero Lucebell necesita jinete, y al parecer, el nuevo mozo de cuadra, tampoco ha querido montarla a ella desde que el caballo le derribó.

— ¿Qué te parecen los otros? Parecen buenos.

— Sí, y rápidos para su edad. Si se les entrena bien, podrían llegar a ser muy buenos. — Aunque ninguno como este. — desmontó y le dio unos suaves golpes en el lomo. — Estoy segura de que ni tan siquiera Honda, llegará a ser como su padre.

— Por una parte, eso espero. — contestó, desmontando él también. — Al menos no en el carácter. — acarició él también el lomo de Lucebell. — ¿Por qué no le has ensillado?

— Le notaba tenso, y como yo apenas noto la diferencia, he preferido que se sintiese más cómodo.

Cuatro caballos aparecieron en aquel momento, al otro lado de la cala. Damien había acompañado a unos inexpertos Main, Jack y Dennis, que intentaban guardar el equilibrio, con más o menos éxito, encima de tres caballos jóvenes: Peeper, Gonzo y Whisper. Él, por su parte, un antiguo jockey británico que había ganado multitud de carreras en su juventud, y que era jefe de las cuadras de los Torres desde hacía años, montaba a

Beauty, la yegua que había sido de Ben, hasta que Emilio le había legado a Lucebell.

— Ahí los tienes.

Sharon miró su reloj.

— No me equivocaba. Son rápidos. Han tardado menos de lo que esperaba, para el tipo de jinete que llevan. Main sabe un poco, pero creo que los otros están pasando auténticos apuros.

Ben miró entonces a Jack y a Dennis, que efectivamente, parecían estar pasándolo realmente mal. Y aunque a Jack se le veía más dispuesto a seguir aprendiendo, Dennis parecía estar desesperado por bajar de su montura.

Cuando lo hizo, a punto estuvo de besar el suelo.

— Parece que la experiencia te ha encantado. — rio Sharon, mientras los otros le hacían los coros.

— Creo que ha sido, una de las peores que he tenido en mi vida. Lo juro.

— Pues a mí me parece divertido. — dijo Jack, sujetándose firmemente a las riendas, a pesar de que Gonzo, apenas se había movido, desde que había detenido su paso.

— ¿Queréis que sigamos un rato más? — preguntó Damien. — Sé que todavía puedo sacar más de vosotros.

— ¡Por mí encantada!

— A mí tampoco me importaría.

Cuando todos miraron a Dennis, este puso cara de horror.

— Ni en sueños. De hecho, pienso volver andando.

Sharon miró entonces a Ben, de forma significativa.

— Os acompaño. Así puedes observar a Lucebell, Damien. Creo que todavía no está recuperada del todo.

Antes de marcharse, tanto Ben, como Dennis, fueron conscientes de la mirada hostil que Main dedicó a Sharon, y que fue contestada, con otra igual de distante.

— ¿Qué acaba de pasar? — preguntó Dennis, una vez se hubieron alejado.

— No tengo ni idea. — contestó ella, con la mirada fija en el horizonte, hasta que desaparecieron de su vista. — Pero, sinceramente, me da igual.

Le besó entonces, dando rienda suelta al deseo reprimido, que había sentido, desde que se habían sentado en el avión.

Al notar el frío, una vez desaparecida la euforia del ejercicio, se pegó aún más a él, que la apretó más contra sí.

— Yo también te he echado de menos. — susurró, contestando a la frase no dicha, pero implícita en su beso, mientras se escapaba de su boca una ráfaga de vaho. — Aunque no te mantengo abrazada por eso. ¡Es que estoy helado!

— Me temo que no he elegido un buen mes, para planificar esta reunión.

Un bufido de Mantis, le hizo darse la vuelta.

— Es precioso. — dijo señalándole con la cabeza, soltándola al fin, pero manteniendo su mano entre las suyas. — ¿Es tuyo? — preguntó con extrañeza.

Sharon conocía tan bien la historia, que ni tan siquiera tuvo que pensar en la mentira.

— Sí. Los dueños me permiten guardarlo en sus caballerizas. Prefiero que esté aquí, una isla que visito bastante, antes de que esté en un lugar más pequeño en Nueva York. No quiero alejarlo de su ambiente.

Dennis señaló entonces, a la enorme y majestuosa casa, que parecía hacer equilibrio sobre el acantilado.

— ¿Quiénes son?

Miró la casa con aire soñador, y las palabras se escaparon de su boca, antes de poder detenerlas.

— Los Torres. — susurró, casi para sí. Al darse cuenta de su propia expresión, cambió radicalmente. — Amigos de mi familia. — añadió con un tono alegre.

— Deben de ser la familia más importante de la Isla, a juzgar por esa casa.

— De hecho, es la familia más importante de todo el país. — rio al ver su mueca de asombro, que cambió al momento, por una mueca mucho más reflexiva.

— Nunca me has hablado de tu familia.

Cuadró los hombros, visiblemente incómoda. Una actitud, que a Dennis no le pasó desapercibida en absoluto.

— Es que no hay mucho que contar. — Prefirió corregir su propia actitud, levantando los hombros, de forma ligera. — Soy huérfana desde

hace mucho tiempo, y el resto de mi familia, está desperdigada por diferentes partes de Europa. No tenemos mucho trato.

Y ante la incomodidad que, de forma obvia, había suscitado en ella, Dennis prefirió no insistir. Él, mejor que nadie, conocía de primera mano, lo complicadas que pueden ser las historias de familia.

— Háblame de él.

Sharon suspiró tranquila, al ver que se acercaba a Mantis.

— Es un caballo andaluz de pura raza. Dicen que todo en él es perfecto: sus proporciones, su pelaje, su color...mires donde mires, no encontrarás ni una sola veta, que no sea negra. Sin embargo, su criador juraba que nació loco.

— ¿Y es cierto?

Levantó los hombros, mientras volvía a acariciar a su querido caballo.

— No. Solo tenía un carácter difícil. Únicamente necesitaba mucho amor, y mucha paciencia.

— Entonces, es como tú. — Como toda respuesta, ella volvió a besarle. — De todos modos, por su nombre, yo hubiese jurado que era una yegua. ¡Como os gusta a las mujeres, compararos con Mantis religiosas!

Ella rio divertida. No era la primera vez que lo escuchaba.

— Simplemente, me gustaba el sonido de la palabra. — se rascó la nariz pensativa. — Pero tienes razón, y no entiendo por qué a algunas mujeres les gusta algo así. Las mantis son bichos repugnantes, que, además, solo viven para comer. El que devoren al macho, no es una metáfora que hable bien de una mujer. Solo se dejan llevar por su debilidad, que es el hambre.

La miró sonriente, encantado, una vez más, de una respuesta que no esperaba.

— Creo que Main sospecha algo. — soltó tan de improviso, que ella incluso dio un respingo por la sorpresa.

Sin embargo, se recompuso enseguida.

— Sí. Yo también lo creía, pero esa mirada, no ha hecho más que confirmármelo.

— ¿Y qué vamos a hacer?

Sharon paseó su mirada por el horizonte, mientras sentía las manos de Dennis, acariciando la suya.

— ¿Qué hay de Carla?

Sonrió con dulzura, acostumbrado ya, a que cualquier conversación sobre ellos, empezase con alguna alusión a Carla.

La volvió con suavidad hacia él, y acarició su mejilla.

— Sharon: Carla y yo hemos terminado definitivamente, aunque aún se niegue a darse por enterada. Main no tendría que tener ningún problema, si estuvieses conmigo...— dejó que las palabras flotando en el aire, apenas susurrándolas.

Sharon bajó la cabeza, fingidamente cohibida ante su intensa mirada azul.

— No es tan fácil, Dennis...

— ¡Sí es tan fácil, maldita sea! Solo tienes que decir sí. — La empujó contra él, y volvió a besarla con pasión, a la que ella respondió al instante. — Yo te quiero, Sharon. Y es algo que tengo muy claro. — susurró contra su boca, casi con desesperación.

Si ella se sorprendió, no lo demostró. Solo dibujó una tierna sonrisa.

— Cuando vuelva a Nueva York, te prometo que hablaremos de todo esto. Ya decidiremos entonces lo que hacemos.

Él se quedó repentinamente serio, ante la tristeza que le pareció escuchar en su voz.

— ¿Por qué esto me está sonando a despedida?

Miró tras ella, y las siluetas de los tres jinetes, que se aproximaban hacia ellos. Se soltó lo más deprisa que pudo, no sin antes darle un rápido beso.

— No te preocupes, cariño. No es una despedida, en absoluto.

Él sonrió, genuinamente feliz, y poco pudo imaginar, hasta qué punto Sharon estaba mintiendo.

Ya había escuchado de sus propios labios, exactamente lo que quería.

En su interior, alguien estaba exultante de alegría; Otra persona, lloraba con desesperación.

Ben toma el control

Que Sharon ha perdido el control, es algo que todos tenemos claro a estas alturas.

Pero si a alguien no le cabe ninguna duda, ese es a Ben. Observar y mantenerse quieto ha sido su máxima durante toda la novela. Hasta ahora.

La primera conversación es con Patrick, y aunque sabemos que le hace caso en sus consejos, os dejé sin saber su reacción.

Aquí la tenéis.



Horas después, se encontraba sentado en un bar en el que, a todas luces, desentonaba totalmente. Ya era tarde y apenas quedaban una veintena de personas en todo el local. Las voces ya se habían convertido en murmullos, y entre ellas, sobresalía el lamento de una trompeta.

Abatido, miraba a la gente que le rodeaba; En una mesa, una pareja se cogía de las manos, mientras se miraban ensimismados; Sentados al fondo, un grupo de oficinistas protestaban vehementes contra sus jefes. No eran muy diferentes a las personas que trabajaban para él, pensó. Otros tres parroquianos, reían a carcajadas, apurando sus cervezas junto al hombre que estaba detrás de la barra, y que parecía ser el dueño del triste y oscuro local, al que le habían llevado sus pies, después de una hora de caminar sin rumbo.

La gente de su clase, los grandes abogados, los ejecutivos, los inversores...no solían frecuentar sitios como aquel, en los que realmente la gente conseguía despegarse de sus trabajos, para tener un rato de camarería los unos con los otros. Ellos iban a sitios elegantes, en los que la gente hablaba de forma afectada, y bebían Martinis de manzana.

Sin embargo, él prefería los antros como aquel, alejado del cinismo que reinaba en su mundo, y mucho más cercano a la gente. Le recordaban más a los pubs de su querida Irlanda.

Pensó con amargura, que probablemente su traje había costado más, de lo que cualquiera de ellos podía ganar tras meses de trabajo. Su prestigio

profesional era innegable, su perfecto loft en el Soho, inalcanzable para muchos bolsillos, sus partidos de golf con gente realmente importante, algo a lo que aquella gente tan solo podía aspirar en sueños...sin embargo, él era el único que no sonreía. El único que estaba solo. El único que se sentía fuera de lugar, por no poder gozar de esos sencillos momentos de compañerismo.

Las palabras de Ben se habían clavado en su cerebro, convirtiéndose en una letanía: *Déjala, Patrick. Si la quieres, por favor, abandónala. Confía en mí cuando te digo, que todo será para mejor. Pronto lo comprenderás, pero no me pidas que, por el momento, te cuente nada más.*

Pero, ¿Cómo podía ser mejor abandonar al amor de su vida? Ben le había pedido que confiase en él, y lo hacía, pero el terror a perderla, se erigía por encima de cualquier tipo de confianza.

Sin embargo, había tal desesperación en la voz de su amigo, que él había aceptado sin rechistar. ¿Qué estaba pasando? ¿Qué era lo que Sharon le estaba ocultando? Tal vez su deseo por conocer la verdad, era lo que había terminado de convencerle.

Se dio cuenta entonces de que la camarera que había detrás de la barra, junto al hombre que él había supuesto el dueño, no apartaba su vista de él. Tenía el cabello rubio y al servirle su último whisky, se había fijado que pequeñas pecas le salpicaban la nariz y las mejillas. De forma constante, y probablemente inconsciente, se rascaba la nariz con sus largas uñas, como si ese gesto bastase para que desapareciesen.

Se sorprendió a sí mismo riendo, comprobando una vez más, como nunca le había resultado indiferente a las mujeres, por mucho que él considerase que, en aquellos momentos, su atractivo debía estar por los suelos. A lo mejor era verdad que a las mujeres les atraían los hombres tristes.

La miró, y ella le devolvió la sonrisa. Probablemente, si quisiera, podría despertarse al día siguiente con aquella atractiva chica en su cama. ¿Quién sabe? Tal vez fuese lo que Sharon merecía. Tal vez ella mereciese su deslealtad; sin embargo, sabía que llevarse a esa mujer a la cama, no entraba en sus planes, por muy atractiva y apetecible que fuese, a tenor de las miradas que el resto del público masculino le dedicaba.

Ella debió de tomar su sonrisa, como una clara invitación, y se acercó con la botella de whisky en la mano. Volvió a llenar el vaso, que él aún tenía a medias.

— Tu cara me suena mucho, pero no consigo saber de qué.

— Supongo que tengo una cara muy corriente.

Y ambos rieron por la mentira, que dicha en voz alta, sonaba ridícula.

— ¿Seguro que no sales en la tele? — Él negó con la cabeza, deseando que ella no le reconociese, de las muchas horas de televisión que había acaparado en los últimos meses, gracias a Cohen. — Me habré confundido. — aceptó al fin. — Sea como sea, a pesar de esa cara de estrella de cine, parece que hoy no tienes un buen día.

Se apoyó en la barra, sonriente, esperando su respuesta. Sin duda aquella chica, estaba más que dispuesta a coquetear con él. Pensó que un poco de conversación con una guapa desconocida, tampoco le vendría mal.

— No. Hoy no tengo un buen día.

— Aún queda día por delante. Siempre puede mejorar al final. — le guiñó un ojo, con estudiado descaro. — ¿Problemas en el trabajo?

Sonrió con amargura y se bebió el whisky de un trago, haciendo una mueca al tiempo que el alcohol iba recorriendo su garganta. La miró a los ojos, y volvió a sonreír mientras ella le servía otro vaso.

— ¿Por qué no te sirves tú otro? No me gusta demasiado beber solo. — cabeceó en dirección a su jefe. — Si no es problema, claro.

Ella también miró en esa dirección, sin embargo, cogió un vaso y lo llenó.

— ¡Qué demonios! Estamos a punto de cerrar y a mí también me vendría bien una copa, sobre todo si la invitación viene de alguien como tú. — Levantó su vaso, lo chocó suavemente con el de él, y ambos bebieron. — Venga, cuéntame. ¿Qué problema es el que te ha traído a un sitio como este, que evidentemente, no es tu sitio?

— ¿Tan evidente es?

Se quedó pensativa, y volvió a rascarse su pecosa nariz.

— Pareces perdido. Se te nota a la legua, que no eres como el resto de tipos que suele venir por aquí. ¡Pareces recién salido de un anuncio de colonia! — rio ante su propia broma. — Seguro que eres un pez gordo de alguna empresa enorme. — Él negó con la cabeza, sin embargo, tampoco le aclaró nada más. — Entonces, si no es por un problema de trabajo, es por una mujer. Casi siempre es por una mujer. — sentenció.

La miró con ojos vidriosos, pero esta vez su sonrisa fue amarga.

— ¿Una mujer? — volvió a negar con la cabeza. — Ella no es una mujer. Ella es... — buscó la palabra precisa, pero no le vino ninguna a la

mente. — Ella es *mí* mujer. — contestó enfatizando el posesivo.

— Sea quien sea, seguro que no merece que estés aquí, borracho y hundido.

— No estoy borracho.

Le sirvió otra ronda.

— Lo estarás. — se sirvió ella también y buscó una posición más cómoda en la barra. Su pecho se insinuaba claramente, luchando por salir de su encierro, en forma de camiseta verde de licra, que apenas podía contener sus voluptuosas formas. Sin embargo, se sintió totalmente inmune a la clara invitación. — Veamos: llevo más de tres años trabajando aquí, y te aseguro que me han contado problemas de todo tipo. Ya sabes, en realidad los camareros, somos psicólogos muy mal pagados. — aquello le hizo reír. — Por eso puedes creerme cuando te digo que, de todos los problemas, los sentimentales son los que mejor solución tienen. — le miró con auténtica voracidad. — ¡Mírate! Eres un tipo guapo, con estilo, probablemente ganas un montón de dinero... ¡Eres el sueño de cualquier mujer! — se mordió suavemente el labio, para hacerle ver, que ella estaba más que dispuesta a ser el suyo, si eso era lo que quería. — Si ella te ha abandonado, pronto encontrarás a otra, por mucho que ahora pienses, que ella es única.

— Gracias por el cumplido, pero ella no me ha abandonado.

— Entonces, seguro que te ha engañado. — Una nueva negación, que resultaba ser una gran mentira. — Entonces: ¿Cuál es el problema?

— Soy yo quién va a abandonarla.

Ella abrió aún más sus enormes ojos castaños, sin poder disimular una cierta satisfacción, que Patrick entendió como una ligera esperanza.

— El amor se acaba, y aunque seguramente ahora te de pena, seguro que después de un tiempo, llegarás a la conclusión de que ha sido lo mejor.

— El amor no se acaba. De hecho, la quiero con toda mi alma y por eso, debo abandonarla. Porque la amo, es por lo que se supone que debo ser duro y cruel.

Esta vez, sí logro sorprenderla.

— ¡Esta sí que es buena! Por muchos que conozca, nunca llegaré a comprender a los hombres. Nadie debería hacer sufrir a quién ama.

Sonrió con tristeza, sintiéndose miserable, apuró su último trago, y poniéndose en pie, arrojó un billete sobre la barra.

— Es normal que no lo entiendas. Probablemente, nadie pueda entenderlo. Pero, de todos modos, gracias por escuchar. Puedes quedarte con el cambio.

Se dio la vuelta y se dispuso a marcharse. Si pensaba que la generosa propina iba a ser suficiente para ella, se equivocaba.

— ¡Oye! — le gritó, provocando que él mirase de nuevo hacia la barra. — No te vayas todavía, si no quieres. Salgo en veinte minutos y podemos seguir...charlando. — de nuevo, la invitación estaba implícita en sus palabras. — Además, no sé ni tu nombre, y tú tampoco me has preguntado el mío.

Esta vez, la sonrisa no fue más que una mueca.

— ¿Para qué? Antes de que te diese tiempo a salir de mi cama, ya lo habría olvidado.

Pudo escuchar su insulto, mientras salía por la puerta. Cuando paró un taxi, se dio cuenta de que, por primera vez, una mujer había conseguido ver lo que realmente podía ser: Un auténtico cabrón. Exactamente tal y como Dennis siempre había dicho.

Benji y Main, por fin frente a frente

Y llegó el momento que finalmente quise ahorrarle a Main. El de decidir, el de enfrentar la verdad que ella no quiere enfrentar desde un principio.

Creo que, en esta conversación, Benjamin pone voz a los pensamientos de muchos. ¿Me equivoco?



— No sé lo que te corre tanta prisa, pero sea lo que sea, tendrá que ser rápido. Elena y Sharon me está esperando en el Kuruma para hablar de un reportaje, y no me gustaría llegar tarde...— sin embargo, Main se interrumpió al instante, al ver la gravedad del gesto de Ben, sentado al otro lado de su escritorio. — ¿Qué ha pasado?

— Siéntate, por favor.

— Ben, me estás asustando.

Él suspiró profundamente.

— Necesito pedirte un favor.

— Lo que quieras, por supuesto.

No se anduvo por las ramas.

— Quiero que le cuentes todo a Jack, y que os alejéis de aquí una temporada.

Ella parpadeó varias veces, sin entender exactamente lo que él quería decirle.

— ¿Qué le cuente qué, exactamente?

— Todo. — la miró significativamente, hasta que ella entendió.

Se puso en pie, con tanto ímpetu, que a punto estuvo de derribar una silla.

— ¡Debes haberte vuelto loco! — se llevó las manos a la cabeza. — ¿Cómo pretendes que le haga eso a Sharon? Si es que te refieres a lo que estoy imaginando.

— Eso es exactamente a lo que me refiero.

— No pienses, ni por un segundo, que voy a traicionarla de esa manera. ¿Cómo te atreves siquiera a insinuarlo? ¿Qué demonios te pasa?

Él se levantó también, igualmente espoleado por la furia.

— ¿Qué demonios te pasa a ti? — Rio sin humor. — Por supuesto, yo sé lo que te pasa: La pequeña Main Cooper está tan metida en su perfecta nueva vida, que no ve que a su alrededor está a punto de estallar el desastre.

Ella sintió como si la abofetease, y sin poder evitarlo, se le saltaron las lágrimas.

— No me puedo creer que esas palabras hayan salido de ti.

— ¡Y yo no me puedo creer que estés tan ciega, conforme para no darte cuenta!

— ¿Darme cuenta de qué? — gritó enfadada.

Sin embargo, él sonrió con ironía, ante su pequeño ataque de ira.

— Dime Main: ¿Sabes, por ejemplo, desde cuándo Sharon se está acostando con Dennis?

Ella abrió la boca, sinceramente sorprendida.

— ¿Qué?

— No, claro que no lo sabes. Al igual que no tienes ni idea, de la manera de la que él se ha enamorado de ella. ¿Acaso Jack no te ha dicho, que Dennis ha comprado parte de su galería a los Banks, y ha abandonado a Carla? — ella asintió, horrorizada por la idea que empezaba a abrirse paso en su cabeza. — ¿Y crees que ha sido por iniciativa propia? — Volvió a reír. — No Main. Dennis lo ha hecho, únicamente para poder estar con Sharon.

Jack le había contado todo, sin embargo, en ningún momento pudo imaginarse que Sharon pudiese estar metida de por medio.

— ¿Pero ella quiere estar con él?

Esta vez, la carcajada de Ben, casi rozó la histeria.

— ¿En serio piensas eso? Porque entonces estás aún más ciega de lo que pensaba.

Intentó poner orden en su cabeza y la imagen de ella y Patrick bailando en su fiesta de compromiso, le hizo sentir aún más confusa.

— Pero yo creía que ella era feliz con Patrick.

— Lo era, pero Patrick va a abandonarla.

— ¿Cómo lo sabes?

— Porque yo se lo he pedido.

— ¿Qué has hecho qué? — y de nuevo, pareció horrorizada.

— Alguien tiene que acabar con esto de una maldita vez, y si tengo que ser yo, no dudaré en hacerlo. Las cosas ya han ido demasiado lejos, y aunque no pueda evitar el sufrimiento, sí puedo minimizar los daños. Sharon está totalmente fuera de control.

Se sentó abatida, juntando por fin todas las piezas.

— Yo tenía razón desde el principio. Ella solo quería vengarse. — Le miró con los ojos llenos de lágrimas. — ¡Me mentiste! ¡Tú mismo me tranquilizaste miles de veces!

Se sentó a su lado, entristecido también, por cómo se estaban desarrollando las cosas.

— Lo siento Main. No puedo pedirte que entiendas mi lealtad hacia ella, pero créeme si te digo, que no he tenido otra opción.

— ¿Y acaso yo no soy leal? — preguntó, llorando ya abiertamente.

— No puedes serlo de la misma manera, y es comprensible, estando Jack de por medio. Reconoce que, desde hace tiempo, tú relación con Sharon ya no es la que era. Ella te ha alejado, y apenas te has dado cuenta. Es lógico, tienes tu vida con él. — al escuchar el nombre de su prometido, rompió a llorar aún con más fuerza. ¿Qué demonios le iba a explicar? ¿Cómo iba a reaccionar él? Benjamin pareció leerle el pensamiento. — Si quieres, yo puedo ayudarte a explicárselo. Es un buen tipo y está enamorado de ti. Estoy seguro de que te entenderá. En realidad, tú no sabías nada. Por eso, ella nunca quiso contarte nada.

Se levantó, de nuevo furiosa.

— ¿Y se supone que tengo que estarle agradecida por ello?

— Por eso no. Pero si por todo lo que te ha dado, Main. — él mismo se dio cuenta, del rencor de su voz. — Lo siento, no quería decir eso. — se levantó y la abrazó con suavidad, intentando consolarla. — Te ayudaré, Main. Te lo prometo.

— ¿Y qué le digo? — preguntó rendida.

— Siéntate y escúchame. Te aseguro que, si me haces caso, las cosas serán mucho más fáciles.

Obedeció, con los ojos aun anegados en lágrimas.

Por fin, la lealtad y el amor tendrían que enfrentarse, como siempre había temido.

Gracias Michael

Sí, muchas gracias a Michael. El hombre que consiguió poner todo en su sitio y sacar a Sharon del bucle de dolor en el que se había terminado por instalar.

Para terminar con este resumen, os dejo los primeros momentos de Michael, después de que Patrick le pida como un favor personal, que se encargue de su ilustre paciente.



En aquel momento, Michael Leary era un hombre casi feliz.

Tarareaba en voz baja una canción por el pasillo, pletórico por haberse enterado de que, por fin, iba a tener un nieto varón. Su pequeña Phoebe ponía punto y final a la tradición, y tres hijas y cuatro nietas después, por fin habría otro hombre que le ayudase a defenderse, del precioso ejército de mujeres que dominaban su casa. Además, había perdido los cinco kilos que le sobraban, y el pelo había terminado por encanecer del todo. Ya no habría que preocuparse de las canas nunca más.

Sin embargo, si algo podía ensombrecer su radiante humor, era el dolor de su querido ahijado. La noche anterior se había encontrado con un Patrick a punto de derrumbarse en la sala de un hospital, después de una noche que había resultado ser una pesadilla.

Después de conocer los detalles del caso, él mismo se había quedado de piedra. Nada menos que Silvia Torres, la gran heredera.

Patricia Brigance no había resultado ser una colega de profesión fácil, y su diagnóstico era, como poco, osado e irresponsable.

La información que le habían proporcionado sus amigos, le parecía más fiable, aunque no del todo imparcial. Sin embargo, le parecía un buen punto de partida.

Tras examinarla y conseguir tranquilizarla, había llegado a la conclusión de que lo mejor, era trasladarla a su propia clínica, ante las airadas protestas de Benjamin.

— ¿Una clínica psiquiátrica? — había mirado a Patrick, con auténtico reproche.— Creo que todos nos estamos volviendo locos.

— Por favor, señor Wride. ¡Mi clínica no es una institución mental! — y en realidad, no lo era. — A ella acuden todo tipo de personas, de perfil alto normalmente, a tratarse de diferentes adicciones, así como con problemas depresivos o dolencias puntuales. — le había mirado entonces, con su cara bonachona. — No tiene por qué preocuparse. Estará en un entorno seguro y totalmente privado.

Todavía le había costado un poco convencerle, pero finalmente había cedido, ante los ruegos del resto de sus acompañantes, y había firmado el traslado.

Se paró delante de una puerta, y tocó suavemente con los nudillos.

— Pasa, Michael. — se oyó una voz que respondía en un tono bajo.

La habitación, efectivamente, tal y como le había dicho a Benjamin, parecía ser más la de un hotel, que la de una clínica. Mullidos sillones tapizados en blanco, alfombras de coco, oscuros muebles de madera wengué y un baño completo, comparable con el de cualquier spa de lujo. Incluso una terraza decorada, con muebles de mimbre y macetas repletas de buganvillas. Le había encargado a Benjamin, que trajese cosas personales de su casa, para que aún se sintiese más cómoda, así como fotos de las distintas etapas de su vida.

Samantha, su socia en la clínica, le esperaba con una tablilla en la mano, en la que apuntaba algunos datos.

— ¿Cuánto tiempo lleva dormida? — susurró.

— Más de quince horas. Solo se ha alterado, hará unas seis, en las que era obvio que estaba sufriendo algún tipo de pesadilla, e incluso me aventuraría a decir, un terror nocturno. Presentaba agitación, sudoración, se movía de forma incontrolable y gritaba. Le administraron un nuevo calmante, y lleva así desde entonces.

— Perfecto. Dejemos que duerma un poco más. — y le indicó con la cabeza que saliesen.

Hablaron del futuro nieto de Michael, camino del despacho, y de otras cosas ligeras, antes de meterse de lleno en su trabajo.

En cuanto cruzaron el umbral, ambos pusieron su semblante profesional.

Michael cogió sus papeles, y resopló ruidosamente.

— Tenemos un caso difícil entre manos, Sam.

— ¿Por la importancia de la paciente?

— Eso es solo un añadido. — la miró con severidad. — Inteligencia superior, facilidad para esconder sentimientos y aversión por nuestro gremio.

— No me asustas. Sabes que me gustan los retos. — apuntó algo en sus papeles. — ¿Antecedentes?

— Un intento de suicidio, hace ya seis años. Desde entonces, ningún problema aparente. — sacó dos fotos y le entregó una a Sam. En ella se veía a una Sharon de mirada desafiante, enmarcada en un rostro bellísimo.

— Es preciosa. — dijo casi para sí.

— Lo es. Ahora mira esta.

La diferencia, hizo que ella lanzase una exclamación. La chica rubia, con los ojos más azules que había visto nunca y gafas, no se parecía en absoluto a la gran diva de la moda, de forma completamente literal.

— ¿Son la misma persona?

— Exacto. Sharon Glow y Silvia Torres. — dejó que las examinase con más detenimiento durante unos minutos. — ¿Qué te parece, Sam? — preguntó al fin.

— Como mujer, un milagro de la cirugía. ¿Cuántas se hizo? Porque eso podría ser un síntoma preocupante.

— Un síntoma es, pero no obedece a ningún trastorno compulsivo con su imagen. — abrió la carpeta y leyó la lista que le habían entregado. — Veamos: rinoplastia, reafirmación del mentón, aumento de pómulos y labios, corrección de la miopía, liposucción, disminución de pecho...y alguna que otra palabra, que no sé ni pronunciar.

— Pues si esta apariencia se consigue con dinero, no dejaré de jugar a la lotería jamás. — le guiñó un ojo, pero el solo esbozó una ligera sonrisa, por lo que volvió a adoptar su enfoque profesional. — Insisto, como mujer me parece una maravilla. Como profesional, sin embargo, solo veo odio. — volvió a mirar ambas fotos. — Un odio absoluto hacia sí misma.

— Exacto, Sam. Por eso te digo que es un síntoma. Después del incidente, ella hizo todo esto, incluyendo el cambio de nombre. Esto último no sería extraño, ya que al fin y al cabo es atribuible a su profesión; sin embargo, el cambio físico obedece a otra manera de acabar consigo misma. Si no había conseguido quitarse la vida, desaparecería de otra manera. Sin embargo, observa bien esto. — sacó otra foto, en la que se veía a una niña

de unos tres o cuatro años de edad. — Esta es ella de pequeña. ¿A quién dirías que se parece más?

— A Sharon, desde luego. — Michael asintió. — Entonces, no lo entiendo. — le mostró de nuevo la foto de Silvia. — ¿Dónde encaja esto?

— El día que averigüemos eso, será el día en que solucionemos este caso y ella pueda ser feliz.

— No estás de acuerdo con el diagnóstico de la doctora Brigance, ¿verdad?

Meneó la cabeza con convicción.

— Creo que la solución es mucho más sencilla, que ese diagnóstico tan grave y rebuscado.

— Pero, ¿y las voces?

— En ningún momento ella ha referido que escuche voces. — Sam levantó las cejas, irónica. — Únicamente dice escuchar la voz de Silvia, que no es lo mismo. — aclaró. Sin embargo, su colega no parecía convencida. — ¡Venga Sam! Analicemos las cosas: Esa mujer dirige un imperio que mueve miles de millones al año, y que no ha hecho más que crecer con ella, además de diseñar un buen número de colecciones, que están entre las mejores, según parece. ¿Crees que alguien con un problema grave es capaz de tener semejante capacidad?

Ella pareció dudar un instante.

— Sabes que es posible.

— Lleva meses en los que apenas duerme.

Y ante eso, Sam empezó a ceder.

— Eso puede ser un buen motivo para colapsar. Si lo unimos al estrés de su estilo de vida...— Michael parecía satisfecho de que, por fin, empezase a estar de acuerdo con él y ella sonrió con condescendencia. — ¿Por qué has aceptado hacerte cargo de esta paciente, Michael? ¿No crees que tienes demasiada implicación personal?

Michael suspiró, resignado.

— El chico está enamorado, Sam.— se dio cuenta al momento, que tenía una sonrisa bobalicona en la cara. — Además: ¿No me digas que esta historia no te tiene totalmente enganchada? Las rarezas de los ricos y famosos, nunca dejarán de sorprenderme.

Y por fin, ambos rieron.

Y hasta aquí llegamos

Bueno, pues esto es a grandes rasgos, la parte de la historia de Silvia Torres y Sharon Glow que tuve que dejar fuera, aunque fueron salidas muy meditadas y el resultado final me dejó totalmente satisfecha.

Excepto por un detalle en el que yo, sinceramente, no había pensado nunca.

El final, para mí, es perfecto e inevitable. Sin embargo, conforme la gente iba leyendo la novela, me encontré bastantes veces con una pregunta en la que nunca había pensado: ¿Y Dennis? ¿Qué fue de él? Le dejé plantado en aquella casa, sufriendo por verla ir, y la verdad es que no volví a pensar más en él.

Así que me puse manos a la obra, y escarbé un poco en la historia, viendo que ha podido ser de Dennis, si todo esto le cambió, si sigue siendo el mismo irresponsable sin sentimientos...

Aquí tenéis la respuesta, contada por su propio protagonista.

SEGUNDO EPILOGO

Nunca pensé que me iría de esta casa. Jamás.

Me imaginé pintando toda mi vida, mirando a la bahía con el aroma y el sonido del mar guiando mi pincel. Sin apenas pisar nada del resto de la casa, que no fuera esta habitación. Mi estudio, donde he vivido los mejores y peores momentos de mi vida.

Pero algo cambió. El día en el que ella salió por esa puerta, para no volver jamás, supe que para mí ya no sería lo mismo. Y no lo fue.

No sé cuántos cuadros pude llegar a pintar en los meses posteriores a eso, ni tampoco sabría contar las horas en las que estuve sobrio, pero creo recordar que muy pocas. Fue la única manera que encontré de paliar un dolor, que de otra manera no sabía manejar.

¿Alguna vez os han roto el corazón? Yo hasta ese momento pensaba que sí, que Carla me lo había roto mil veces. Que equivocado estaba.

La echaba de menos de manera constante, la necesitaba a mi lado, de una forma literal. Me volvía loco no saber dónde estaba, y más si cabe, saber que allá donde estuviese era probable que estuviese con él. Siempre fue él.

Pasaba del llanto desconsolado por querer tenerla a mi lado, a un entumecimiento de mi alma, que apenas me permitía hablar con nadie, ni comer, ni dormir...y al menos con el alcohol, conseguía lo último. Conseguía anestesiar me de una forma agradable.

¿Os he dicho ya cuanto la amé? Mucho más de lo que creí en su momento. Daba por hecho que ella se quedaría conmigo. En serio, estaba totalmente convencido. Siempre me pareció que éramos la pareja perfecta. Hasta que ella puso la cruda verdad ante mis ojos. Me hizo pagar bien por mi traición, y por no saber querer en su momento, por ser un cobarde sin ningún tipo de sentimientos, me quedé sin lo que más he amado nunca.

Ni Jack ni Main me hablaban de ella. Su boda en Magari resultó bastante más sencilla de sobrellevar de lo que pensé en un principio, tal y como prometimos ambos. Si en aquella lejana fiesta de cumpleaños de Main, a ellos les había encantado exhibirse juntos, en esta ocasión, apenas los vi uno al lado del otro. Parecía como si hubiesen decidido darme ese pequeño respiro, cosa que me enfureció más aún. Esa condescendencia era hiriente. Escapé de allí lo más rápido que pude, y volví a encerrarme en mi estudio. Pronto supe que había escapado a tiempo, porque aquel fue el día en el que definitivamente supe que ya no había marcha atrás.

Cuando al día siguiente me enteré de que habían anunciado su compromiso, definitivamente me hundí. Juro que sentí como cada fibra de mi cuerpo gritaba de dolor, y me quedé vacío. Y las veces en las que yo había provocado ese sentimiento de pena, empezaron a pesarme. Vivía en una pesadilla constante, de la que no veía manera de salir.

Por suerte, mi hermano y su breve luna de miel, me salvaron. Sí, siempre he dicho, tal vez de forma un poco despectiva, lo reconozco, que Jack es el salvador de vidas, pero es una verdad enorme.

No me dejó quedarme en Rhode Island, y me llevó con ellos a Nueva York. ¿Os imagináis empezar vuestra vida de casados, con tu deprimido y alcoholizado hermano durmiendo en la habitación de invitados, llorando a todas horas y sin querer socializar con nadie? Pues ese es el estupendo panorama que Jack y Main se encontraron. Ni la propia Sharon Glow podría haberlo imaginado mejor.

Una vez más, ambos estuvieron a la altura, demostrándome lo importante que soy para ellos. Si he de ser sincero, otra vez, debo decir que mi rencor por Main todavía tardó un poco en desaparecer. Pero supongo que he terminado entendiendo que ninguno tuvimos opción a hacer más de lo que hicimos.

El nacimiento de mi sobrina, Olive, vino a cambiarlo todo.

Primero, antes de su nacimiento. Evidentemente, con un bebé ya iban a tener suficiente, y no podían ocuparse de otro que ya era mayorcito. Pero me sentía bien a su lado, por lo que después de hablar con ellos, diciéndoles que no quería volver a Newport de momento, me ayudaron a buscar un loft, donde poder volver a mi trabajo.

Y por fin recordé lo que era poder volver a volcar cualquier tipo de sentimiento en un pincel, sin necesidad de tener un vaso en la mano.

Su boda llegó y pasó, sin que apenas me diera cuenta, preocupado por primera vez por mis propios sentimientos.

Cuando Olive llegó a este mundo, su tío Dennis ya volvía a ser un adulto funcional, había pintado una colección espectacular y sus heridas ya no estaban tan a la vista.

Y comencé a vivir de nuevo.

Ya no era habitual verme en ningún tipo de bar o fiesta, ni buscando musas. Ahora pasaba el tiempo en parques infantiles con mi preciosa pequeña. ¿Me imagináis? Yo tampoco lo hacía, pero parece que la vida nos va cambiando.

Y en uno de esos parques, la conocí a ella: Julia.

Ejerciendo de tía orgullosa de Aaron, entre cajones de arena, columpios, mocos y vómitos, surgió el amor.

No fue un flechazo. Ya no considero que el amor tenga que surgir de esa manera.

Los dos habíamos tenido nuestras historias, nuestras heridas, y ambos queríamos ir despacio.

No puedo negar que a ella le impuso un poco mi estilo de vida, al fin y al cabo, no dejaba de ser alguien *famoso*, además de ex novio de la ahora famosa por nada Carla Banks, y habiendo tenido una aventura con lo más parecido a la aristocracia que teníamos en esta ciudad, y que además estaba casada con uno de los mejores amigos de mi hermano. De locos. Ella era muy feliz teniendo su pequeña empresa de catering de pastelería.

Y sí, por fin, por primera vez en mi vida comencé una relación basada en el amor, en el respeto, con altibajos, momentos felices, discusiones... Pero conseguimos encajar todo.

Es el trabajo más arduo y a su vez, más satisfactorio, que he tenido en mi vida.

Adoro a Julia, adoro a nuestro pequeño Shawn (mi padre merecía ese agradecimiento) y adoro la vida que hemos construido juntos. Ella no es mi musa, es mi pareja. Nunca la he pintado, de hecho. Por fin he aprendido a separar una cosa de la otra.

Pero tengo un pequeño secreto que, en ocasiones, cuando esa tristeza que tanto me costó entender, amenaza con arrollarme de nuevo, me deja

acudir a él como tabla de salvación, cuando todo lo demás no es suficiente.

Todo empezó después de presentar la colección en Praga. Me habían ofrecido presentarla prácticamente en cualquier lugar que quisiera, pero yo sentía que, para poder mantener el tipo, necesitaba que no fuese en Estados Unidos.

El día de la inauguración, fue uno de los mejores de mi carrera. *Todo lo que no pudo ser*, nació para ser la colección por la que ahora se hablará de mí en las escuelas de arte, o al menos eso dijeron los críticos.

Fueron unos días increíbles. De tanto dolor había nacido algo bueno, que además pasaría a la posteridad.

Era el último día, y estaba a punto de abandonar la ciudad, cuando decidí pasarme a echar un último vistazo. Pronto los cuadros viajarían a Londres, y tenía ganas de pasar un rato más con ellos antes de que los metieran en sus cajas.

Pasaban unos minutos de las doce del mediodía, y apenas había media docena de personas paseando por allí.

Y entonces, la vi.

En un principio pensé que me engañaban los ojos. Iba vestida con vaqueros, zapatillas y gorra que no ayudaba a reconocerla. Parecía una estudiante de arte como tantas otras.

Pero era ella. Distinguiría esos rasgos entre miles.

Cuando me miró, mi corazón se saltó un latido. Ella apenas hizo una mueca de reconocimiento y siguió mirando los cuadros.

No me pregunté qué hacía allí, ni como había llegado... Simplemente la seguí a un par de metros mientras ella estudiaba los cuadros, de la misma manera en que yo la recordaba haciéndolo aquella primera vez, estudiándolos a fondo.

Cuando acabó con el último cuadro, se quedó parada unos minutos, y por fin me atreví a acercarme.

Me puse a su lado, sin hablar. Era incapaz de decir nada. De veras que por un momento pensé que perdería la cordura. Allí, a mi lado, estaba la fuente de todos mis sufrimientos, la musa de todos mis cuadros presentes y futuros, el amor de mi vida... con los ojos inundados en lágrimas.

Una sola palabra suya, y estaba seguro de que todo lo que había conseguido hasta aquel momento se iría al infierno.

Ella simplemente me miró, sonrió y me hizo una sola pregunta, que yo contesté sin ni tan siquiera dudar. Cerró los ojos, como si de esa manera pudiese paladear mejor la respuesta. Cuando los abrió de nuevo, se dispuso a marcharse.

— Eres un maestro, Dennis. — susurró. — Y siempre serás mi mayor fracaso. — me dijo como aquella última vez.

Tras eso, simplemente la observé marcharse.

Pero lo que en un principio parecía haber sido algo anecdótico, empezó a ser una costumbre, hasta casi convertirse en una cita anual.

En el momento en el que yo tengo una exposición fuera de Estados Unidos, una mañana, pasada ya la inauguración, ella aparece por la galería y recorre todos y cada uno de los cuadros, conmigo siguiéndola a un par de metros.

Después de terminar, me mira emocionada y me pregunta siempre lo mismo, recibiendo siempre la misma respuesta.

— ¿Aún?

— Siempre.

Después de esa escueta declaración de amor, se marcha.

Nunca cruzamos más palabras que esas. Nunca hemos hablado de ello si nos encontramos en otro sitio. No sé si Patrick lo sabe o no. No sé si algún día ella dejará de venir, o yo dejaré de esperarla todas las mañanas hasta que llegue. Lo único que me importa es que es muy consciente de que la encerré dentro de mis cuadros, de donde nunca podrá irse; Donde estará conmigo para siempre.

Y como os decía al principio, pensaba que nunca me iría de esta casa, pero lo hice. He hecho mi vida en Nueva York y soy muy feliz. Y ahora puedo volver. Puedo estar aquí sin darme la sensación de que en cualquier momento dejaré de respirar.

Julia ha cambiado prácticamente todo de las dos primeras plantas, hasta dejarla irreconocible, con ese toque alegre que mi mujer consigue darle a todo.

Todo, menos mi estudio.

Nos encanta pasar las vacaciones aquí, y fijaos si ya somos cabales y maduros, que incluso todos los niños acuden de vez en cuando a Magari a jugar. La piscina que antaño acababa llena de sombreros después de una fiesta, ahora está llena de gritos de niños. Main, Jack, Patrick, Sharon, Ben

y el siempre díscolo Dennis, han dejado paso a Olive, Jamie, Silvia (¿Pensabais que Sharon no iba a ser tan jodidamente retorcida?), Shawn, Emily...y nosotros disfrutamos viéndolos felices. En una calma adulta y hablando de trivialidades. Se puede decir que hasta tenemos una relación cordial.

Y es en cuanto llego aquí, que me permito dejarme llevar, tan solo un momento, por aquel dolor que antes necesitaba para crear.

Y subo a mi estudio, y lo primero que me golpea es su olor, ese que ya solo queda en mi recuerdo, el sonido de su risa, su imagen agachándose para quitarse unas sandalias que dice que la están matando, pero que al único que tenían como víctima del embeleso era a mí, con esos movimientos lentos y provocadores.

Me pongo frente al cuadro, ese que intenté recrear otra vez, para poder guardar yo también para siempre un poco de su esencia.

Y cuando ya no puedo más, cuando creo que me va a estallar el corazón, Julia entra despacio y me abraza.

— En serio, Dennis: ¿Por qué no hablas con Patrick y Sharon e intentas que vuelvan a venderte este cuadro? Siempre que entramos en casa, venir a verlo es lo primero que haces.

Sonríó con condescendencia y niego con la cabeza.

— No quiero ese cuadro. Me gusta este. Es una réplica, pero es mía y me encanta.

Sonríe y me besa la mejilla despacio. Como me alegra, de que no pueda acceder a esa parte de mi cabeza en la que ella y mi hijo no son lo más importante. Esa pequeña, aunque molesta parte.

— No tardes mucho, cielo. Tus padres nos esperan. — vuelve a besarme y se dispone a dejarme solo.

— Ahora mismo voy, amor.

Y vuelvo a mirar el rayo que rompe el cielo, con ese azul que tan famoso me hizo, y que probablemente, aunque yo lo vea parecido, me guste e incluso lo quiera, no podrá igualarse nunca al original.

Y entre lágrimas, antes de marcharme, me permito un mínimo castigo, pensando en que, a mí no me ha quedado más que una réplica. Preciosa, sí, pero una réplica al fin y al cabo de aquella a la que jamás podre dejar de amar.

Y después bajo los escalones de nuevo hacía mi vida, que no será perfecta, pero que me basta y me sobra para ser feliz.

agradecimientos

Esta segunda parte de la novela, por llamarla de algún modo, va dedicada a mis lectores, e igualmente agradecida a ellos. Este sueño ha sido posible gracias a toda la gente que a decidido apartar un poco de su tiempo, para darle una oportunidad a estos personajes a los que tanto he querido, y de los que ya debo despedirme.

También me gustaría dar las gracias a Asun (lalokadeloslibros_84 en Instagram) y a Isa (entrelibrosycastillos en Instagram), por organizar la primera lectura conjunta de mi primera novela, y que me dio aún más ganas de sacar estas notas. Por su guía en este, en ocasiones, complicado mundo, por su amistad y su encanto. Sois muy importazntes, creedme.

Y a Rosemary (rosemary_flower en Instagram), la primera lectora Beta que he tenído, y que ha convertido el hecho de ser la primera en leerla, en una experiencia que pienso volver a repetir. Si no fuese porque las llevo cortisimas, la espera a la lectura del epilogo me hubiese dejado sin uñas.

About The Author

Alice M. Bloom



Alice nació en Madrid y desde niña sintió pasión por los libros. Ávida lectora desde pequeña, muy pronto se decidió a escribir sus propias historias.

Una vez asentada en un trabajo creativo, decide publicar su primera novela larga "El reino del suelo" en el año 2022.

En 2023, saca la novela corta "Todo lo que no pudo ser" como complemento a "El reino del suelo" y la historia de su protagonista.

Actualmente se encuentra metida de lleno en su tercer manuscrito, y leyendo todo lo que cae en sus manos.

Alice vive en Madrid con su marido, su peque, sus peces y miles de letras en la cabeza.

El Reino del suelo

Desde la brillante estudiante de economía y moda, heredera de un imperio millonario, sobreprotegida por un padre para el que todo es poco para ella, tímida, con un pasado que aún le duele y asustada de la gente que pueda herirla, a la admirada diseñadora de moda que asombra con sus creaciones, segura de sí misma y dispuesta a todo para conseguir lo que quiere, sin importar lo que pierda en el camino.

El reino del suelo

Ya no eres la princesita de papá en su reino de nubes...

Esas palabras no escapan nunca de la mente de Silvia Torres, a pesar de no recordar apenas nada de ese día. Tiene todo para ser feliz: Es la única heredera de un imperio millonario, tiene una mente privilegiada y está a punto de terminar sus estudios universitarios y dar el gran salto al mundo laboral. Pero a pesar de todo, nunca se ha sentido bien consigo misma. La relación con su madre, breve y terrible, ya ha dejado marcado su carácter desde que era niña.

Cuando gracias a una amiga común conoce a Dennis, un pintor que ya goza de cierto éxito, y a Patrick, un aspirante a abogado criminalista a punto de dar el salto a Manhattan, hace que afloren en ella sentimientos hasta entonces desconocidos.

La traición de uno de ellos hace estallar todo por los aires y Silvia decide tomar una drástica decisión.

Seis años después, Silvia, Patrick y Dennis se reencuentran, pero ya nada es lo mismo.

Dennis, después de haber alcanzado el éxito, pasa por una crisis creativa. Patrick es el chico de oro de un importante bufete, que acaba de encargarle el caso de su vida. Y Silvia Torres ya no existe para nadie de su pasado, siendo conocida ahora como Sharon Glow, una importante figura de la moda neoyorkina, donde sus diseños son adorados.

Los tres se verán envueltos en un juego de venganza ,lujo, seducción y mentiras, del que solo uno de ellos puede salir ganador y no sin heridas.

Pero: ¿Cómo puedes ganar cuando solo ella conoce las normas? ¿Cómo puedes con alguien que lo tiene todo?

Todo lo que no pudo ser

Vuelve a sumergirte en el mundo de Sharon Glow y descubre las historias complementarias que no llegamos a conocer en el Reino del suelo.

Disfruta de la novela completa tal y como fue ideada.

¿De verdad nadie se da cuenta nunca de quién es? ¿Main la apoya hasta las últimas consecuencias? ¿Nunca surgen dudas? ¿Quién es Robert Lee?...

Conoce la que iba a ser la historia al completo de Sharon y el segundo epílogo de la historia.